

Ese brillo en tus ojos

Sergio Barrejón

La novela de la serie

Amar
es para siempre

Lectulandia

Madrid, 1958. La población en la capital no deja de aumentar, y el que era un barrio modesto ha subido de categoría. La prestigiosa constructora de Emiliano Zúñiga va a echar abajo el edificio del bar El Asturiano para levantar nuevos pisos. Muchas vidas están a punto de cambiar drásticamente: negocios desmantelados, mudanzas forzosas... y secretos desvelados. Al tiempo que las excavadoras de Zúñiga empiezan a remover el suelo de la plaza de los Frutos, alguien empieza a remover en el pasado de Héctor y Asunción... y a chantajearlos. Asunción, que está en el quinto mes de un embarazo complicado, recibe la noticia de que alguien ha descubierto el gran secreto que guardan Héctor y ella: Teresa, la primera esposa de Héctor, sigue viva. Héctor y Asunción, por tanto, no solo no están realmente casados, además podrían ser acusados de falsificar el certificado de defunción de Teresa. Y Héctor, además, podría ser encarcelado por bigamo. Asunción decide afrontar el chantaje sin revelar nada a su familia. Pero pronto descubrirá que lo que le piden a cambio de mantener el secreto es algo mucho peor que dinero...

Lectulandia

Sergio Barrejón

Ese brillo en tus ojos

ePub r1.0

Titivillus 03.02.15

Título original: *Ese brillo en tus ojos*

Sergio Barrejón, 2013

Imagen de cubierta: Manuel Fiestas

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ana, mi ejemplo en la vida

«... mirad mi casa muerta,
mirad España rota:
pero de cada casa muerta sale metal ardiendo
en vez de flores.»

PABLO NERUDA

AGRADECIMIENTOS

Álex Montoya con sus inspiradoras clases de arquitectura, Rodolf Sirera con sus sagaces observaciones argumentales, y Ángel Bahamonde con su minuciosa revisión histórica, contribuyeron de manera decisiva en esta novela, y por ello les estoy enormemente agradecido.

En otras circunstancias, Héctor Perea habría disfrutado de ese paseo al amanecer por la ribera del Manzanares. Por ejemplo, si no hubiera sabido que dos desconocidos andaban buscándole cerca del Puente de los Franceses para darle una paliza.

Héctor hizo un esfuerzo para no pensar en ellos. Apretó el paso y dejó atrás las instalaciones de la piscina El Lago, pensando en la extraña manera en que funciona a veces la mente. ¿Por qué se había encaminado precisamente hacia allí, en aquella fría mañana de primeros de marzo? Ese era un lugar más adecuado para el verano. Recordó la risa de Asunción una tarde de julio en aquella misma piscina, cuyo edificio ahora aparecía desierto, casi fantasmal.

Asunción tenía una risa clara y limpia, la risa de alguien con la conciencia tranquila. La risa de alguien que ha sufrido mucho, pero que jamás ha causado sufrimiento a nadie. Héctor disfrutaba haciéndola reír. Se subía al trampolín de los cuatro metros, se preparaba para saltar, muy tieso, y en el último momento fingía resbalar y caía al agua manoteando como un cómico de cine mudo. Fue la noche de uno de aquellos días de verano cuando concibieron a la criatura que ella llevaba ahora en sus entrañas. En aquella época hacían el amor cada noche, cada mañana, en cada ocasión que se les presentaba.

Últimamente, aquello era muy distinto. Por un lado, estaba el embarazo de Asunción, que ya se acercaba a las treinta semanas y que había tenido ciertas complicaciones. Pero, por otro lado, la relación entre Asunción y Héctor había cambiado tanto como el paisaje de Madrid. Entre ellos se había levantado una especie de muro invisible, pero tan alto y tan recio como la torre de hormigón que estaban levantando en la plaza de España. Héctor se giró hacia allí. Las grúas del que, decían, iba a ser el edificio más alto de Europa se recortaban contra el cielo azul oscuro, demasiado lejanas como para poder leer sus rótulos, aunque Héctor los conocía de memoria: dos de ellas rezaban «Otamendi», pues así se apellidaban los hermanos que habían proyectado aquella mole; y otras dos «Zúñiga», el omnipresente apellido que en los últimos tiempos uno podía ver casi en cada edificio en construcción de Madrid.

Sin ir más lejos, Zúñiga era el apellido que lucía la piqueta que había levantado, semanas atrás, los cimientos de la plaza de los Frutos. Con la calle despanzurrada y salpicada de grúas, y todos aquellos camiones yendo y viniendo de la mañana a la noche, Héctor había ido trasladando sus paseos matutinos hacia barrios más lejanos. Le desagradaba aquella moda de tirar edificios perfectamente útiles para levantar otros nuevos en aras del progreso.

—¿Progreso? ¡Ingreso lo llamaría yo! El que le estarán reportando a Zúñiga todas esas obras faraónicas —había sentenciado su amigo Pelayo poco después de recibir una notificación oficial del Ministerio de la Vivienda informándole de que la piqueta iba a tirar el edificio en que se hallaba su bar, El Asturiano.

Héctor se estremeció de frío y se subió las solapas de su gabardina. Se arrepintió de no haberse puesto bufanda. A esas horas, la brisa que bajaba de la sierra le calaba a

uno los huesos. Y no había rastro de cigüeñas. Según el viejo refrán, eso quería decir que aún verían alguna buena nevada antes de que terminase el invierno. Metió las manos en los bolsillos de la gabardina no tanto por el frío como por asegurarse, una vez más, de que su Star Super estaba bien colocada en su bolsillo derecho, lista para ser extraída con un gesto rápido. Héctor palpó a ciegas el lado izquierdo de la pistola. Deslizó un dedo sobre las letras grabadas en el costado —Bonifacio Echeverría, Éibar— y localizó el pequeño botón junto al mango. Héctor comprobó una vez más —nunca eran demasiadas— que el seguro estaba puesto y siguió caminando.

Le tenía aprecio a esa vieja compañera. De hecho, era la misma arma que había llevado durante los años en que fue inspector primero, y comisario después, en la Brigada Criminal. Si uno hacía caso de lo que decía el comisario Vallejo, era mucho más seguro llevar un revólver. Esos Chief Special americanos tan populares entre los joyeros, por ejemplo. Pequeños y ligeros, su mecanismo es tan sencillo que jamás se encasquillan. De todos modos, la teoría de Vallejo era que las armas no estaban para usarlas, sino para enseñarlas. Según él, si uno sabía cuándo y cómo mostrar el arma, podía amedrentar a cualquiera sin necesidad de disparar.

—Tener que pegar un tiro ya es una derrota —decía el comisario, que se jactaba de no haber gastado un cartucho desde que terminó la guerra. Alguna vez había jugado a inquietar a los jóvenes inspectores, como Inocencio Bonilla, sugiriéndoles que llevasen el arma sin munición cuando iban a un operativo. Pero Héctor sabía que todo aquello no era más que una muestra del peculiar sarcasmo de Vallejo. En los años que pasó en el Cuerpo, Héctor se había visto envuelto en un par de tiroteos. Y en esos casos, las matemáticas eran claras: las nueve balas de una Star eran mejores que las cinco de un Chief Special.

—¿Adónde vas con ese trabuco? ¿Ahora eres oficial de Infantería? —se burlaba Vallejo, presumiendo de que su 38 corto cabía en el bolsillo del pantalón.

—Yo en el bolsillo del pantalón llevo el tabaco, Vallejo —le respondía Héctor. Había otra razón para llevar un arma de mayor tamaño: la puntería. Aquellos revólveres tenían un cañón tan corto que uno no podía estar seguro de ir a acertarle a una vaca a más de cinco metros. Solo servían para pegar un tiro disuasorio. O para disparar a bocajarro. Y eso sí que habría supuesto una derrota.

—Antes que disparar a alguien con esa cosa, prefiero tirársela a la cabeza —solía decir Héctor. Sin embargo, con su 9 largo, Héctor podía acertar a un blanco en movimiento a diez metros de distancia. Y la recarga de la Star también era más rápida que la de un revólver, siempre que uno hubiera recordado preparar un segundo cargador. Y Héctor jamás lo olvidaba: en ese momento lo tenía bien localizado en el otro bolsillo...

Justo al lado del diario privado de Asunción.

Robarlo había sido una tarea simple, aunque difícil. Héctor acostumbraba a describir así su trabajo de detective: simple pero difícil. Averiguar una verdad que alguien trata de ocultar le resultaba verdaderamente simple. La mayoría de las veces

solo consistía en proyectar sobre una persona una serie de sospechas básicas y después observar al sospechoso durante el tiempo necesario para ver si su actitud confirmaba alguna de las hipótesis. Lo cual, por supuesto, podía llegar a ser difícilísimo. Especialmente cuando el sospechoso es tu propia esposa.

En realidad, Héctor no se sentía mal por haber hojeado días antes el diario de su mujer, ni mucho menos por haberlo robado apenas seis horas atrás. Se había obligado a sí mismo a enfrentar el asunto como una de sus investigaciones. Como si uno de sus clientes, uno de esos empresarios estafados que le encargaban esclarecer un desfalco, le hubiera traído un libro de contabilidad para que analizase los movimientos de dinero. Con ese espíritu analítico, aséptico incluso, se había asomado a aquel montón de cuartillas pulcramente mecanografiadas, que Asunción había taladrado y encuadernado a mano con hilo de bramante.

Por supuesto, era consciente de que, en el momento en que giró aquella tapa de cuero y posó sus ojos sobre la primera de aquellas cuartillas, había comenzado a traicionar la confianza de Asunción de una manera en que ella jamás traicionaría la de él. Pero no se sentía culpable por eso. Lo que le sacaba de quicio y le daba ganas de darse de cabezazos contra los pilares del Puente de los Franceses era el no haber adivinado a tiempo la terrible situación en que se encontraba su mujer, la única persona que le importaba en el mundo, a excepción, por supuesto, de Jesús, el niño que crecía en el vientre de Asunción.

—Jesús... o Consuelo —resonó la voz de Asunción en su memoria. Siempre discutían con una sonrisa sobre cuál sería el sexo de su primer retoño.

Héctor pensaba mucho en esa criatura. A veces se desvelaba pensando en ella. Porque, en el fondo de su corazón, Héctor no confiaba lo más mínimo en sí mismo como padre. Apenas llevaba unos meses de casado y ya había demostrado ser un marido poco digno de confianza. Él sabía que tenía razones para leer ese diario. Él sabía que Asunción le ocultaba un secreto. También sabía que Asunción lo amaba. Así que era lógico pensar que ese secreto la estaría quemando por dentro. No había que ser Perry Mason para deducir que aquello que mecanografiaba de madrugada en su máquina portátil, encerrada en la cocina con la esperanza de que nadie la oyese, quizá contenía algunas claves al respecto. Y una lectura apresurada del cuaderno le confirmó sus sospechas. Aunque eso no justificaba nada. Él no tenía derecho a leer ese diario. Y sin embargo, ¿qué otra opción le quedaba? Él conocía a Asunción. Sabía que ella jamás le habría confesado lo que ocurría.

Héctor había investigado a muchas parejas. Así era como pagaba la mitad del alquiler: cuando no estaba espiando a estafadores, estaba vigilando a adúlteros. Y había llegado a la conclusión de que en todas las parejas hay uno que guarda secretos y otro que lo cuenta todo.

Al pasar caminando por debajo del Puente de los Franceses, le sobresaltó el eco de sus propias pisadas. El sonido rebotaba contra la arcada y volvía amplificado durante un par de segundos, dejándose notar tan cerca de los oídos que casi parecía

que estuviera oyéndolo a través de unos auriculares. Así debían de sentirse los mentirosos, pensó Héctor. Asustados hasta del eco de sus pasos. Por eso a veces resultaba tan fácil descubrirlos. Y por eso resultaba tan odioso tener que mentir precisamente a Asunción. Pero a veces Héctor no tenía más remedio. En su matrimonio, el papel del que guarda los secretos le había tocado a él.

Fue él quien ocultó a Asunción la existencia de Teresa. Fue él quien, al principio, había temido confesarle que estaba casado. Era él quien no encontraba las palabras para decir algo tan sencillo como «mi esposa me dejó para irse a vivir con otra mujer». Aún hoy, superada totalmente la ruptura, le costaba decirse eso al espejo. Fue él, en definitiva, quien había intentado mantener en secreto que la muerte de Teresa y su amiga Ana Rivas había sido una tapadera, un hábil montaje para poder desaparecer las dos sin que nadie siguiese sus rastros, para evitar más preguntas incómodas sobre las razones por las que compartían casa. Y Héctor lo habría seguido manteniendo en secreto, de no haber sido Asunción tan endiabladamente lista como para averiguarlo.

En verdad, aquel era un secreto digno de guardar. Porque descubrir aquel secreto era lanzar al ventilador una cantidad de mierda que ni un expolicía como él podía calibrar hasta dónde salpicaría. Teresa y Ana se habían marchado de España huyendo de las habladorías. Ya resultaba demasiado difícil acallar los rumores de que eran «algo más que amigas». El problema era el apellido de Ana: la familia Rivas había sido sinónimo de éxito y riquezas, pero también de escándalos. Teresa y Ana eran conscientes de que allá donde fueran, tarde o temprano aparecería un periodista para husmear en su basura. Como aquel maldito redactor de la revista *Sucesos*. Narciso Colmenar se llamaba. Cómo lamentaba Héctor no haber encontrado la manera de pararle los pies a tiempo. Pero con gente como él poco podía hacerse, al menos si uno quería mantenerse dentro de los límites que fija el Código Penal. Claro que, bien pensado, era precisamente a ese tipo a quien tenía que agradecer haber podido casarse con Asunción. Bien mirado, si Narciso Colmenar no hubiera investigado a Ana y Teresa, si no las hubiera intentado extorsionar, quizá ellas nunca habrían sentido que debían huir de España. Quizá nunca habrían fingido aquel accidente de tráfico. Quizá no existirían dos sepulcros con sus nombres en un cementerio a las afueras de Santander. Y entonces Héctor no tendría en casa un certificado de defunción de Teresa que lo convertía oficialmente en viudo... y le permitía casarse con Asunción.

Sí, su vida estaba llena de paradojas. El malo de la película, un fisgón chantajista, le proporcionaba al bueno la manera de quedarse con la chica. Y luego el bueno se convertía a su vez en un fisgón.

El ladrido de un perro lo sobresaltó. Héctor se giró y vio a un imponente pastor alemán correr hacia él. Se sorprendió a sí mismo valorando la posibilidad de sacar su arma. Aquel perro se le acercaba con demasiada decisión. Héctor podía manejar a dos tipos con dos buenos puños cada uno, pero aquello le parecía demasiado.

De pronto, una voz autoritaria hizo que el perro se detuviera en seco. Un hombre de unos veinte años, vestido con ropa deportiva, se acercó trotando. Llevaba una

correa en la mano.

—Perdone, ¿le ha asustado? Es un cachorro, todavía lo estamos entrenando para los desfiles.

Héctor apretó los dientes. Aquel joven debía de ser un guardia civil del cuartel de la Casa de Campo. Héctor se despidió del muchacho con un gesto y se marchó aferrando la culata de su arma con la mano. Tal vez no había elegido el mejor lugar del mundo para hacer lo que tenía que hacer. A esas horas, en las desiertas riberas del Manzanares, tres tipos con gabán y sombrero llamarían la atención como una mancha de sangre en la bata blanca de un doctor. Y ahora, además, había un guardia civil pegando carreritas por allí.

Héctor calculó que lo mejor que podía hacer era sentarse en uno de los bancos del paseo y fumar un par de cigarrillos tranquilamente, mientras esperaba el momento de que le rompieran la cara. Al fin y al cabo, si alguien le pedía la documentación, tenía los papeles en regla. Incluida su licencia de detective con permiso para llevar armas. Y hasta donde él sabía, leer el diario de la propia esposa no era delito. Al menos, no en España, no en marzo de 1958.

El único problema era que, por mucha licencia que tuviese, él no debería llevar esa arma en el bolsillo precisamente aquella mañana. Porque si alguien se pusiera a atar cabos, encontrar a un marido celoso con el diario de su esposa en un bolsillo y una pistola recién disparada en el otro daría mucho que pensar. Solo faltaría un buen cadáver para tener un caso cerrado.

Pero Héctor no quería pensar en eso ahora. Tenía un plan y ya no era momento de cambiarlo. Había sido un plan apresurado, le habría gustado preparar mejor algunos detalles, pero a no ser que uno fuera supersticioso, lo cierto es que no había ninguna razón en concreto para pensar que algo podía fallar. Encendió un Ideal, se sentó con un gruñido en lo que parecía ser el banco más frío de Madrid y sacó el diario de Asunción del bolsillo. Aún le faltaban muchas páginas por leer. Solo había podido hojearlo a escondidas, en los pocos ratos en que su suegra, su sobrino o su mujer no andaban por la casa. Héctor desató la cinta de tela que lo mantenía cerrado, levantó la tapa de cuero y acarició la primera página. Suave como la mejilla de un recién nacido. Héctor miró a su alrededor. El guardia trotaba ya muy lejos, en dirección a la Casa de Campo, seguido de su pastor alemán. Una bolsa de papel pasó arrastrada por el viento. Allá a lo lejos, las grúas de la Torre de Madrid aún pendían inmóviles. Por un capricho de la perspectiva, la silueta de las dos grúas de Zúñiga recordaba a la de un buitre en actitud de espera.

Héctor posó sus ojos en la primera página del cuaderno.

Me llamo Asunción Muñoz. Escribo esto el 26 de febrero de 1958. Si estás leyendo esto, probablemente te preguntes quién es la persona que tenía este viejo cuaderno y por qué lo tenía en la mano cuando tú llegaste. Sé que tienes muchas preguntas. En

estas páginas encontrarás todas las respuestas. Todo lo que no he sido capaz de decir de viva voz. Ni siquiera a Héctor, mi marido, que tenía más derecho que nadie a conocer esta historia.

Dame un poco de tiempo, yo tampoco sé quién eres ni dónde estás, lector. Ni siquiera sé en qué año estás leyendo estas líneas. Espero que sea una fecha muy muy lejana. Espero estar muerta para entonces. Y es que lo más prudente habría sido llevarme esta historia conmigo a la tumba. Pero, en esta vida, muchas veces ser prudente es demasiado arriesgado. Yo acabo de aprenderlo. Y aunque sería un suicidio compartir esta historia en público, tampoco sería capaz de vivir si me la guardase para mí sola.

¿Puedo llamarte lectora en vez de lector? Perdóname si eres un hombre, pero tengo la sensación de que me va a resultar más fácil explicarle esta historia a una mujer. Cuando el difunto Jesús Rubín me dio trabajo como redactora de la revista *Sucesos*, me regaló un buen consejo: «No escribas para “el público”. Piensa en una persona, real o imaginaria, y escribe para ella. Te será mucho más fácil». Así que, con tu permiso, te imaginaré como una mujer del futuro. Una mujer moderna, en una España moderna. Una mujer que no necesite el permiso de su marido o de su padre para abrir una cuenta en el banco. En una España en que las mujeres obtienen la mayoría de edad al mismo tiempo que los hombres. Sí, una mujer así quizá pueda entender mejor lo que me está ocurriendo. Lo que está a punto de ocurrir. Muy pronto todo habrá terminado. Al menos, para uno de los protagonistas de esta historia. Para mí, probablemente no. Si no estoy muerta cuando termine lo que he decidido hacer, seguiré viviendo dentro de esta historia durante mucho tiempo. Quizá para el resto de mi vida. Seré como una actriz que interpreta a Medea y que después de caer el telón cada noche, sale del teatro y se va a su casa con la terrible sensación de tener aún las manos manchadas de sangre, la sangre de sus propios hijos. Escribir este cuaderno es la única manera que concibo de quitarme esa sensación. Espero no equivocarme.

Tengo más o menos claro cómo debe terminar esta historia, pero no tengo ni idea de cómo empezarla. Supongo que ese es el mérito que tiene la gente que cuenta historias. Cuando voy al cine con Héctor, él siempre adivina cómo va a terminar la película. Pero si pasasen las películas al revés, empezando por el final, dudo mucho que fuese capaz de adivinar el principio.

Creo que lo más lógico sería empezar por el otoño pasado. Por la noche del cuatro de octubre de 1957, en Madrid, cuando le comuniqué a Héctor que estaba embarazada. De hecho, hacía días que estaba segura. Siempre he sido como un reloj con el periodo. Pero quería esperar a un momento especial para decírselo. ¿Has estado embarazada alguna vez? Entonces sabrás a qué me refiero. Conocerás ese vértigo que se siente cuando estás a punto de decírselo a tu marido. ¿Tú también lo has sentido? ¿Somos todas las mujeres igual de frágiles en ese momento? ¿De qué tenemos miedo? No lo sé. Pero si hay un momento de la vida en que una mujer necesita de verdad a un hombre, es ese momento. Yo viví ese momento de noche, en

una azotea de la plaza de Santo Tomé, en Madrid. Si el nombre no te resulta familiar es porque ya no existe. Seguramente dejó de existir muchos años antes de que tú encontrases este diario. En los días en que escribo estas líneas, la plaza aún no ha desaparecido oficialmente, aunque tiene los días contados. Pero no quiero adelantar acontecimientos. Aquella noche de octubre, en aquella azotea, yo había preparado una mesa para cenar los dos solos, contemplar el Sputnik surcando el cielo de Madrid y darle a Héctor la noticia de mi embarazo. Cuando se lo dije, se quedó sin palabras. Estaba tan impresionado que hasta le temblaban las piernas. Tuvo que sentarse para no caerse al suelo. No cabía duda de que la noticia lo hacía feliz. Ese brillo en los ojos no se puede fingir.

Sí, ese es el principio, sin duda. El día en que dejamos de ser dos y nos convertimos en tres. Es increíble lo lejana que me parece aquella noche. El brillo en los ojos de Héctor, como la estela del Sputnik, hace tiempo que se borró. Se fue difuminando poco a poco y no ha vuelto a aparecer, que yo sepa. También recuerdo cuándo empezó a palidecer. Fue el día en que tuve mi primera contracción. Sí, necesito que tú seas una lectora. Y si me das tu permiso, imaginaré además que ya has sido madre. Porque es muy difícil explicarle lo que es una contracción a alguien que no la ha vivido. Los hombres suelen creer que es un dolor repentino, como si te hubieran dado una patada, o algo así. Y duele, sí. Pero no es eso. Es algo más. De hecho, el dolor es casi secundario. Al menos para mí, lo más inquietante es ver cómo en mi cuerpo pasan cosas que no tienen nada que ver conmigo. Saber que mis músculos han decidido ponerse a trabajar para hacer más sitio a ese huésped que llevo dentro, sin preocuparse de si es o no un buen momento para mí.

Tuve la primera contracción subiendo las escaleras de casa. Acabábamos de volver de una vigilancia en Legazpi. Nos habíamos pasado casi toda la noche en el Mercado Central de Frutas y Verduras, escondidos detrás de un almacén de patatas. Mónico Díaz, un frutero de Ávila, nos había encargado que investigásemos a uno de los conductores que bajaba a Madrid cada noche a por fruta para abastecer su tienda de Ávila. Según don Mónico, el tipo le sisaba género. A razón de unas pocas cajas cada noche, a final de mes le estaba arañando un buen pico. Después de que Héctor hubiera rondado por allí tres noches seguidas, simulando ser mayorista y haciendo preguntas discretamente, por fin dimos con el lugar donde se hacía el matute. Y para allá que nos fuimos.

A eso de las cinco y media de la madrugada, apareció por la puerta sur un motocarro que, extrañamente, no se dirigió a la zona de carga. Con toda la poca velocidad que podía lograr, el viejo cacharro enfiló por una calle trasera, atravesando charcos y despojos de verdura, hasta alcanzar la parte posterior del almacén de patatas. Allí le esperaba la camioneta de don Mónico. El conductor descargó rápidamente media docena de cajas de fruta en el motocarro, que no llegó ni a parar el motor antes de desaparecer de allí tan rápido como había llegado. Y si no hubieran

tenido el poco tino de colocarse exactamente bajo un farol de alumbrado, quizá se habrían ido de rositas. Pero Héctor y yo, él con una cámara fotográfica y yo con otra, nos habíamos apostado cada uno en un extremo de la calle. Con los teleobjetivos que llevábamos y los rollos de película rápida que conseguíamos en Foto Pibe cuando el cliente pagaba los gastos, no tuvimos problema para sacar unas instantáneas bien nítidas.

Fue una noche muy emocionante. Incluso romántica. Te preguntarás cómo puede ser romántica una larga noche de espera en el callejón de un almacén, con un frío de morir y ese penetrante olor a fruta podrida. Pues lo fue. Antes de que apareciesen los pícaros, Héctor y yo tuvimos que pasar varias horas escondidos, sin poder movernos a riesgo de ser descubiertos y arruinar la operación. En el oscuro callejón corría un aire helado. Unos tenues faroles proporcionaban apenas dos o tres islotes de luz. Del otro lado del Puente de la Princesa llegaban, lejanos, los escalofriantes chillidos de los cerdos en el matadero municipal. No teníamos otra cosa que hacer aparte de espantar a las ratas que se acercaban demasiado... Y esperar.

En un momento dado, vi que el teleobjetivo de la cámara de Héctor se asomaba levemente entre los cajones de fruta que le servían de parapeto. Al principio pensé que había llegado el momento de la transacción. Pero la calle estaba desierta. Luego comprendí. Héctor me estaba mirando a mí a través de su cámara. Me giré hacia allí, me asomé unos centímetros por encima de mi escondite y le sonreí. La lente no se movió. Le tiré un beso. Y el cristal permaneció inerte, reflejando la fría luz de los faroles. De pronto, noté que algo parecido a un escalofrío me subía por la espalda. Mi respiración empezó a agitarse. Había algo extrañamente perturbador en saberse observada de aquella manera. Estaba excitada como una adolescente. El mundo había desaparecido a mi alrededor y, paradójicamente, sentía una gran intimidad con Héctor, como si estuviéramos solos en nuestra alcoba. A los pocos segundos bajó el objetivo y se asomó con cuidado entre las cajas, con esa sonrisa pícara que usaba para salirse por la tangente en las extrañas ocasiones en que discutíamos. Se quedó allí asomado, y yo supe lo que estaba esperando. Cogí mi cámara, enfoqué el objetivo a la distancia máxima y encuadré su rostro. La sonrisa de chico travieso había desaparecido. Ahora tenía el mismo gesto serio, grave, casi solemne, con el que me miraba cuando hacíamos el amor. Por un momento, me quedé sin aliento de pura excitación. Estábamos compartiendo un juego secreto que nadie más en el mundo conocería nunca. Jamás pensé que el solo hecho de contemplar la mirada de un hombre pudiera hacerme sentir así por dentro. Sus ojos llenaban el encuadre. Y ese brillo de ilusión que se encendió la noche del Sputnik todavía estaba allí.

Nunca más lo he vuelto a ver.

Aquella madrugada, apenas se hubieron marchado los menuderos, nos fuimos directamente a la agencia. Estaba ya casi amaneciendo, no tenía sentido acostarse para una o dos horas, aunque yo en el taxi di una breve cabezada, recostada en el hombro de Héctor. En esos primeros meses de embarazo, el sueño me atacaba casi en

cualquier momento de descanso. Aún estaba adormilada cuando el taxi enfiló Génova desde la plaza de Colón. Y entonces, a través de la ventanilla, vi una silueta conocida. Una silueta que me heló la sangre. Aquella barriga prominente, aquellos brazos cortos terminados en dos torpes manazas incapaces de estarse quietas en presencia de una mujer y aquella cabeza calva y redonda posada sobre una temblorosa papada, como una guinda gigante en un pastel de gelatina. Era Narciso Colmenar, exredactor de la revista *Sucesos*, donde había trabajado en la misma época que yo. Podría resumir diciendo que era excompañero mío, pero la palabra *compañero* le viene grande a una rata de alcantarilla como Narciso. Aquella madrugada estaba parado en mitad de la calle, contemplando despreocupadamente la marquesina del cine Royalty mientras fumaba un cigarrillo, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si estuviera esperando a una novia que siempre se retrasa. Estuve a punto de señalárselo a Héctor, pero me contuve. Habría sido capaz de bajarse a preguntarle qué demonios hacía por allí. Y no habría sido la primera vez que llegaban a las manos.

Debí adivinar entonces que la presencia de Narciso en el barrio presagiaba problemas, pero quizá estaba demasiado cansada para pensar en ello. Me dije que habría venido a visitar a algún viejo amigo. «Hasta los cerdos como él tienen amigos», pensé. Y muy pronto iba a tener ocasión de comprobarlo, para mi desgracia. Pero en aquel momento decidí no darle importancia. El taxi dobló a la derecha por Joaquín García Morato, y yo perdí de vista a Narciso. Ya solo estábamos a unos minutos de la plaza de los Frutos y teníamos prisa. Don Mónico nos había hecho una oferta: si cazábamos al espabilado antes de una semana, nos daría una propinita. El plazo acababa al día siguiente. No había tiempo que perder: Héctor revelaría las fotos mientras yo redactaba el informe. Pero aquello resultó ser un cuento de la lechera más: el cántaro se me cayó a mí cuando subíamos el último tramo de escaleras. Algo que me pareció una especie de descarga eléctrica me subió desde la ingle hasta casi las costillas y me dejó paralizada a tres escalones del rellano. No podía moverme. No podía ni contestar a las preguntas de Héctor. A los pocos segundos, con el dolor se mezcló otro sentimiento: rabia. Rabia y vergüenza. Porque ya sabía qué tres palabras me iba a soltar Héctor en cuanto tuviese ocasión.

—Te lo dije.

No sé cuántas veces me había pedido que dejase de trabajar. Siempre muy amable. Sin imponerse, porque no era su estilo. Héctor es sutil, pero tenaz. Desde que supo de mi embarazo, no había mañana que no sacase el tema. Algunos días incluso tenía el detalle de sugerirlo veladamente, para no parecer insistente. Por ejemplo, me preguntaba si había dormido bien, «a pesar de los vómitos». O hacía algún chiste sobre mis remilgos a la hora de comer.

—¿Seguro que es por el embarazo? ¿O es que los boquerones de El Asturiano ya están para jubilar?

Tú, siendo mujer, sin duda conocerás esa habilidad de los hombres para apoyar sus argumentos con un chiste en el momento adecuado. No sé cómo lo hacen, pero

consiguen dejarte con la sensación de que la conversación se ha terminado. Yo no tengo esa locuacidad. Y especialmente en aquel momento, no se me ocurría qué decir.

Héctor lo tuvo todo claro. Me levantó en brazos, abrió la puerta de la agencia de una patada y me tumbó en el sofá de las visitas. Y se lanzó al teléfono. Los dos sabíamos que no era el mejor momento para gastar dinero en médicos, pero Héctor es el tipo de hombre que no dudaría en quitarse el pan de la boca para cuidar a su familia. Es una virtud que no todos los hombres tienen. Y no puedo quejarme, aunque a veces resulte incómodo que me asigne siempre el papel de desvalida damisela, mientras él se reserva el de caballero andante.

Después de localizar a un tocólogo y citarlo para esa misma tarde, Héctor llamó a mi madre. No sirvieron de nada mis protestas: la contracción había pasado, ya no me dolía nada, teníamos trabajo pendiente. Entre mi madre y mi marido me mandaron a la cama hasta que viniese el médico a verme. Y para colmo, Héctor había decidido llamar a un médico privado.

—¿Y para qué le pagamos la iguala a don Niceto, si puede saberse?

—Ese, para los catarros. Esto es algo serio —me contestó Héctor.

Qué vergüenza. Mi madre parió a sus tres hijos sin más ayuda que la de las vecinas. Solo con Chelo toleró que viniese una comadrona a ayudarla, y eso porque una gitana que pasó vendiendo romero le había metido miedo en el cuerpo poco antes de parir, diciéndole que la criatura vendría de pie. A mi hermano Miguel se lo sacó ella sola. La vecina que la había ayudado conmigo andaba de viaje, enterrando a un pariente, y mi padre estaba en el campo cuando a mi madre le vino «el gran dolor», que le llamaba ella.

—No te atrevas a mentirme, que yo a ti te saqué de mis entrañas con mis propias manos —le decía a mi hermano cuando alguna vez le sorprendía en una travesura. Y ahora su hija mayor iba a tener que consultar con un tocólogo que ni siquiera era de la Seguridad Social. No, yo por lo privado, como la gente fina.

Imagino que en el futuro las mujeres vivís esto de una manera mucho más avanzada. Mi tía Manolita, sin ir más lejos, ya tuvo el último parto en un hospital después de haber tenido muchos hijos en casa. Es de suponer que dentro de poco será lo normal. A lo mejor incluso llega un día en que parir en casa sea una rareza. Y me consta que se están haciendo muchos avances en medicina obstétrica. Me consta, porque he disfrutado gratis de algunos de ellos. Y es que mi embarazo lo ha estado vigilando uno de los tocólogos más prestigiosos de Madrid. Parte de esta historia tiene mucho que ver con eso.

Pero todo aquello vino después. El día de mi primera contracción lo que hicieron fue poco menos que atarme a la pata de la cama. Para colmo de males, entre Héctor y mi madre decidieron que el mejor lugar para tenerme bien cuidada era la casa de mis padres.

—En tu estado no puedo permitir que duermas en el cuchitril —dijo Héctor con

su tono de «no te molestes en discutir». El *cuchitril* era la palabra que empleaba para referirse al piso donde él vivía y donde tenía la agencia de detectives desde antes de casarnos, y al que yo me mudé con él después de nuestra boda. Yo antes había encontrado incluso simpático que se refiriese a su hogar de una manera tan despreciativa, pero al poco de vivir allí juntos, me empezó a molestar esa denominación. Tú comprenderás por qué, ¿verdad? Siempre he pensado que las mujeres tenemos una relación especial con nuestro hogar, algo que difícilmente compartimos con un hombre. Para ellos una casa son cuatro paredes y un techo. Hay casas bonitas y casas feas, casas frías y casas caldeadas. Es un sitio donde comen y duermen, y poco más. Para nosotras es distinto, ¿no crees? Confío en que tu vida no se parezca en nada a la que dibujan en el manual de Economía Doméstica de la Sección Femenina. En el futuro que me gusta imaginar, las mujeres no estáis obligadas a ocuparos solas de vuestras casas. Pero aun así, seguro que seguís sintiendo algo especial por el hogar donde vivís y criáis a vuestra prole. Las mujeres aún llevamos grabada a fuego la memoria de miles de años de pasarnos los días encerradas, pariendo y cuidando niños y teniéndolo todo listo para nuestros hombres. Entre eso y las enseñanzas de Pilar Primo de Rivera —que me revuelven el estómago, pero he tenido que sufrirlas, como todas, y, claro, al final algo queda—, te confieso que yo siento una responsabilidad especial por mi casa. Necesito tenerla limpia y en orden. Y necesito que sea a mi manera. Héctor, el pobre, es hacendoso como él solo. Pero cuando él limpia, no es lo mismo. Si una noche él insiste en recoger los platos de la cena y limpiar la cocina, al día siguiente yo madrugo para volver a limpiar y dejarlo todo a mi gusto. ¿Ves? Esta es una de las ventajas de tener un cuaderno para confesarme. Puedo contar estas cosas que jamás le contaría a Héctor.

El caso es que nunca me ha hecho gracia que a mi casa, por humilde que sea, Héctor la llame *cuchitril*. Aunque es cierto que las pocas visitas que teníamos se quedaban de una pieza cuando veían que la puerta del piso exhibía una placa dorada con la inscripción «Perea y Muñoz, agencia de detectives». Para entrar a la vivienda había que cruzar el mismo despacho en el que los clientes se sentaban a contarnos pequeñas miserias y grandes secretos. Con su escritorio y sus sillas de oficina, su archivo y sus máquinas de escribir. Y pasado el despacho, tampoco es que se encontraran un palacio, precisamente. Cocina, dormitorio y baño (por llamarlo de alguna manera, porque lo que allí había era un lavabo, un barreño de cinc y se acabó. A mis padres tampoco les hizo falta más, y para algo teníamos la casa de baños de Bravo Murillo a cinco minutos). No había salón ni comedor. Comíamos y escuchábamos la radio en el sofá de cuero que había en un extremo del despacho, que era el único lujo de toda la estancia, regalo de un fabricante de muebles al que le solucionamos un problema de negocios. Aquel lugar era modesto y extraño, pero era mi hogar.

Sin embargo, Héctor fue tajante. Así que ese día, además de inválida, tuve que resignarme a parecer otra vez soltera, de vuelta a la portería de la plaza de Santo

Tomé. De vuelta al cuarto que compartí con mi difunta hermana Chelo desde que llegamos a Madrid. Otra vez a vivir a mesa puesta. Aquella noche Héctor vino a cenar conmigo y con mis padres, y trajo una botella de vino, como cuando éramos novios y quería causar buena impresión. A mí todo aquello me resultaba perfectamente ridículo, pero procuré no quejarme. El ambiente en la cena era muy sombrío. Más de lo que cabía esperar después de la visita del doctor Losada, ni más ni menos que el famoso tocólogo de la radio. El hombre me reconoció, me hizo el consabido tacto vaginal y poco menos que se tomó la visita a broma.

—Las contracciones tempranas son normales. Poco comunes, pero nada que deba alarmarlos. A no ser que cursen con dolores persistentes, pero no es el caso —le dijo a Héctor. Sin embargo, entre él y mi madre lo acorralaron para que acabase diciendo lo que ellos querían que dijese—: Desde luego que sería mejor que guardase reposo. ¿Qué necesidad tiene de trabajar una muchacha tan hermosa y tan bien casada? Y mucho menos, embarazada —concedió al final. Y luego nos mandó un análisis de sangre, nos recordó que escuchásemos su programa en Radio Universal y nos largó una minuta escalofriante. Debió de parecerle el dinero más fácil que había ganado en mucho tiempo.

—Entre la consulta, lo que nos cueste el análisis y lo que dejas tú de ganar por quedarte sin ayudante, esta contracción nos va a salir más cara que un Seiscientos nuevo —le dije a Héctor. Pero él no estaba de humor.

—En estas cosas no se ahorra —zanjó.

Después de la cena nos enteramos de que el grifo de gastar dinero se había abierto en el momento menos indicado.

—A partir del mes que viene, nos quitan la mitad del jornal —resumió mi padre.

Al parecer, más o menos a la misma hora de la madrugada en que yo tenía la contracción, mi madre se estaba levantando de la cama, alarmada por los porrazos que alguien daba en la portería. La que llamaba resultó ser doña Milagros, la vecina del segundo derecha. Venía a quejarse de que no tenía agua caliente para su baño.

—Le dije que las seis de la mañana no eran horas de bañarse, y mucho menos de andar dando aldabonazos en la puerta de una casa decente —explicó mi madre.

Y a pesar de que no le faltaba razón, o quizá precisamente por eso, aquel día se armó la marimorena en la finca.

Doña Milagros no era persona a la que se pudiera contestar de cualquier manera. Su marido, don Servando, había sido quintacolumnista, luego se había pasado con la mujer y los dos hijos al bando nacional, jugándose la vida de mala manera para cruzar las líneas de Madrid, y había acabado de capitán por méritos de guerra. En el verano del 39 le devolvieron su piso y lo nombraron jefe de casa de Falange, y de aquellos días aún le quedaban algunos privilegios que le gustaba recordarle a todo el mundo. Por ejemplo, la policía le había permitido conservar el revólver que le habían dado cuando le hicieron oficial del Ejército, y don Servando siempre salía de casa con él encima. Ahora, no era más que un simple inspector de Hacienda (por méritos

políticos, que no profesionales, porque no sabía hacer la o con un canuto), pero le gustaba «sacar a pasear el hierro», como él decía. Y para que todo el mundo en la finca lo supiera, siempre bajaba la escalera en mangas de camisa, luciendo la sobaquera. Solo al salir a la calle se ponía la chaqueta. A nosotros nos parecía un perfecto fante, pero lo cierto es que mucha gente lo temía, y la mayor parte de los vecinos prefería darle la razón en todo y evitarse problemas con alguien tan bien considerado por el Régimen, y con tanta fama de chivato.

Sabiendo que se la jugaba con este tipo de elementos, mi madre bien podría haber explicado que la falta de agua caliente se debía a que el reparto de carbón había fallado la semana anterior y que mi padre estaba haciendo lo imposible por condurar el combustible de la caldera hasta que volviera a pasar el carbonero. Pero no era la primera vez que los del segundo derecha le faltaban al respeto.

—Y Felisa Ruiz no agacha la testuz tan fácilmente —dijo.

Mi madre acabó echando a doña Milagros con cajas destempladas, doña Milagros le refirió el incidente a don Servando, y el viejo falangista —supongo que con la sobaquera bien a la vista— convocó a todos los propietarios y los convenció para poner a un cuñado suyo al cuidado de la caldera y de las chapuzas de la finca. Mis padres, a partir de ese momento, solo se harían cargo de vigilar el portal, recibir el correo, fregar la escalera y poco más. Menos trabajo, menos jornal.

—Contad con nosotros para lo que haga falta —dijo Héctor sin dudar.

Pero poco podíamos ofrecer. La agencia no era un negocio boyante, en el banco apenas había dos mil pesetas y ya íbamos de cara al invierno. El cuchitril tenía orientación norte y estaba mal aislado: el recibo de la luz se disparaba con la calefacción. Héctor necesitaba un abrigo nuevo y yo un buen par de zapatos. Y todo eso eran bagatelas comparado con lo que se nos vendría encima cuando naciese el niño. Más médicos, más ropa, más enseres que comprar. Y más tiempo sin poder yo juntar dos duros.

Esa noche me mandaron a la cama a las diez. Estuve tentada de pedirle a mi padre que me contase *Blancanieves* antes de dormir, habida cuenta de lo mucho que me habían reducido la edad, pero calculé que no era momento para bromas. A mi padre se le notaban las ganas de hablar con Héctor a solas. Más tarde, Héctor me contó de qué hablaron. Mi padre había sacado la botella de Fundador y había ido directo al grano:

—Las mujeres se toman esto muy a pecho. Pero las cosas como son: perder el primer embarazo es lo más normal del mundo.

Cuánto daño puede hacer un comentario amable.

—Yo, sin ir más lejos. En este partido estoy empatado. Tres a tres. Seis preñeces, tres abortos, tres churumbeles.

Héctor no habló mucho, supongo. Nunca lo hace. Y qué se puede contestar a un comentario así.

Mi padre, Trino Muñoz, es un santo. Más manso que el cordero pascual, pero también duro como el granito de Alpedrete. Lo que esas espaldas se han echado encima para sacar a su familia adelante solo Dios lo sabe. Pero la perspicacia no está entre sus muchas virtudes. La última palabra que Héctor necesitaba oír en ese momento era *aborto*. Todos sabíamos que era una posibilidad. Más o menos ocho de cada diez mujeres que conozco han hecho algún comentario sobre mi delgadez y mi estrechez de caderas. Digamos que Rubens no habría gastado una gota de pigmento en inmortalizar un desnudo mío. Y eso, a decir de muchas mujeres, presagiaba que sería incapaz de concebir una criatura. Algunas me lo decían a la cara, aunque apenas me conocieran. En este país las mujeres se dejarían matar antes que comentar un solo detalle de lo que pasa en la alcoba con sus maridos. Pero se les llena la boca hablando de partos fatales, abortos de espanto y casos perdidos de infertilidad. Especialmente si tienen delante a una chica joven embarazada o que está intentando quedarse en estado. Al final, si eres espabilada, te haces a ello y dejas de escuchar.

Los hombres nunca se acostumbran. No sé qué sentimientos se remueven dentro de ellos cuando se enteran de que van a ser padres, pero se ablandan, aflora en ellos una vulnerabilidad muy particular. Imagino que tiene que ver con que saben que no pueden hacer nada. Se pasan toda su vida adulta llevando las riendas y, de pronto, descubren que en este trance no tienen ni voz ni voto. La mera idea del aborto les resulta inconcebible, casi obscena. Imagino que mi padre intentaba disipar los miedos de Héctor poniéndolos en palabras. Pero hubo un detalle con el que no contaba, y es que Héctor ya iba perdiendo el partido: cero a uno. Él ya había perdido un hijo.

Pocos años atrás, mi marido había estado casado con Teresa García, la hermana del famoso púgil Alfonso García. Gracias a su amistad con la empresaria Ana Rivas, Teresa había llegado a ser directiva de los desaparecidos Almacenes Rivas, en su momento uno de los negocios emblemáticos del barrio. Y a medida que Teresa ascendía en el mundo empresarial, su relación con Héctor se iba deteriorando. Finalmente, y tras haber sufrido un aborto, Teresa decidió separarse.

Por una u otra razón, Héctor no la denunció ni intentó obligarla a volver.

—Lo habría tenido fácil, pues al fin y al cabo yo conocía a la mitad de los jueces de Madrid —me dijo una vez—. Pero el amor no se puede encerrar en un calabozo.

A veces, cuando lo escuchaba, me parecía estar oyendo la versión castiza de alguno de esos filósofos que tiempo atrás me había dado a leer un novio universitario que tuve. En las largas noches del verano pasado, cuando nos daba el amanecer hablando y haciendo el amor, Héctor me había contado muchos detalles de su vida. También de su padre alcohólico y de las palizas que recibió hasta que se marchó de casa. De su entrada en la policía y de todas las zancadillas que sufrió hasta llegar a inspector y luego a comisario. De cómo le pagaron su entrega al Cuerpo y su lucha contra la corrupción policial con un humillante traslado a Tetuán y de cómo prefirió renunciar a su puesto y ganarse la vida de «huelebraguetas», como amablemente nos llaman los grises a los detectives privados.

—Esta es mi vida, y no me quejo —decía—. Quejarse es ser muy desagradecido. Si vives para contar tus penas, es que no fueron tan terribles. La gente que ha pasado verdaderas desgracias no tiene palabras para contarlas.

Mucha gente lo veía de otro modo. Mucha gente opinaba que Héctor tenía motivos sobrados para denunciar a Teresa por abandono del hogar y que no lo hacía porque era, simple y llanamente, un consentidor. Y es que, a pesar de la discreta vida que llevaba su esposa en Santander, era sabido que compartía casa con Ana Rivas, a la sazón viuda de Alfonso García. Y no faltó quien sugiriese que, aparte de los familiares, había «lazos» más fuertes entre las cuñadas. ¿Qué opinas tú, lectora, era un consentidor? Yo creo que no. Creo que había entendido que se puede hacer volver a una persona a la fuerza, pero que el amor, cuando se ha ido, ya no vuelve nunca.

Si bien de una manera cruel y trágica, la vida pareció confirmar la filosofía de Héctor en la primavera del año pasado. Si ahora mismo dejases este cuaderno, te encaminases a la hemeroteca y consultases la prensa del día de San Isidro de 1957, verías grandes titulares dando cuenta de la muerte, en accidente de tráfico, de la famosa empresaria Ana Rivas y de su cuñada Teresa García, hermana del célebre boxeador.

Sé que esto va a sonar terrible, pero lo cierto es que aquellas muertes terminaron por ser una bendición para nosotros. No en aquel momento, claro. Héctor estaba destrozado, y yo sufrí mucho por él. Entonces ni siquiera se me pasó por la cabeza que como Héctor se había quedado viudo, por fin íbamos a poder ser una pareja normal. En aquella época, me habría avergonzado de pensar siquiera algo así. Pero claro, en esos días yo no sabía que aquellas muertes, además de muy convenientes, eran falsas.

Supongo que es una imprudencia escribirlo aquí. Pero imagino que a estas alturas eso ya no es algo que deba preocuparme. Cuando estas páginas salgan a la luz, Ana y Teresa ya habrán muerto de viejas. Ellas y nosotros. Quizá incluso haya muerto ya de viejo este niño que ahora mismo me da patadas, probablemente reclamándome que coma algo sólido. Debería hacer una pausa y obedecer. No he probado bocado desde la mañana.

El día siguiente a mi primera contracción, Héctor y yo fuimos al dispensario de la Cruz Roja para que me sacaran sangre. Me resultó divertido ver que Héctor estaba a punto de marearse.

—No es por la sangre. He visto sangre mil veces. Pero nunca había visto la tuya —me explicó, y me pareció lo más bonito que me había dicho en mucho tiempo.

Ahora tocaba esperar. Mi sangre debía viajar hasta un laboratorio, allí aguardaría el turno de ser analizada, lo que podría tardar varios días, y después tendríamos que ir nosotros al laboratorio a buscar los resultados, para luego llevárselos de vuelta a Losada. Le supliqué a Héctor que me dejase volver a casa.

—Necesito dormir contigo. En estos momentos necesito un marido, no una

madre.

Fue una suerte que lo convenciera. Aunque en aquel momento no lo sabía, me estaba librando de presenciar algo que pasó a la mañana siguiente a primera hora y que me habría roto el corazón.

Mi padre había abierto su taller, como cada día, a las ocho en punto de la mañana. Sabía de sobra que jamás aparecía un cliente antes de las nueve y media o las diez, pero él siempre decía que a quien madruga, Dios le ayuda.

—Qué Dios ni qué san Pedro. A ti lo que te gusta es pegar la hebra con Pelayo — le contestaba mi madre.

No le faltaba razón. Desde que llegamos a Madrid, mi padre había hecho muy buenas migas con el patriarca de El Asturiano. La mitad de los días, apenas abría su taller, mi padre dejaba un cartel en la puerta avisando de que estaba en el bar. Y la otra mitad, era Pelayo quien le acercaba su cortado al taller, y allí se quedaban de tertulia, cada uno con su café, hasta que a mi padre le llegaba algún cliente, o hasta que mi tío Marcelino reclamaba a gritos a Pelayo para que fuese a trabajar, generalmente soltándole alguna pulla:

—¡Padre, que vienen a buscarle del asilo! ¿Puede usted caminar hasta aquí, o mando a un enfermero con una silla de ruedas?

—¡En silla de ruedas vas a acabar tú como me vuelvas a faltar al respeto, descastado!

Mi padre siempre decía que alguien debería escribir un libro con las cosas que se decían los Asturianos entre ellos. Sobre todo con los dichos de Pelayo, que era una especie de refranero andante. Pero precisamente aquella mañana no hubo ningún intercambio de sarcasmos. Pelayo apareció por el taller con paso indeciso y cara de funeral. Y se quedó allí plantado sin decir una palabra, con la mirada perdida. Lo primero que extrañó a mi padre fue que Pelayo no trajese los cafés. Y entonces reparó en el sobre que Pelayo llevaba en la mano, con los dedos crispados como si estuviese intentando aplastar una avispa. Reparó también en la figura de Higinio, el cartero, que asomaba desde la plaza con la vista clavada en su bicicleta, sin atreverse a mirarlos a los ojos, avergonzado el pobre por haber tenido que entregar aquella odiosa carta.

—No me jodas —acertó a decir mi padre.

Pelayo no dijo una palabra. Se limitó a asentir, grave, esquivando la mirada de Trino. Según me contó después Higinio, aunque él estaba unos metros más allá, habría jurado que los dos hombres lloraban en silencio mientras leían aquel texto infame, cuya pomposa y retorcida retórica a duras penas disimulaba la desvergüenza de quien lo remitía.

MINISTERIO DE LA VIVIENDA

Dirección General de Urbanismo.

Estimado señor:

Por la presente se le comunica el contenido del Decreto de once de enero de mil novecientos cincuenta y ocho, por el cual el Ministerio de la Gobernación ha declarado de urgencia la ejecución de las obras comprendidas en el proyecto de ordenación urbana de los Distritos III y IV del Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, y que a dicho proyecto le sea aplicado el procedimiento abreviado que prevé la Ley de siete de octubre de mil novecientos treinta y nueve para la disponibilidad de las fincas afectadas por dichas obras. Asimismo, se le comunica que, por Decreto del once de enero de mil novecientos cincuenta y ocho, el Ministerio de la Vivienda autoriza a la Comisión de Urbanismo de Madrid a enajenar directamente a sus propietarios las fincas destinadas a derribo en el citado plan, y que seguidamente se describen:

.— Plaza de los Frutos, números 5 y 7.

De conformidad con el número dos del artículo 64 del Reglamento de veinticuatro de junio de mil novecientos cincuenta y cinco, que ha de regular la actuación, se fija para levantar las actas previas de ocupación el día quince del presente mes de enero, a las once de su mañana, en cuya fecha y hora deben encontrarse en la finca los propietarios y cuantos consideren tener a su favor algún derecho en interés legal.

Están facultados, si lo juzgan procedente, a acompañarse de Notario y Perito, siendo los gastos de su cuenta.

Los que debidamente citados no comparecieren serán representados por el Ministerio público.

Se admiten alegaciones y se informa en esta Dirección General (Ministerio de la Vivienda), calle de Ríos Rosas.

Lo que se hace público para su conocimiento y cumplimiento.

Madrid, 11 de enero de 1958

El Director General, Pedro Bidagor.

Así, con apenas trescientas palabras, se derribaban los sueños de la gente en 1958. ¿Han cambiado las cosas? ¿Es diferente en la España en la que vives tú? ¿O es igual? Hay cosas que nunca cambian, dice Héctor cuando se pone pesimista. Quiero pensar que esto ha cambiado. Que hacen falta más que trescientas míseras palabras para tirar por tierra la vida de toda una familia.

Ese taller mecánico era quizá el único proyecto personal que mi padre había logrado sacar adelante con éxito. Un éxito relativo, vaya. Porque la idea era montar el negocio con mi hermano Miguel al frente. Él era el que tenía mano de verdad con las

motos. Pero Miguel emigró a Alemania, en busca de un trabajo como Dios manda, y mi padre se quedó solo en el tallercito. Era enternecedor ver cómo se esforzaba, a su edad, por seguir aprendiendo mecánica. Se pasaba los días en aquel cuartito de apenas tres metros por cinco, donde a duras penas cabían las herramientas y donde la puerta tenía que estar permanentemente abierta. En parte por lo mal ventilado que estaba el lugar y en parte por hacer ver que el taller estaba abierto, ya que su única entrada era la que tenía en el callejón que comunicaba la plaza de los Frutos con la de calle de Santo Tomás. Un pasaje tan angosto y humilde que ni siquiera tenía nombre.

Mi madre me contó que aquella noche se la pasó llorando como un niño. Nunca he visto llorar a mi padre, a excepción del día en que murió mi hermana Chelo, y aunque pueda sonar egoísta, doy gracias al cielo por no haber estado presente para verlo esta vez, porque no sé si lo habría podido soportar.

—Esta puta ciudad me lo está quitando todo. Primero se llevó a Chelo, luego a Miguel, y ahora se me lleva el sustento —le había dicho a mi madre.

Pasados los días, empezamos a conocer los detalles que el Plan General de Ordenación Urbana de Madrid reservaba para nuestro barrio: el edificio que albergaba el taller de mi padre y el bar de mis tíos sería derribado y los cimientos removidos. Se juntarían así las dos pequeñas plazas en una sola, más amplia, que seguiría llamándose plaza de los Frutos. Desaparecería, por tanto, la plaza de Santo Tomás. En el solar del edificio, se levantaría un nuevo bloque de pisos, de estilo más moderno, que cruzaría todo el ancho de la plaza, con una galería elevada asomando a ambos lados, y bajo ella un pasaje lo bastante ancho como para permitir el paso de vehículos por toda la extensión de la plaza, que durante muchos años había sido peatonal. «Un edificio de viviendas elegantes y modernas, acordes con los aires de progreso que alientan en la Nueva España», rezaba el folleto de Zúñiga Promociones, la constructora que estaba detrás del proyecto.

Un par de días después de la notificación del derribo, acudí con Héctor a una especie de «consejo de familia» en El Asturiano. Pelayo, belicoso como de costumbre, veía en las obras del barrio una muestra más del despotismo insoportable del Régimen. Para Pelayo, cualquier ocasión era buena para despotricar contra el Régimen, y aquella tarde nos soltó a todos una soflama antifranquista según la cual no debíamos ceder a ese atropello. Estaba dispuesto a organizar a los vecinos para resistir, e incluso a encadenarse al edificio si hacía falta.

—Padre, si son capaces de tirar el edificio, ¿no le parece que podrán cortar una simple cadenita? —apuntó Marcelino, y enseguida se enzarzaron en una de sus discusiones.

Pero la furia revolucionaria de Pelayo duró poco. Lo justo para comprender que su fiel amigo Trino ya se había rendido a la evidencia.

—Cojamos lo que nos den y procuremos que nos dure. No queda otra —zanjó mi padre.

No era tan sencillo. Mi padre sabía que no iba a poder montar otro taller. Los

alquileres habían subido mucho desde que él había conseguido el pequeño local del callejón. Esa era, naturalmente, la razón misma de la obra. Resultaba obvio que el edificio de El Asturiano, que tenía ochenta años de antigüedad y había aguantado una guerra, podía seguir en pie otros ochenta años más. Tampoco la remodelación de la plaza podía considerarse un asunto necesario, por mucho procedimiento de urgencia que declarase el Ministerio. Era un simple remozado para hacer bonito y cobrar el doble.

—Ahora ya sabéis por qué en el nodo vemos tantas veces a Zúñiga visitando a Franco. Va a recoger su ración semanal de migajas —había dicho Pelayo, y tenía más razón que un santo.

Los locales comerciales que Zúñiga planeaba para la nueva plaza de los Frutos costarían exactamente el doble que antes de las obras. Todo bajo la excusa de la *modernidad* que presidiría la plaza y la *elegancia*, que sin duda atraería a extensas clientelas para cualquier negocio.

¿Son así las cosas en tu época? Imagino que en este aspecto no serán demasiado distintas. La ciencia y la medicina harán grandes avances, sin duda. Se conquistarán nuevos derechos y se recuperarán algunos de los que se habían perdido. Pero mientras el mundo siga girando, el dinero seguirá mandando entre los hombres.

Así pues, mi padre inventarió todo el taller y puso a la venta las herramientas, los recambios y todo lo que allí había. No tardó en tener algunas ofertas, y sabía que lo que no vendiese a otros talleres se lo compraría al peso algún desguace. Con eso y el poco dinero de indemnización que le darían, tiraría un par de meses. Luego tocaría apretarse el cinturón y vivir de lo poco que diese la portería. Pero para los Asturianos la cosa era más complicada. Aquel bar era el sustento de toda la familia. Y eran ocho a la mesa.

Dos días después, mi tía Manolita había ido a protestar a Urbanismo, pero no logró que la recibiera nadie por encima de un triste secretario, que se limitó a repetirle lo que decía la carta y a prometerle que los comerciantes afectados tendrían derecho a indemnización y los que fueran propietarios, además, recibirían «un pago justo» por la expropiación. Pero nadie le supo decir a qué se refería con «justo». Los días pasaban y se acercaba la fecha de presentación de las actas. Marcelino y Pelayo decidieron personarse en el Ministerio de la Vivienda, pero el guardia de la puerta ni siquiera los dejó entrar.

En El Asturiano había debate cada día. Sebas, el repartidor de periódicos, por lo general abría la tertulia con alguna noticia que había oído por ahí:

—Pues un cliente del quiosco tiene un primo que es bedel en Urbanismo.

Y empezaba la discusión sobre si había o no había que tirar de ese hilo. Mi tía Manolita era del parecer de que había que luchar con uñas y dientes por conservar el bar. Su marido, Marcelino, ya había aceptado la derrota y pensaba que era mejor no menear las cosas demasiado.

—Mira que nos corresponde un dinero por la expropiación. A ver si por quejarnos nos lo van a quitar. Que el que se mueve no sale en la foto —decía.

Para Pelayo cualquier ocasión era buena para enfrentarse a la autoridad. En sus días más radicales, abogaba incluso por rechazar el dinero de la expropiación.

—Si nos vamos a morir de hambre, al menos tengamos algo de dignidad.

Pero entre Marcelino, Sebas y el resto de la parroquia le convencían de que se tomara las cosas con filosofía. A su edad, y con media docena de criaturas en casa, más les valía tragarse el orgullo. Además, mi tía Manolita tenía un plan:

—Con lo que nos den, pagamos la entrada para otro local. Y luego, un crédito y a montar otro negocio. Pero no una casa de comidas, no: un restorán.

—¿Y dónde lo montamos? ¿En un barrio donde no nos conozca nadie? ¿Tú sabes lo que cuesta hoy en día hacerse con una clientela? Además, si damos todo el dinero para pagar una entrada, ¿de qué comemos mientras?

Los debates continuaban hasta bien entrada la noche. Y la única conclusión a la que se llegaba era que la piqueta no iba a tirar un simple edificio. Iba a derribar vidas enteras.

Para mí, el derrumbamiento empezó pocos días después. Debió de ser la noche del 18 de enero de 1958, cuando tiraron un muro que yo había levantado con mucha ilusión y sin apenas esfuerzo. El día que nos casamos, me había jurado a mí misma que nunca mentiría a Héctor. En realidad, todos los matrimonios hacen ese juramento en voz alta y ante Dios el día en que se casan, pero no conozco a una sola pareja que lo haya cumplido. Yo pensé que jurándomelo a mí misma sería más fácil no romperlo. Aquella noche comprobé que no solo no podía, sino que tal vez ese juramento no era una buena idea después de todo. Para algunos males, el único remedio eficaz es una mentira a tiempo.

Era sábado. Lo recuerdo bien porque Héctor y yo estábamos oyendo *Cabalgata fin de semana* en la cadena Ser. Habíamos terminado de cenar, y Héctor estaba tomando el café sentado en el sofá del despacho, con los pies descalzos sobre la mesita baja, mientras escuchaba la radio. Bobby Deglané acababa de dar paso a los cómicos Tip y Top, cuando yo me levanté a recoger la mesa. No tenía el cuerpo para chistes. Y entonces, al agarrar los platos, noté cómo se tensaban los músculos de mis ingles. Venía una contracción de órdago. Me quedé quieta como una piedra.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —preguntó Héctor.

—Estoy escuchando —mentí—. Esos dos son muy graciosos.

Aproveché el final del chiste, que no tenía la menor gracia, para volver a sentarme fingiendo una risa que me sonó más falsa que un duro de madera, pero que sirvió para distraer a Héctor. Me quedé sentada en aquel sofá durante tres o cuatro minutos, disimulando mi dolor entre risitas falsas y sintiéndome víctima a la vez que culpable. Me parecía tristísimo no poder hacer partícipe a Héctor de lo que me pasaba, pero a la vez pensaba que no tenía ningún derecho a amargarle más la vida, ni

a él ni a mis padres. No era justo para ellos, en un momento así, tener que cargar además con la angustia de oír mis quejas todo el día.

Al terminar *Cabalgata*, yo ya había tomado una decisión: no hablaría más de mis contracciones. Viviría mi embarazo como si ya lo hubiera perdido. Así al menos mitigaría el sufrimiento que me producía la incertidumbre. Y mientras tanto, lucharía por ayudar a los míos. Al principio no sabía cómo; fue precisamente la radio la que me dio la clave: en ese momento daban los anuncios y uno de los consejos era de Zúñiga Promociones. Anunciaba flamantes pisos de Protección Oficial por apenas quinientas mil pesetas en las inmediaciones del mercado de Vallehermoso, en la calle de Hilarión Eslava.

—Vamos a por él —dije sin pensar—. Vamos a buscar los trapos sucios de Zúñiga.

Héctor se levantó y apagó la Telefunken.

—¿Te has vuelto loca?

Héctor se quedó mirando el viejo escritorio de madera de cerezo mientras negaba con la cabeza.

—Es demasiado rico. No podríamos hacerle nada. Es rico y famoso.

Entonces le vi coger el abrecartas. Quizá sin darse cuenta. Supe que de un momento a otro empezaría a voltearlo distraídamente en la mano mientras se mordía el labio superior. Era el gesto que adopta Héctor cuando se reconcentra en sus pensamientos. Casi pueden verse las ideas salir de su cabeza, como el humo de una cafetera.

Sin mediar palabra, me situé junto a la pizarra para tomar notas. Así es como preparamos los casos. Héctor da vueltas por el despacho jugueteando con el abrecartas, y yo voy anotando ideas, dibujando un mapa de lo que sabemos y de lo que intuimos.

—Es rico —dije mientras anotaba en la pizarra.

—El Régimen lo tiene en palmitas —añadió Héctor.

Empezamos a decirnos todo lo que sabíamos sobre el personaje. ¿Conoces la sensación de tener un nombre en la punta de la lengua y no poder recordarlo, por mucho que te esfuerzas? ¿Te has dado cuenta de que muchas veces solo te viene a la memoria cuando ya has desistido y estás pensando en otra cosa? Pues a veces pasa lo mismo con las claves de un caso: muchas veces no las encuentras por deducción, más bien te tropiezas con ellas justo cuando no las estás buscando, cuando te limitas a reunir información sin pensar en cómo podrás usarla después. Así es como trabajábamos nosotros: sin pensar, sin fabular, simplemente anotando hechos. Sabíamos que, en algún momento, aparecería un punto débil, pero el truco era no pensar en ello.

—Es de misa y comunión diarias.

—A cada poco, sale en las notas de sociedad.

—Y presume de que trabaja catorce horas al día.

—Claro, no tiene hijos...

De pronto, nos quedamos helados. Ahí estaba el punto débil. ¿Cómo es posible que un perfecto caballero católico, que llevaba seis o siete años casado con una señorita de buena familia, no tuviera ya una buena prole?

La idea brotó sola de mis labios, casi sin pasar por la cabeza:

—¿Y si resulta que es de la otra acera?

—Solo me hace falta verlos juntos para saberlo —dijo Héctor, e improvisó rápidamente un plan.

—Iremos a ver a Zúñiga a su despacho, en calidad de afectados por las obras de la plaza.

En realidad, nuestro piso no estaba entre los que serían derruidos, pero sin duda podríamos argumentar que una obra de esa envergadura perjudicaría al negocio. Las calles cortadas, los andamios... Menos gente por el barrio, menos clientes en la agencia. Era legítimo ir a preguntar cuánto durarían las obras.

—No importa lo que nos diga —aclaró Héctor—. Lo que quiero es que le suene mi cara. Luego ya me haré yo el encontradizo cuando esté con su mujer, y no le quedará más remedio que darme pali que un rato. Ahí podré observarlos a gusto.

—Tendríamos que vigilarlos durante un tiempo para conocer sus horarios —apunté.

Ahí Héctor se quedó parado. Reconocí ese gesto suyo de «a ver cómo te explico esto». Pero no hacía falta ninguna explicación. Era el «tendríamos» lo que no le había gustado.

—El doctor Losada te recomendó reposo.

Asentí en silencio. No merecía la pena discutir. Héctor se sentó en el sillón y abrió la cigarrera. En la calle alguien dio tres palmadas. «¡Va!», resonó la voz de Eulogio, el sereno. Su chuzo repicó perezosamente durante un largo minuto.

Héctor fumaba sin mirarme. Una parte de mí quería gritarle que mi salud era asunto mío. Quería explicarle que también hay médicos que recomiendan algo de ejercicio durante la preñez. Pero no tuve estómago para hacerlo. No, después de haberle mentado sobre la última contracción. Ese niño que aún vivía dentro de mí también era su hijo. Entendía su preocupación. Entre otras cosas, porque yo también tenía miedo. Pero por encima del miedo, sentía rabia.

—Así va a ser esto, ¿verdad? Primero el embarazo y el reposo. Luego la crianza. Después otro embarazo. Y al final, ¿qué? Tú el cabeza de familia y yo la fregona. Como en todas las parejas.

Sabía que no era justo. Sabía que Héctor no quería eso. Pero tampoco era justo que yo tuviera que renunciar a mi vocación. No era justo que fuese a perder a mi hijo, y además mi trabajo. No era justo que Héctor me mirase todo el tiempo con esa compasión que, en el fondo, escondía una profunda decepción. Sí, ya ves: así es como se viven estas cosas en 1958. Una mujer que da problemas con la preñez es como un Frigidaire que pierde agua. Un trasto que prometía mucho cuando lo

compraste, pero que al final solo sirve para ocupar sitio y gastar dinero.

—No es maricón —dije después de un largo silencio.

—¿Qué quieres decir?

—Los he visto en las fotos. Eso no es un matrimonio blanco. Se quieren. Se quieren y no pueden tener hijos. Lo último que necesita esa mujer es a un detective entrometido echando mierda al nombre de su marido.

Héctor captó la indirecta perfectamente. De pronto, yo casi sentía simpatía por la señora de Zúñiga. Sí, es cierto que habían hecho fortuna a base de desbaratar las vidas de gente humilde como nosotros. Pero podía imaginar la desolación de la mañana siguiente a un aborto. Podía imaginar la vergüenza que le producía a esa mujer la mirada —de decepción— de su marido. Y probablemente también la de sus suegros, que la verían como una inversión de poco provecho. Como un error de juventud de su hijo. Por qué no se habría casado con aquella otra muchacha tan simpática, pensarían de vez en cuando, recordando a antiguas novias del joven Emiliano, quizá con más apariencia de haber podido convertirse en una nuera fértil.

Héctor conocía bien lo que es tener a un entrometido echando mierda encima de su nombre. Un año atrás, Narciso Colmenar había investigado la vida de Teresa y Ana en Santander para la revista *Sucesos*. No había podido probar nada, pero había llegado a la conclusión correcta: Héctor y Teresa se habían separado por las *inclinaciones* de Teresa. Muy probablemente la cosa habría acabado en escándalo de no haber sido por aquel oportuno accidente de tráfico con el que las dos consiguieron quitarse de en medio.

—Aunque Zúñiga fuera homosexual... De todos modos, es un plan absurdo —le dije. Quería hacerle daño. Si estás casada lo entenderás. A veces *necesitamos* pinchar a nuestros maridos, ¿verdad? No es por el placer de hacerles daño, sino por la necesidad de confirmar que son capaces de aguantarlo.

Héctor dejó el abrecartas sobre la mesa. Resopló molesto. Sabía, independientemente de la impertinencia con la que me expresaba, que yo tenía parte de razón.

—¿Qué pensabas hacer, seguirlo y espiarlo hasta tener unas fotos comprometidas? Y entonces, ¿qué? ¿Intimidarlo?

—Tienes razón, es un plan absurdo —dijo—. El Ministerio ya ha resuelto. Si no es Zúñiga, lo hará otra contrata.

Héctor apagó el cigarrillo con gesto malhumorado y se puso a recoger los platos. Le seguí hasta la cocina.

—Deja, ya lo hago yo.

—Para que luego me digas que te he convertido en una fregona.

Abrió el grifo y se puso a frotar un plato meticulosamente. No pude evitar sonreír. Dedicaba a fregar un solo plato el tiempo que yo necesitaba para lavar media vajilla.

Lo abracé por la espalda. Había aguantado mis pullas con entereza. Me sentí orgullosa de él, de su fuerza. Los hombres dan mucho valor a la fuerza de sus

músculos. Para mí la verdadera fuerza consiste en no perder nunca los papeles. En mantener la calma cuando alguien te pincha y te pincha. Muy pocos hombres tienen ese coraje. En ese momento, sentí que podía perdonarle todo: su mirada de decepción y su paternalismo. Sabía que iba a ser un buen padre, si Dios quería que yo llegase a ser madre.

—Ha sido idea mía, perdóname —le dije—. Dame un abrazo.

Cerró el grifo y se volvió hacia mí.

—Tengo las manos mojadas.

De todos modos, me abrazó. Nos besamos largamente. Me apreté contra él. Quería que me quitase la ropa con esa suavidad con que lo hacía, deteniéndose en cada cremallera, en cada botón, en cada corchete. Me moría de ganas de hacer el amor con él. Pero era algo impensable, claro. Mejor ni sugerirlo.

Héctor se apartó al cabo de unos segundos, haciendo un esfuerzo por contener su deseo.

—De todos modos, iré a verle. No pierdo nada. Y si encuentro una manera de apretarle las tuercas para que pare la obra, por lo menos ganaremos tiempo.

El lunes siguiente debíamos recoger los análisis. Héctor decidió acompañarme antes de ir a visitar a Zúñiga. Recuerdo que, sin haber hablado de ello, los dos nos vestimos con exagerada solemnidad. Héctor llevaba su traje negro y su corbata más discreta. Se había lustrado los zapatos a conciencia. Yo me puse el mismo vestido negro que llevo para ir los domingos a misa.

—Parece que vamos a una boda —bromeó Héctor.

—Más bien a un entierro —dije yo. Héctor prefirió no contestar.

Apenas salimos a la calle, nos sorprendió ver un enorme haiga negro aparcado en mitad de la plaza de los Frutos.

—Coño, ¿ha venido el ministro Arrese a vigilar las obras? —preguntó Héctor. Y resultó que no iba tan desencaminado. Del bar El Asturiano salía en ese momento mi madre, guiando a un caballero de porte aristocrático y ademán impertinente, que caminaba tan estirado como las cuerdas de un violín.

—Venga, venga, que le enseñe el taller de mi marido.

Mi madre lo llevó hacia el callejón. El tipo caminaba con esa calma que solo se alcanza cuando uno tiene suficiente dinero en el banco como para vivir dos vidas sin tener que trabajar. Sus zapatos brillaban como si los hubieran frotado con el barniz de un piano de cola. Algo en su porte hacía que todo el mundo lo mirase con el silencio y la atención con que se mira una película en una sala de cine. En la pizarra de El Asturiano, Marcelino había dejado a medio escribir el menú para volverse a contemplarlo: «Hoy callos a la madr».

No era ministro, ni falta que le hacía. Probablemente, desde su oficina, mandaba más que el mismísimo ministro Arrese. Había quien afirmaba, de hecho, que el novísimo Ministerio de la Vivienda se había creado por orden suya, para que el

papeleo oficial no estorbare a sus negocios. Era el mayor constructor de Madrid y se llamaba Emiliano Zúñiga.

Qué hacía Zúñiga allí, en persona y hablando con mi madre, precisamente el día en que Héctor pensaba ir a su encuentro, era algo que yo aún no podía imaginar. Pero ya entonces la coincidencia hizo que se me pusiera la piel de gallina. Nunca he sido muy religiosa, ni siquiera supersticiosa, pero siempre he creído que algunas casualidades llevan un mensaje oculto. La mayoría de las veces no sabemos qué demonios quieren decir. Pero no puedo creer que ocurran sin más. En mi opinión, la vida está llena de pasadizos ocultos y atajos inesperados. Como esas veces en que vas por la calle pensando en un amigo al que hace años que no ves y al cruzar la esquina te das de bruces con él.

Al ver que Zúñiga le estrechaba la mano a mi padre en el callejón sentí un vértigo muy desagradable. Como una ráfaga de aire frío que no venía de ninguna parte y que me hizo estremecer.

—Mira cómo sonrío —dijo Héctor entre dientes—. Cómo me gustaría borrarle esa sonrisa de una hostia.

En cierto modo, era obsceno que Zúñiga se pasease por el barrio estrechando las manos de la gente a la que pensaba arrancar de sus casas para ganar un puñado de dinero que ni siquiera necesitaba.

No tuve mucho tiempo de pensar en ello. Un instante más tarde, mis padres se acercaron a nosotros.

—Señor Zúñiga, si me permite, le presento a mi hija Asunción y a mi yerno, Héctor Perea.

Si verlo de espaldas me había producido un escalofrío, la manera en que me miró a los ojos hizo que me quedase sin respiración durante un segundo. Ahora, mientras escribo estas páginas, ya sé por qué me miraba así, claro. Pero en aquella mañana de enero me tomó completamente por sorpresa. Era un día extrañamente templado. Brillaba un generoso sol que parecía más propio de abril o mayo. Héctor llevaba abierto el abrigo y yo ni siquiera había sacado la bufanda de casa. Zúñiga se acercó a estrecharme la mano. El sol me daba de frente en el rostro y cuando Zúñiga se acercó, su cabeza se interpuso exactamente entre el sol y mis ojos. Recuerdo haber pensado que su cabeza estaba provocando una especie de eclipse. Miré hacia arriba para saludarle y, al ver sus ojos, no fui capaz de decir una palabra. Solo duró unos segundos. A mi espalda, oí el timbre de la bicicleta de Higinio. Pero por alguna razón me pareció que sonaba lejano, amortiguado, con un eco distante, como si hubiera sonado dentro de la basílica de San Francisco el Grande. Zúñiga se inclinó, clavó sus ojos en mí y ladeó ligeramente la cabeza. Nadie más reparó en esa mirada, pero para mí fue clara y notoria como una dentellada, a pesar de que su rostro me quedaba en penumbra porque lo tenía a contraluz. «Me está mirando como a un pajarito encerrado en su jaula», pensé. Como si yo fuera un jilguero en el escaparate de la Pajarería Inglesa, alimentándome de pienso, y él viniera a comprarme por cinco duros

para colgarme en su balcón. Eso me pareció entonces. Ahora sé que era algo peor. El problema no era la insufrible superioridad de su mirada, sino la indiferencia absoluta que se adivinaba detrás. La misma indiferencia de un biólogo ante la rana que está a punto de diseccionar.

—¿Asunción? El señor Zúñiga te está presentando a su mujer.

La voz de Héctor me sobresaltó. De pronto, me dio la impresión de haber pasado varios minutos bajo la sombra de aquel hombre. Ante mí había aparecido una señora menuda, uno o dos palmos más pequeña que él, vestida con la austeridad y el aire severo de una Carmen Polo. Me tendía la mano con una sonrisa imperturbable. Una de esas sonrisas que ciertas mujeres ensayan ante el espejo para tenerla siempre lista en caso de necesidad. A ella, desde luego, yo le había visto esa sonrisa más de una vez en las páginas de sociedad del periódico, saludando a alguna autoridad o recorriendo la alfombra roja de algún destacado estreno teatral.

Le estreché la mano preguntándome de dónde había salido tan de repente. No la habíamos visto cuando llegamos a la plaza. ¿Era Zúñiga uno de esos hombres que lleva a su mujer a sus compromisos de trabajo para luego dejarla esperando en el coche? «Como un jilguero en su jaula», recuerdo que pensé. Catalina Pedralbes de Zúñiga, que así se llamaba, sostuvo mi mano en la suya unos segundos más de lo que la cortesía dicta y me susurró:

—Tú estás embarazada.

No podía haberlo notado. Yo aún no estaba de seis meses, solo había engordado cinco kilos y ese día llevaba un abrigo holgado que disimulaba totalmente mi barriga. ¿Cómo demonios lo había adivinado? No hubo tiempo de aclararlo. Los Zúñiga tenían más compromisos, y dos minutos más tarde el gigantesco automóvil americano, tan ancho que a duras penas cabía por la calle que salía de la plaza, emprendía la marcha, haciendo un ruido espantoso y ahumándonos a todos. Antes, doña Catalina nos había invitado a cenar a Héctor y a mí en su casa, el domingo siguiente. Así, de buenas a primeras, sin apenas conocernos. Entre su extraña adivinación y lo repentino del convite, no supe ni contestar. Tuvo que ser Héctor el que reaccionase. Aceptando, por supuesto.

—Un viaje que nos ahorramos —me dijo después, con una seguridad que me pareció fingida.

—Se van a instalar en el piso Principal —aclaró mi madre—. Hasta que terminen de levantar el edificio nuevo.

—Lo creáis o no, se ha comparado a sí mismo con Felipe II vigilando las obras de El Escorial —dijo mi padre.

—Ojalá lo enterrasen también dentro del edificio. Así la comparación sería redonda —dijo Héctor.

No soy religiosa ni supersticiosa, pero aquel 20 de enero de 1958 supe, sin el menor género de dudas, que no era una casualidad que los Zúñiga hubieran venido a instalarse a la plaza, precisamente al portal en el que trabajaban mis padres, ni la

forma en que él me había mirado, ni la clarividencia de su mujer sobre mi embarazo. Ni, por supuesto, aquella invitación tan difícil de justificar. Pero entonces no sabía, como sí sé ahora, qué escondían aquellas aparentes coincidencias, así que preferí no decir nada.

Mis padres estaban ávidos de comentar la sorprendente visita de los Zúñiga, pero Héctor tiró de mi brazo para que nos fuéramos hacia el laboratorio.

Antes de salir de la plaza, Héctor saludó a Marcelino con una sonrisa:

—Luego comemos en tu bar. Me encantan los callos a la madre.

Marcelino sacudió la cabeza desconcertado por un momento, antes de reparar en su pizarra a medio escribir.

Héctor y yo enfilamos Joaquín García Morato hacia el centro a paso rápido, callados como muertos y casi sin mirarnos. Lo que suele ocurrir cuando hay muchas cosas de que hablar, vaya. Héctor decidió que tomásemos el metro en Ríos Rosas. Me pareció absurdo gastar 60 céntimos cada uno para un trayecto que, a pie, se cubría en un cuarto de hora. Pero no era el mejor momento para sacar el asunto. «No vaya a ser que ahora también me prohíba caminar», pensé.

Subimos al vagón y Héctor insistió en que yo ocupase el único asiento libre. En el otro extremo del vagón viajaba una pareja joven. Ella acunaba a un bebé envuelto en una mantilla. La criatura iba tan bien cubierta que ni se la veía. Apenas se adivinaban unos deditos que asomaban entre los pliegues del arrullo.

—Debe de ser recién nacido —le dije a Héctor, con esa ilusión irracional que nos produce ver a los niños sanos de otras mujeres.

—Estaría mejor en su casa, y no aquí con todo este ruido.

Seguimos hasta Chamberí sin volver a intercambiar ni una sola palabra. Era mejor así. Yo sabía que Héctor estaba rumiando el miedo que le suscitaban los resultados de los análisis. Y meditando sobre cómo afrontar la invitación de los Zúñiga.

Llegamos a la calle General Goded a media mañana. Las niñas del internado de San Diego, que quedaba enfrente del laboratorio, estaban en el recreo. Se oían risas, chillidos y canciones de comba tras los muros del colegio. ¿Has estado embarazada? ¿También te ha pasado a ti que durante la preñez parecía que solo te cruzabas con niños y embarazadas y cochecitos y padres felices? Debe de ser una sensación hermosa, cuando estás sana y todo va bien dentro de ti. En mi caso parecía como si Dios hubiera querido poner a prueba mis nervios, colocándome delante un montón de recordatorios de lo mucho que podría perder si esos análisis no eran positivos.

—Va a estar todo bien —me dijo Héctor apretándome la mano.

«Al pasar la barca,
me dijo el barquero,
las niñas bonitas
no pagan dinero»,

se oía cantar a las internas. Me volví hacia el colegio. El sol refulgía en las

ventanas, deslumbrándome. Por alguna razón, aquella inocente canción infantil, que yo misma había cantado una y mil veces en mis tardes de infancia, me sonó como si contuviera un mensaje oculto, una premonición muy oscura.

Héctor me condujo dentro del laboratorio. Antes de que la puerta se cerrase tras de nosotros, aún pude oír un par de versos más de la canción.

«Yo no soy bonita
ni lo quiero ser
yo pago dinero
como otra mujer.»

—Los análisis no estaban. Y nadie ha sabido decirnos nada de los resultados.

—Por lo visto, se los han mandado directamente al tocólogo.

Habíamos ido a comer a El Asturiano. Era el último día en que servían comidas y habían decidido tirar la casa por la ventana. Sacaron las conservas especiales, se derrochó el vino y medio barrio pasó a llenar cazuelitas de barro con las sobras de la comida.

Héctor y yo habíamos salido del laboratorio tan alterados que no nos sentimos capaces ni de preparar la comida. Héctor repitió tres o cuatro veces el chiste de los callos a la madre. Y preguntaba la hora cada dos minutos. No lo había visto tan nervioso desde la mañana en que nos casamos.

—Tenemos cita a las cinco de la tarde —les expliqué—. Héctor piensa que van a ser malas noticias.

—¿Si los análisis fueran normales se los habrían enviado a Losada?

—Normalmente se los dan al paciente. Y el paciente se los lleva en mano al tocólogo. Al menos con Manolita siempre ha sido así —dijo Marcelino.

—Cualquiera sabe. Siendo el tocólogo un divo de la radio... ¡Igual habla de vosotros en su programa! —aventuró Pelayo, intentando levantarnos el ánimo.

Héctor se puso en pie. Apenas había probado bocado.

—¿Qué hora es?

—Te lo he dicho hace dos minutos. Te pongo un coñac y te tranquilizas un poco.

—No quiero beber. Si nos van a dar malas noticias, yo quiero estar sobrio.

Marcelino se levantó de todos modos.

—Queda una botella de Cinta Oro sin abrir. Igual sale un corcho de los que traen premio. Creo que tocan muchas medias de nailon. ¿Eh, Asun?

Sonreí por compromiso. Ya empezaba a ser una costumbre.

—A lo mejor no son malas noticias —dije—. A lo mejor es que son gemelos o algo así.

—Eso no lo dice un análisis de sangre.

—Yo me encuentro bien —murmuré.

—También te encontrabas bien el otro día, y mira.

¿Y mira qué?, quise gritarle. Pero se me escapó una lágrima y me quedé sin

palabras. ¿Esa iba a ser mi vida a partir de ahora? ¿Un vaivén entre el miedo y el enfado? ¿Y siempre callada, dejando que otros decidieran por mí? Me encontraba perfectamente, pero todo el mundo parecía convencido de que yo estaba en peligro, y de que el niño también. «Al final acabaré por creerlo yo también», pensé.

Y no tardó en ser así. El doctor Losada nos recibió con gesto grave y me condujo suavemente a una silla, como quien lleva a un ancianito a su cama en el asilo. La consulta era toda de caoba y cuero. Ostentosa, pero de un modo rancio. Pensé que le faltaba luz y aire fresco. Olía a tabaco y al alcohol de limpiar el instrumental. En un sitio así, una casi esperaba que la invitasen a fumar un puro, en lugar de practicarle un tacto vaginal. Losada no hizo ni una cosa ni la otra. Se tomó casi un minuto para mirarnos bien a los ojos, completamente en silencio, con los labios fruncidos como si se fuera a echar a llorar, antes de empezar un discurso que a todas luces parecía ensayado y mil veces repetido:

—Ante todo, quiero que piensen que ustedes todavía son jóvenes —dijo con su archifamosa voz de barítono—. Todavía tendrán más oportunidades.

Losada siguió hablando durante un buen rato. Habló de indicadores sanguíneos preocupantes, de contracciones inusuales, de complicadas pruebas diagnósticas diseñadas por médicos pioneros en lejanos países. Pero a mí su voz me llegaba lejana, amortiguada. Como llegan las voces y las risas de los bañistas cuando una sumerge la cabeza en la piscina.

«Si ahora mismo estuviéramos en la calle, este señor también me taparía el sol», pensé absurdamente. Supongo que prefería pensar en cualquier cosa antes que en lo que Losada estaba explicándome. De todos modos, estoy segura de que pronunció las palabras *aborto sobrevenido* una media docena de veces. Lo recuerdo porque, cada vez que las oía, yo me giraba hacia Héctor, deseando que me mirase, que tomase mi mano entre las suyas. Pero él escuchaba a Losada con la mirada fija en algún punto a espaldas del doctor. Y sus manos estaban ocupadas retorciéndose la una a la otra hasta quedarse blancas.

—No podemos pagar todo eso.

Esa era la única cosa que preocupó a Héctor durante toda la tarde. Teníamos recado del conserje de que había venido un cliente a la agencia, un tal Varela. Se suponía que había que llamarlo urgentemente, pero Héctor solo quería darle vueltas a lo que había dicho Losada.

—Héctor, no te preocupes. Volveremos a intentarlo.

—Por supuesto que volveremos a intentarlo. Si pierdes al niño. Pero todavía no lo has perdido.

No me dejé engañar por esas palabras. No las decía porque tuviera fe. Las decía porque tenía pánico.

—Lo importante es lo que dice Losada: todavía somos jóvenes.

—Lo que somos es pobres. Si pudiéramos pagarlas, te harían un montón de

pruebas. Eso del doctor Donald ¿cómo demonios se llamaba?

—El sónar, los ecos, algo así. Pero eso son cosas que están experimentando, Héctor.

—Si tuviéramos dinero, nos harían esas pruebas. O las otras, ¿cómo era esa que han inventado unos uruguayos? ¿Monitores?

Me acerqué a él. Casi tuve que seguirle por el despacho, no paraba de ir de arriba abajo. Le tomé una mano.

—¿Tan terrible sería si lo perdiera?

Héctor me miró como si no me conociera.

—No digas eso. No vuelvas a decir eso.

Unos golpes en la puerta nos interrumpieron. Era mi hermano Pedrito. Venía jadeando, un faldón de la camisa por fuera, la corbata del uniforme torcida.

—¡Carta de Miguel!

El mayor de mis hermanos varones y Estrella, su mujer, escribían puntualmente todas las semanas. Por lo general, sus cartas estaban llenas de buenas noticias. Miguel había ascendido ya varias veces en su trabajo, en una fábrica alemana de nombre impronunciable a las afueras de una ciudad que él describía como fría, oscura y anodina, pero amplia y confortable, de una limpieza inconcebible y en la que reinaba un silencio casi desconcertante.

«Aquí la gente habla en voz baja, se ríe en voz baja. Hasta se gritan en voz baja», había escrito al poco de llegar.

En la empresa donde se colocó le habían asignado un puesto de mecánico de rango muy bajo. Pero a las pocas semanas ya era oficial y poco después responsable de su planta. Durante los primeros meses, Estrella y él no habían hecho otra cosa aparte de trabajar y estudiar el idioma con la tozudez de quien no ha tenido muchas oportunidades de medrar en la vida. A ellos les llegó la suya al friso de los veinticinco años, y consideraron que la dificultad de la lengua y el inhóspito clima alemán se compensaban con el respetable jornal que ganaban y con la posibilidad de ver un poco de mundo. Además, tenían la suerte de haber emigrado juntos, a diferencia de esos padres de familia que, a los cuarenta años —e incluso mayores—, marchaban a las fábricas de la Europa rica, dejando en España mujer y prole.

La carrera de Pedrito para anunciar la carta tenía sentido: llevábamos tres semanas sin saber nada de Miguel y Estrella. Mis padres se tranquilizaban en voz alta con las mil posibilidades que podían motivar un retraso en el correo. Pero por dentro estaban preocupados. Seguía planeando sobre nosotros la sombra de la muerte, un año atrás, de mi hermana pequeña Chelo.

Queridos padres y hermanos:

Siento mucho haber tardado tanto en escribir. Han sido días muy intensos.

¡Nos mudamos! Nos vamos al sur como las cigüeñas, a la región de Baviera. Nos han dicho que es la más hermosa de Alemania, llena de pueblecitos de cuento de hadas, bosques enormes y lagos con barquitos de vela. También nos dicen que tiene más horas de luz y que es más templada y menos lluviosa. ¡Ojalá! Pero lo más importante es que allí, en Múnich, está una fábrica de motos y coches famosa en toda Alemania: la Bayerische Motoren Werke. El mes pasado publicaron un aviso en el periódico buscando un responsable de talleres, y Estrella me animó a escribirles. Yo pensaba que no tenía nada que hacer, pero, ya veis, aquí estamos con las maletas hechas. Tengo poco tiempo para escribir, porque nos marchamos esta misma noche y aún tenemos que hacer el *Abmeldung* (algo así como comunicarle al Ayuntamiento de aquí que nos marchamos a vivir a otro sitio) y terminar de empacar. En la próxima carta os daré más detalles, ya desde nuestra nueva dirección: Franz-Joseph-Strasse 30, München, Schwabing-West, Bayern, Deutschland.

Antes de despedirme, os querría dar otras dos noticias que os pondrán aún más contentos. La primera es que en la fábrica de Múnich están empleando peones para la línea de montaje. El trabajo es simple y lo pagan dignamente, no hace falta hablar alemán y he oído que van a contratar españoles. Padre, ¿no vendría usted a Alemania con nosotros? Asunción y yo ya tenemos la vida encarrilada, pero ¿y Pedrito? ¿No lo quiere usted mandar a la universidad? Eso cuesta unos cuartos. Para cuando Pedrito termine el instituto, aquí podría usted haber juntado una pequeña fortuna. No le insisto más, padre. Pero, por favor, le pido que lo piense. Si yo hablo en su favor, el empleo es para usted.

De la otra noticia no os voy a decir nada, esa la hay que adivinar. Así que aquí hago este dibujo, a ver si con una pista resulta más fácil.

Recibid un fuerte abrazo de vuestro Miguel, que os quiere y os echa de menos.

Al pie de la firma Miguel había dibujado un cochecito de bebé. Mis padres y mi hermano lloraron de emoción. Héctor y yo sacamos una sonrisa no sé de dónde, y todos brindamos con sidra. Era la primera buena noticia en mucho tiempo, y los dos supimos sin necesidad de hablar lo que debíamos hacer para no estropearla. Cuando nos preguntaron por los análisis, dijimos que el laboratorio los había enviado a Losada por error. Que el tocólogo había dicho que todo estaba en su sitio. Y que tomaríamos otra copita de sidra. Era noche de celebración. A partir de entonces vestiríamos una máscara de dicha y una coraza de mentiras. Y al poco tiempo, empezamos a dejarnos puesto el atuendo incluso en casa. Empezamos a vivir cada uno encerrado en su propio disfraz de falsa alegría.

Poco después, llegó el día que todos temíamos. Calculo que estaríamos ya a primeros

de febrero. Los inquilinos del número 5 de la plaza de los Frutos habían desalojado el edificio la noche anterior. Una cuadrilla había inventariado y desmantelado el bar entero para vender al peso todo lo que hubiera en él. Mesa a mesa, botella a botella. Hasta los casquillos se llevaron. Mi tía Manolita había convencido a su familia de montar una nueva casa de comidas, y tenían que aprovechar hasta el último real que pudieran sacar.

A las siete en punto de la mañana, un furgón rotulado con el nombre de Zúñiga vomitó en la plaza un pequeño ejército de operarios. Afanosos y metódicos como arañas que tejieran sus redes, levantaron una cerca de madera y alambre en torno al edificio condenado. Después, la cubrieron con arpillera, con lo que estropearon el espectáculo a los curiosos.

Otro batallón de trabajadores levantó un precario andamio hasta el piso superior y, sin más preámbulo, empezaron a retirar las tejas. Para la hora de comer, las vigas del techado asomaban desnudas bajo el sol, como el costillar de una vaca muerta en el campo, a medio devorar por los buitres.

Héctor y yo pasamos toda aquella semana intentando distraernos el uno al otro. Tácitamente, buscábamos cualquier excusa para evitar que salieran a colación mis contracciones, que se producían ya cada tres o cuatro días. Vivíamos con la obscena certeza de que el aborto era inminente, pero éramos incapaces de compartir el miedo que nos provocaba. Miedo y vergüenza, en mi caso. La vergüenza de ser la segunda esposa de mi marido. Y la segunda que le daba un hijo muerto.

Yo sabía que, a escondidas, Héctor escribía y telefoneaba a clínicas y hospitales, preguntando por las pruebas que el doctor Losada nos había mencionado. Si bajaba a El Asturiano a por un par de cafés, le veía coger una ficha para el teléfono. Si yo salía a cualquier recado, cuando regresaba me lo encontraba siempre al teléfono, y siempre acababa sus conversaciones apenas entraba yo. Un día encontré en la papelería una nota garabateada por él. Junto a unos teléfonos y direcciones, aparecían nombres como Ruber, Santa Alicia, Garzón Morayo o García Orcoyen. Los miré en la guía de teléfonos: tocólogos y clínicas de partos.

Yo sabía que él me quería, que era el miedo lo que le impedía hablar conmigo, consolarme y dejar que yo lo consolase. Era el miedo a perder otro hijo. El miedo a no saber expresar todo el dolor que tenía dentro. El miedo a que, apenas empezase a hablar, se abriesen los diques y no pudiese contener toda la rabia y la frustración que albergaba en su interior. La rabia por su propia infancia en una casa donde jamás vivió nada parecido al amor. La frustración por no poder enmendar en su hijo todos los errores que cometió con él su propio padre. En el fondo de mi corazón, yo sabía que Héctor podría ser el mejor padre que un niño podía soñar. Era el propio Héctor quien no lo creería hasta que no se lo demostrase a sí mismo. Pero ¿lo conseguiría algún día? ¿Cuántos abortos puede superar un hombre antes de renunciar de una maldita vez a intentar ser padre?

Los silencios eran tan tensos y los días se hacían tan largos que Héctor incluso accedió a que yo volviese a trabajar.

—Solo trabajo de despacho —advirtió—. Te quiero sentada y con pantuflas.

—Me pondré una manta en el regazo y un braserito en los pies, si quieres.

Héctor había citado a Varela en el despacho para hablar de su caso. Los dos necesitábamos tener algo de que hablar, y parecía que la mejor manera era concentrarse en un caso cuanto más complicado mejor. Pronto comprobamos que iba a ser peor el remedio que la enfermedad.

—El año pasado, mi mujer parió en sangre —dijo Varela a bocajarro, apenas se sentó frente a Héctor.

—Iré a preparar café —intervine. Héctor había estado a punto de interrumpir a Varela. Temía que fuera capaz incluso de rechazar el caso. Y no podíamos permitirnoslo. Si me quitaba de en medio en ese mismo instante, tal vez Héctor le dejase hablar y le diese una oportunidad a aquel encargo. Mientras preparaba el café, me esforcé por escuchar lo que se trataba del otro lado de la puerta. Varela hablaba con una voz crispada y monótona. Me hizo pensar que no era la primera ni la segunda vez que explicaba en voz alta su problema. Quizá había recorrido varias agencias en busca de ayuda repitiendo la misma historia.

—Rompió aguas un poco antes de salir de cuentas. Pero por lo demás, es una hembra sana. O mejor dicho, era. Porque después de aquello... se le resintieron los nervios. Dormía toda la mañana, se le olvidaban las cosas, perdía el hilo de la conversación... Hace dos meses, tuvimos que internarla en Santa Julia. Es una casa de reposo, ahí en Comandante Franco.

—Sí, la conozco. Siga.

—El tocólogo dijo que se había producido una hemorragia muy importante. Que mi mujer se desmayó en el parto. Que tuvieron que sacar a la niña con el fórceps. Que venía toda azul y que no llegó a respirar. Pero es mentira.

—¿Qué parte es mentira?

—Todo este informe —dijo posando sobre la mesa una carpeta de cartón con el membrete de un hospital—. Mi mujer se desmayó, es cierto. Pero lo demás no me lo trago. Las monjas nunca me dejaron ver a la cría.

—No es un espectáculo agradable.

—Además, era un niño.

—No le comprendo, señor Varela.

—Las monjas me dijeron que era una niña y que había nacido muerta. Pero nosotros sabíamos que lo que venía era un varón.

Héctor guardó silencio. Le oí abrir la cigarrera.

—¿Fuma usted, señor Varela?

Aproveché la interrupción para entrar a servir el café y me quedé sentada en el sofá del fondo. Miré firmemente a Héctor. Él sabía que no podía despachar a aquel hombre sin al menos darle una explicación razonable de por qué no nos interesaba el

caso. Pero se habría dejado matar antes que confesarle a un desconocido que su mujer llevaba una mala preñez. Mi marido es un hombre moderno, pero no tanto.

—Señor Varela —dijo resoplando con impaciencia—. Disculpe si soy muy directo, pero no me gusta perder mi tiempo ni el de mis clientes. ¿Qué necesita exactamente de nosotros?

—Mi hija parió a un niño vivo y esas condenadas monjas me lo robaron. Quiero que ustedes me lo encuentren. Y no me importa lo que tarden. Pagaré lo que haga falta. Por adelantado, si es necesario. Tengo dinero.

Héctor tragó saliva. Se levantó y se cerró un botón de la americana. Le había visto hacer ese gesto alguna vez. Aquel hombre hablaba como un loco y Héctor estaba a punto de echarlo con cajas destempladas. Le supliqué con la mirada que no lo hiciera. Era un cliente. A decir verdad, lo que decía no tenía mucha base. Probablemente perderíamos el tiempo y haríamos un poco el ridículo investigando aquel despropósito. Pero no teníamos muchos más casos donde elegir. Héctor me miró durante un segundo e inspiró hondo. Cogió el abrecartas con la mano y empezó a jugar con él. Quizá, después de todo, iba a darle una segunda oportunidad a Varela.

—Y dígame, caballero, ¿existe tal vez alguna modernísima prueba obstétrica que yo aún no conozco y que le ha permitido averiguar el sexo de su hijo antes de que naciera?

—Se burla usted. Como todos.

—¿Como todos? ¿Quiere decir que ya ha consultado usted con más detectives antes?

—Unos cuantos. Con despachos más amplios en barrios más caros. Y el café sabía a café, no a achicoria.

Héctor dejó el abrecartas con un gesto brusco.

—¿Quiere que le diga dónde ponen un café cojonudo?

—Héctor, por favor —interrumpí—. Señor Varela, tenga la amabilidad de explicarnos cómo sabía que su mujer iba a tener un varón.

—Espera, Muñoz. Déjame adivinar —se adelantó Héctor—. ¿A que su mujer tenía la barriga en forma de pico?

—Pues sí. Y muy alta —dijo Varela—. Todo el mundo sabe que, cuando la barriga es alta y picuda, lo que viene es un chico.

—Eso son supersticiones. ¿Ha oído cuando he dicho que no me gusta perder el tiempo?

Abandoné el sofá y me senté en la silla de Héctor. No me gustaba el cariz que estaba tomando aquello.

—Al contrario que a mi socio —dije—, a mí me encanta perder el tiempo siempre y cuando el cliente esté dispuesto a pagarme por ello. Continúe, señor Varela.

—Muñoz —masculló Héctor—, ¿por qué no te vas a preparar otro café?

—Vete tú, Perea. O mejor hazte una tila, que te está haciendo falta.

Se lo dije sin apartar los ojos de Varela. No me hacía falta mirar a Héctor para saber que estaba enrojeciendo de furia. Al cabo de dos segundos, salió hacia el interior de la vivienda, dando un portazo. Esa noche probablemente no dormiría en casa. Pero pensé que merecía la pena a cambio de una semana de trabajo bien pagado. Por adelantado.

—Prosiga.

Varela suspiró ruidosamente y habló con aire solemne.

—Mi mujer llegó a verlo. Cuando se lo sacaron. Me dijo que le vio claramente sus partes. Era un varón.

—Un momento, señor Varela. ¿No ha dicho que su mujer se había desmayado en el parto?

—Me dijo que llegó a verlo y yo confío en ella —repitió con su tono cortante y obstinado—. Lo vio con detalle. Incluso el antojo del tobillo...

—Usted confía en ella, pero la tiene internada en una casa de reposo.

—¡Está enferma de pena, señora! No es ninguna loca.

Varela se fue minutos después. Por mucho que intenté congraciarme con él, lo que contaba estaba lleno de agujeros. Y era imposible no reparar en ellos. No llegó a encargarnos el caso.

—Ustedes no me toman en serio. Pero hay muchos detectives en Madrid —sentenció antes de salir, con una mirada de determinación que yo entonces no supe si atribuir a la razón o a la locura.

Al poco de irse, volvió a entrar Héctor. Era evidente que había estado escuchando.

—Perdóname —dijo.

—¿Por qué? ¿Por tratarme como si fuera tu empleada o por echar a perder el único caso que tenemos?

Me fui hacia el dormitorio. Pero antes de salir del despacho, me detuve en el umbral y le hablé con suavidad.

—De todos modos, tenías razón —le dije—. Seguramente no sea más que un loco.

Héctor asintió sin mirarme. Entonces reparé en que aún tenía el abrecartas en la mano. Y le daba vueltas entre los dedos...

Los Zúñiga escribieron para recordarnos la invitación a comer en su casa el domingo. Era una nota escueta, manuscrita con caligrafía de colegio caro, en una tarjeta blanquísima de papel satinado y con el apellido familiar estampado en letras brillantes de caprichosos ribetes. Parecía una invitación de boda de buena familia. Sonreí al pensar que, si mi madre viera esa tarjeta, querría guardarla como recuerdo. Pero pronto se me borró esa sonrisa de superioridad. El domingo a mediodía, en cuanto abrí el armario para ver qué me ponía, se apoderaron de mí unos nervios de colegiala. ¿Cómo debía vestir? No es que sintiese vergüenza de mis ropas de mujer

modesta. Ni que tuviese envidia de los carísimos modelos que Catalina Pedralbes lucía en las páginas de sociedad. Pero bajo ningún concepto quería parecer una palurda por vestir demasiado informal para la ocasión. O peor aún, por ir yo demasiado elegante y luego encontrarme a los Zúñiga vestidos de *sport*.

Cuando oyó que me estaba riendo yo sola, Héctor entró en el dormitorio.

—¿Me he perdido algún chiste?

Entonces reparó en toda la ropa desparramada sobre la colcha de la cama, frunció el ceño. Supo que me iba a costar lo mío decidirme, y Héctor siempre había detestado ir con prisa a los sitios.

—«Una persona gruesa nunca vestirá colores claros, ni cuadros, ni rayas transversales, porque todo esto ensancha la silueta» —empecé a recitar de memoria—. «Elegiré todo lo que alarga, es decir, colores oscuros y rayas finas y verticales. Una alta y delgada hará todo lo contrario.»

—¿Te ha dado un aire o qué? —preguntó Héctor con una sonrisa.

—No te rías; me lo enseñaron en la Sección Femenina. Y me lo tenía que aprender de memoria. El problema es que ahora soy flaca, pero tengo tripa de embarazada. ¿Qué se supone que debo ponerme? ¿Rombos?

Héctor se acercó, colocó la mano sobre mi vientre y me dijo:

—Ponte un saco de patatas y seguirás siendo la mujer más bonita de Madrid.

Y luego lo estropeó añadiendo:

—Pero pónitelo rápido, que llegamos tarde.

Me vino a la cabeza otra de las frases que había aprendido en la Escuela de Hogar: «Los trajes de sastre, las blusas llamadas *de camisero*, los jerseys son siempre prendas ideales por su sencillez».

De manera que me decidí por uno de los discretos vestidos que solía llevar cuando trabajaba en la *Sucesos* y tenía que entrevistar a alguna autoridad. Héctor se puso su mejor traje y sacó del joyero el pasador de oro que mi padre le había regalado por nuestra boda. Tantas preocupaciones tenían sentido. Era nuestra única oportunidad de sacar alguna ventaja de aquel desastre que estaban montando en la plaza.

—En el edificio nuevo también habrá locales —había dicho mi padre, y Héctor captó la indirecta. Nos comprometimos a hacer todo lo que estuviese en nuestra mano por ablandar a los Zúñiga. Debían comprender que dejaban a dos familias sin los negocios que les daban de comer.

—Si tienen una pizca de compasión, nos alquilarán uno de esos locales a nosotros y otro a Manolita, para que vuelva a abrir El Asturiano en la plaza —había aventurado mi madre. Yo no quise contradecirla, aunque sospechaba que no era compasión lo que alentaba a Zúñiga a tirar casas para levantar otras nuevas.

Tuvimos que dar un absurdo rodeo por las calles circundantes para llegar al portal de los Zúñiga. Toda la plaza estaba vallada y llena de cascotes. Una nube de polvo rodeaba al edificio en obras. A pesar de que era festivo y nadie trabajaba, la

escombrera en que se había convertido la planta superior parecía seguir emanando una pequeña polvareda, como un enfermo terminal que se resiste a dar su último suspiro.

—A la velocidad a la que van, en una semana tienen esto limpio —comentó Héctor cuando entrábamos en el portal.

El ascensor bajaba con desesperante lentitud, deteniéndose en cada piso. Héctor dio un paso hacia la escalera.

—Subimos andando. Total, son dos pisos.

—Vámonos —dije sin pensar—. Mandamos recado de que estoy enferma.

—¿Y qué le vamos a decir a tu madre? ¿Y a Manolita?

Miré hacia la calle. Notaba una extraña presión oprimiéndome el pecho, y me costaba respirar, como me pasaba a veces en el pueblo cuando se fraguaba una de esas tormentas eléctricas de verano. Pero aquel domingo no había una sola nube en el cielo. Sin embargo, la sensación era tan intensa que llegué a pensar que iba a sufrir otra contracción. Ahora sé que no era más que angustia. Estaba teniendo una premonición. Y una muy acertada, además. Pero entonces aún me faltaba mucho para poder poner mi temor en palabras.

—¿Qué se nos ha perdido a nosotros en casa de los Zúñiga? —pregunté—. No vamos a conseguir nada de esa gente.

—Mira, ya estamos endomingados, y me he gastado quince duros en una botella de vino. Subimos. Ahí llega el ascensor.

—No veo qué interés puede tener esta gente en invitar a dos muertos de hambre como nosotros.

—Quién sabe. Quizá leían tus artículos en la *Sucesos* y te quieren conocer.

El ascensor llegó al bajo. Durante un segundo sopesé la posibilidad de fingir una contracción y refugiarme en casa de mi madre. Héctor abrió la puerta y yo entré. El ascensor inició la marcha, y el lamento metálico de sus engranajes me recordó al chillido de los cerdos en el matadero de Legazpi.

—Ha sido una suerte que el edificio tuviese la estructura de madera. En la época en que lo levantaron, ya se usaba mucho hormigón armado. No quiero ni pensar lo que nos habría costado tirar una casa así en un sitio tan estrecho como este. Tenga en cuenta que por el lado del callejón ni siquiera podríamos meter la bola, no hay sitio. Tenemos que picar los muros a mano. Aun así, lo tendremos pelado antes de fin de mes.

El mantel immaculado, la vajilla resplandeciente, las copas que reflejaban las docenas de bombillas de la araña del salón... Nunca en mi vida había estado en una casa donde se encendieran las lámparas en pleno día. En el piso de los Zúñiga todo refulgía tanto que me pasé la comida entera con los ojos entrecerrados.

Habíamos comido sopa de pescado y perdiz. La botella de vino de Héctor estaba

vacía, los huesos de las perdices reposaban escrupulosamente amontonados en el borde de cada plato, y la criada retiraba ya la mesa para servir el postre a las señoras.

Los caballeros prefirieron retirarse a la salita a tomar café y a fumar cada uno un puro habano del tamaño aproximado de un clarinete. Zúñiga en seguida acorraló a Héctor para atosigarlo con los pormenores de la obra que había puesto la plaza patas arriba. Aparentemente, su constructora usaba técnicas muy modernas tanto para tirar como para levantar casas. Y con la arrogancia habitual de esos hombres que han conseguido juntar una fortuna antes de perder el pelo, Emiliano Zúñiga daba por hecho que los detalles de su trabajo debían de ser apasionantes para cualquiera. Con tanta intensidad pontificaba que su mujer y yo, en la sala contigua, teníamos que levantar la voz para poder oírnos hablar.

—Lo peor de todo ha sido el maldito viaje de agua que han encontrado en las prospecciones. Resulta que la dichosa plaza de los Frutos está justo encima de una galería del viaje de agua de Valdezarza, una antigualla del siglo diecisiete. Y la casa que tenemos que tirar, mire usted por dónde, está justo encima de una arqueta del canal. Ya sabe, uno de esos pozos de registro que había donde se unían dos túneles. ¡Seis meses de peleas con el Ministerio de Educación me ha costado conseguir la autorización para cegar la condenada arqueta! ¿Pues no querían mandar una delegación de arqueólogos para visitar las galerías? Lo que me faltaba: que descubriesen que la construcción es de los tiempos de la muralla árabe, o algo por el estilo, y me denegasen el permiso de obra para conservar la puñetera galería. Hoy en día se lleva mucho eso: de repente parece más importante conservar un pedrusco que plantaron los moros en la Edad Media que levantar una vivienda moderna para los españoles del siglo veinte. ¡Y lo llaman cultura! Pues si quiere usted cultura, ande y váyase a Mérida. Verá qué gracia les hace allí la cultura. Que un honrado comerciante no puede ni hacerse un triste almacén en el sótano, porque como tenga la mala pata de encontrar una ruina romana, le expropián el local y se le acabó el negocio. Si tanta nostalgia tienen de cuando se traía el agua por gravedad, anda y que les corten el suministro en sus casas, a ver si les hace gracia tener que bajar a la fuente a por agua para lavar. Menos mal que ya tenemos a un falangista como Dios manda en el Ministerio, porque el rojillo aquel de Ruiz-Giménez habría sido capaz de montarme un museo en mitad de la plaza.

Mientras yo sufría por Héctor, a quien imaginaba aburrido e indignado por la soberbia y el cinismo de Zúñiga, Catalina Pedralbes se dedicaba a apabullarme a mí. Me explicó su lejano parentesco político con la familia real y cómo ello había dificultado en un primer momento las relaciones de su marido con el Gobierno.

—Pero en cuanto tuvo oportunidad, Emiliano le explicó a Franco que yo, para ser marquesa, soy muy «democrática» —dijo, y se echó a reír. Comprendí por la manera en que lo metió en la conversación, sin venir a cuento, que aquel debía de ser su chiste más socorrido para romper el hielo con las visitas, así que me esforcé por sonreír. No sabía muy bien qué quería decir con aquello, ni falta que hacía. Pronto

comprendí que no era su intención extenderse en cuestiones de heráldica familiar.

—Estoy preocupada por tus padres, querida. Los habría invitado a ellos, pero no quería habladurías entre los vecinos. Comprenderás que, siendo los porteros, no sería de buen tono...

«A ver si va a resultar que esta pájara es una buena persona», pensé yo. Catalina me explicó que la situación en la finca estaba complicada. Doña Milagros y don Servando estaban decididos a echar a mis padres de la portería. Varios propietarios estaban de acuerdo. Iba a haber una junta de vecinos muy pronto y al parecer la cosa no estaba clara.

—Hablabamos en su favor, claro. Pero no podemos asegurarte nada. Solo hemos alquilado este piso por un par de meses. En la finca deciden los propietarios.

A mi espalda, Zúñiga seguía perorando con Héctor. Le oí decir que, una vez picados todos los muros, un pequeño explosivo de baja intensidad haría que el entramado de vigas cayese «como una casita hecha con cerillas».

Sentí un pequeño mareo y Catalina me vio palidecer. Le pedí que no dijera nada.

—Héctor está un poco preocupado por el niño.

Catalina me hizo pasar al gabinete y me ayudó a sentarme. Se me había nublado la vista y me sabía el aliento a ceniza. Catalina dio una orden a la criada y me sirvieron una palomita helada con tanta rapidez que parecía que la tuvieran preparada. Y ahora que lo pienso, tampoco tendría nada de extraño que hubieran pensado incluso en eso. El anís me dejó en la boca un sabor repugnante, como de almendras amargas, pero me ayudó a recuperar la tensión. Cuando la niebla de los ojos se despejó, me di cuenta de que Catalina tenía mi mano entre las suyas y me miraba como mira una madre a una hija que delira por la fiebre. ¿Había algo turbio en esos ojos compasivos o es que realmente me incomodaba que una persona mucho más rica que yo me tratase con confianza?

—Usted ya sabía que yo estaba embarazada —le dije a bocajarro—. No me diga que lo adivinó.

Catalina soltó una carcajada, dejando a la vista una hilera de dientes tan blancos y tan bien alineados como una bandada de cigüeñas.

—Mi madre siempre me decía: «Deja de adivinar cosas, que pareces una gitana». ¿Y qué le voy a hacer? Es ver a una embarazada y saberlo. Lo veo en sus ojos. En el color de la piel, en... No lo sé.

—Usted no ha tenido hijos.

—Las cazas al vuelo, Asunción.

Catalina me reveló en esa sobremesa cosas tan íntimas que hicieron enrojecer a Héctor cuando se las conté por la noche. Mi propia amiga Aurelia, en su día, había tenido muchísimos más reparos en hablar de su embarazo de los que Catalina Pedralbes tuvo en hablar de su infertilidad. Y eso que yo, al fin y al cabo, no era más que la hija de su portera. No pude evitar la sospecha de que tanta franqueza tenía por fuerza que esconder alguna intención, pero entonces era incapaz de adivinar cuál era.

—Siete años llevamos intentándolo. Y si me permites la confianza, lo intentamos con ganas. Mi confesor llegó a sugerirme que quizá Dios no nos premiaba con un hijo porque estábamos intentándolo *demasiado*.

—¿Y se han hecho pruebas?

—Me las hice yo. Todo estaba en orden. En cuanto a Emiliano... Bueno, ¿qué te voy a contar? Es un hombre. No quiere ni oír hablar de que el problema puede estar en él. De todos modos, ya da igual. Porque estoy de cuatro meses.

Catalina Pedralbes habló y habló. Parloteaba como un papagayo, le levantaba a una dolor de cabeza. Pero a cada palabra suya mis sospechas se iban disipando. Entendí que lo que buscaba era una confidente. Otra preñada primeriza con la que compartir sus ilusiones y sus inquietudes. Y supuse que no me haría ningún daño tener una amiga con la que hablar de mis contracciones y de los malos presagios de Losada. Pronto vi que no me equivocaba. O eso pensaba entonces. Parece mentira que solo haga un mes de aquello. ¿Tan poco se tarda en arramblar con los sueños de toda una vida? ¿Tan quebradizo es el suelo en que pisamos? ¿Tan fácil es convertir a un buen cristiano en un asesino sin escrúpulos?

Ninguno de estos pensamientos me asaltó en aquel domingo de finales de enero, cuyo sol inesperado y cegador había obligado a echar las cortinas del salón porque los rayos sesgados del atardecer nos daban en la cara mientras tomábamos chocolate con suizos.

«Si nos invitan a comer, tenemos que saber decir “adiós”. Después del almuerzo, media hora o tres cuartos de hora de sobremesa es lo corriente. Después, debe uno dar las gracias y despedirse.» Así lo estipulaba el libro de Convivencia Social de la Sección Femenina, y yo no tenía ningún motivo para contradecirlo, pero los Zúñiga se negaron rotundamente a dejarnos ir.

—Tenéis que probar el chocolate que hace Raimunda —zanjó don Emiliano.

De manera que nos sentamos a merendar y aun a cenar nos habríamos quedado, de no haber salido a relucir el asunto de mis contracciones. Catalina había decidido que con una cuestión como aquella no procedía ser discreta, sino todo lo contrario, así que lo sacó a colación y se lo expuso abiertamente a su marido.

—Tenéis que ir a ver a Losada —dijo Zúñiga con naturalidad—. Es el mejor tocólogo de España. Y no lo digo porque sea famoso.

—Es el que lleva mi embarazo —aclaró Catalina.

Héctor se había puesto nervioso de repente. Sacó pecho y dijo que ya habíamos acudido a Losada.

—Nos dijo que no le diéramos importancia a las contracciones.

Catalina me miró desconcertada. «¿Qué te voy a contar? Es un hombre», había dicho de su marido. Supuse que a Héctor le avergonzaba que su futuro retoño no estuviera bien plantado en este mundo. Pensé con amargura que, si de él dependiera, nadie sabría de mi embarazo. Aunque a mí me prohibía mencionar siquiera la posibilidad de un aborto, en su fuero interno Héctor ya daba al niño por perdido.

Emiliano y Catalina cruzaron una mirada y decidieron cambiar de tema con discreción. Poco después, nos despedíamos con fría cordialidad en el recibidor. A pesar de las evidentes ganas que tenía Héctor de marcharse, Emiliano Zúñiga aún se tomó un momento para alabar el buen gusto que habíamos tenido al elegir el vino, y Catalina prácticamente me obligó a prometer que nos veríamos algún día de esa semana para «tomar el té».

—No me da vergüenza que tengas contracciones, ¿cómo puedes pensar eso? Pero no tengo por qué contarles si tengo o no tengo dinero para pagar al tocólogo de los ricos. Pensarían que estamos pidiéndoles dinero.

Héctor se desvestía con gestos bruscos, como dándome a entender tácitamente que no tenía ganas de discutir. Pero llevamos ya medio año de casados, y yo ya me voy sabiendo los trucos. No iba a dejarle ganar esa discusión tan fácilmente.

—En esas cosas no se ahorra. ¿No es eso lo que decías?

—No se trata de ahorrar. Es que no hay con qué pagar esas minutas, Asun.

—No estoy hablando de ahorrar dinero, sino de ahorrar orgullo. Si hay que pedir dinero y pasar vergüenza, se pasa. Es tu hijo.

—Yo si hace falta me voy a trabajar a la mina para dar de comer a ese niño, ya lo sabes. Pero no pienso arrastrarme delante de los Zúñiga para que paguen las minutas de Losada. Entre otras cosas, porque dudo que estuvieran dispuestos a hacerlo.

—Son ricos.

—Los ricos son ricos precisamente porque no sueltan un real ni muertos.

—Han sido muy amables con nosotros.

—Ella ha sido amable contigo. Él a mí me tenía frito hablándome de muros de mampostería, demoliciones por explosivo y viajes de agua del siglo no sé cuántos. Y lo peor de todo es que nos han utilizado.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos ido a ver qué sacábamos y resulta que son ellos los que se han beneficiado. Querían congraciarse con la gente del barrio, hacer ver que son gente sencilla. Invitándonos a nosotros muestran su cara más amable.

—Eso no tiene sentido, Héctor. Esta gente no tiene ninguna necesidad de caer bien a la gente de este barrio. Esos pisos los comprará gente de fuera.

—Lo que tú digas.

Habíamos alcanzado ese punto en que la pareja se olvida de qué estaba discutiendo y empieza simplemente a intercambiar reproches. Gracias a Dios, Héctor no es el tipo de hombre que se enzarza mucho tiempo en una discusión así. Su manera de pensar es demasiado pragmática para eso. Cada vez que en una comida familiar mi madre se pone a discutir de política con Pelayo, o mi padre se enzarza con Marcelino en cuestiones de fútbol, o sale a colación cualquier otro tema espinoso, Héctor es el primero en abandonar el debate. Sale a fumar o se inventa cualquier excusa. Cuando está de humor, y si no hay niños delante, a veces dinamita la

conversación con un chiste verde, y se acabaron las riñas. La contrapartida de esta virtud es que muchas veces es incapaz de discutir en absoluto. Se cierra en banda y deja que yo me devane los sesos intentando averiguar qué le pasa por la cabeza.

Aquella noche nos acostamos en silencio. Héctor ni siquiera hizo el crucigrama del periódico en la cama, como cada noche. Apagó la lámpara de su mesita, me dio la espalda y se echó a dormir después de decir un «buenas noches» tan inaudible que llegué a pensar que me lo había imaginado.

Tardé mucho en agarrar el sueño. Desde niña me había habituado a dormir boca abajo, con la frente apoyada sobre la mano, pero hacía ya unos días que el tamaño de mi barriga me obligaba a acostarme de lado. Entre la falta de costumbre y el persistente dolor de cadera que me provocaba esa postura, era incapaz de dormir más de tres o cuatro horas cada noche, a intervalos.

Me quedé mirando las agujas del reloj como quien mira el televisor. El segundero tamborileaba empecinado con antipática precisión y parecía llevar el compás de la respiración de Héctor. Inspiración, tic-tac, espiración, tic-tac. Intenté imaginar una música para ese ritmo, pensando que eso me ayudaría a dormir. Marchas de palio, pensé. Esas marchas lentas y solemnes que sonaban a todas horas en la radio cada Semana Santa. ¿Ha cambiado esto, por cierto? ¿Seguís teniendo prohibida la música profana en Semana Santa? Me gustaría pensar que ya no. Aunque a mí aquella noche me vino bien tener aprendidas todas aquellas marchas procesionales. Canté mentalmente *Estrella sublime* y *Pasan los campanilleros*, pero no hubo manera: resultaban demasiado coloridas. Creo que fue el *Cristo del Cachorro* de Beigbeder la que acabó por hacer que me venciera el sueño.

Un susurro. Una voz a mi espalda. No entiendo lo que dice. ¿Me llaman? ¿Estoy soñando? ¿Dónde está Héctor? Con mucho esfuerzo, logro entreabrir los ojos. Me parece ver que el segundero rebota con poca convicción una y otra vez en el mismo sitio. El despertador debe de haberse quedado sin cuerda. Las manecillas marcan las cuatro y media. Sí, debo de estar soñando. Cierro los ojos. Y entonces noto su mano. Los dedos de Héctor me acarician suavemente el pelo. Me quedo quieta, dándole la espalda. Finjo estar dormida. Ahora entiendo el susurro. Me está hablando porque cree que no le oigo.

—Pero yo te quiero, Asunción. Te quiero más que nada en el mundo. Daría mi vida por ti.

Noto cómo se incorpora, cómo acerca su boca a mi barriga. Su aliento mueve mi camisón, me hace cosquillas, pero me quedo quieta como una piedra.

—Y por ti también, chiquito. ¿Me oyes? Papá te quiere mucho y te va a cuidar siempre. Agárrate bien ahí. Aguanta.

Se me cae una lágrima, pero no me muevo. Quiero darme la vuelta y abrazarlo. Decirle que mientras estemos juntos podremos con todo. Que si este embarazo no sale adelante, habrá otro. Habrá siete más, si él los quiere. Pero intuyo que le daría

demasiada vergüenza estar hablándome así si supiera que yo estoy despierta. Sé que este momento solo es posible así. De espaldas a él. Sin reaccionar. Y pienso que no puedo quejarme. Porque unas palabras dichas así solo pueden ser sinceras. Cualquier hombre puede decir: «Te quiero más que a mi vida» sentado en un banco del Retiro, vestido de domingo y con una horchata en la mano. Cualquiera puede decir: «Te juro que siempre te seré fiel»; cualquiera puede jurar que va a enmendarse. Los hombres son buenos con las palabras. Héctor siempre sabe cuándo contar un chiste y cuándo soltar un piropo. Sabe cómo salirse por la tangente y llevarse las cosas a su terreno. Argumenta deprisa y con locuacidad. Sabe ganar una discusión (independientemente de si lleva razón o no. Porque como él suele decir, con buenas cartas, cualquiera juega al póquer. La gracia está en ganar con una pareja de doses).

Dicen que las palabras se las lleva el viento. Sobre todo, añadiría yo, las que algunos hombres dicen a las mujeres. Pero si un hombre espera a la madrugada para susurrarte su amor en secreto mientras duermes, es porque va a decir algo que le sale en verdad del corazón. Nadie miente cuando nadie escucha.

Héctor siguió hablando en susurros. Hablaba conmigo y con el niño. Hablaba de futuro. De lo que haríamos en verano, de cómo celebraríamos la Navidad, de cómo le iba a enseñar a andar, a leer, a montar en bicicleta. Yo cerraba los ojos y le dejaba hablar. Estaba a punto de quedarme dormida al arrullo de esa cálida letanía.

—No te preocupes por nada, chiquito. Si mamá tiene un antojo de..., yo qué sé..., fresas a las tres de la mañana, tú tranquilo, que papá las consigue, aunque tenga que ir al mercado de Legazpi a robarlas.

Y entonces pasó algo extraño. Una de esas cosas que te siguen produciendo desasosiego cada vez que las recuerdas, incluso semanas o meses después. Noté que había algo frente a mí. Algo se removía en mi lado de la cama. Abrí los ojos. Justo delante de mí, entre mis sábanas, asomaba la cabecita de un recién nacido. Tenía el pelo húmedo, manchado. ¿Coágulos? Sus labios estaban azulados. Me quedé sin respiración. Retiré las sábanas de un golpe. El niño estaba desnudo. Temblaba entre sueños. Con unos gemidos muy débiles, como si ya no tuviera fuerzas ni para llorar. Supe que se estaba muriendo delante de mí.

Me giré hacia Héctor. Dormía, de espaldas a mí. Comprendí que ahora sí había estado soñando. Ya no había ningún recién nacido. Estaba sola junto a Héctor, y lo único que se oía era su respiración, acompasada al tic-tac del despertador. Debía de haberme dormido mientras Héctor me hablaba. Lo curioso es que, aun sabiendo que aquel recién nacido solo había existido en mis sueños, aquella certeza no aliviaba mi inquietud en absoluto.

Me levanté. Me lavé la cara. Intenté despejarme, borrar de mi mente aquella visión terrorífica. Algunas mujeres me han contado que después de un aborto habían soñado con fetos deformados, con heridas imposibles en el vientre, con sábanas empapadas de sangre...

Intenté convencerme de que solo había sido un sueño provocado por el miedo a

perder a mi niño. Pero no era así. *Porque el niño que se me había aparecido tenía un antojo en el tobillo.* No había soñado con mi hijo, había soñado con el de Varela.

Me puse una rebeca encima del camisón y entré en el despacho intentando no hacer ruido. Faltaba poco para el amanecer. Antes de una hora, oiríamos el rugido de los camiones de Zúñiga llegando a la plaza. Los pasos perezosos de los obreros ocupando sus puestos. Las voces del capataz, que a veces parecía más preocupado por despertar al vecindario que por organizar a sus peones. Y el retumbar de picos y mazas derribando las paredes. Zúñiga nos había explicado que los obreros picarían ahora muro a muro, desde arriba hacia abajo; solo iban a dejar intacta la estructura y las escaleras, para que los trabajadores pudieran desplazarse entre una planta y otra.

Revisé mis notas de la visita de Varela. Desde que empecé a trabajar con Héctor, mantengo la costumbre de tomar apuntes de cada reunión, aunque solo sea una fecha, un nombre y un par de líneas. Un faro en el mar de la memoria. No descarto escribir algún día un libro sobre los casos que han pasado por este despacho. Pero en aquel momento no buscaba inspiración para ningún relato policíaco. Necesitaba confirmar mis sospechas sobre el origen de aquella pesadilla.

Allí estaba la anotación: «un antojo en el tobillo». Me pregunté por qué habría decidido yo apuntar un detalle tan nimio. Y con esa lucidez que solo se tiene de madrugada, antes de estar completamente despierto, antes de que la mente se inunde con las pequeñas minucias del día a día, comprendí que lo había anotado *precisamente* porque era un detalle nimio. Cuando una persona miente para conseguir algo, cuando un loco fabula sobre hechos inventados, no suele recordar detalles tan concretos. No, Varela no estaba loco. ¿Quizá quería endosarnos esa rocambolesca historia solo para negarse a sí mismo la desgracia que le había ocurrido? ¿Quizá necesitaba desesperadamente creer que su mujer no había enloquecido? Supongo que, de no haber estado yo embarazada, de no estar pasando las noches en vela temiendo por mi hijo, no me habría importado tanto obtener la respuesta. Y de ser así, ahora no estaría escribiendo este diario. Y dentro de dos meses, mi vida se habría convertido en un infierno. En realidad, eso aún puede ocurrir. Depende de cómo se desarrollen los acontecimientos. Si consigo... Pero discúlpame, me estoy adelantando. Debería hacer una pausa, pero se me echa el tiempo encima, quiero contar demasiadas cosas y solo dispongo de unas pocas noches para mecanografiar y corregir este diario. Y además solo puedo hacerlo de madrugada, mientras todos duermen. Por nada del mundo quisiera que Héctor se enterase de lo que estoy preparando.

—Mira, si se ve el Cinema Europa.

Héctor estaba asomado a la ventana. Había pasado más o menos una semana desde la comida en casa de los Zúñiga. Los obreros ya habían destrozado a mazazos y reducido a polvo los muros de toda la finca. A través de la estructura pelada de la casa se columbraban ahora los techos más altos de Bravo Murillo y, si uno se asomaba a nuestra ventana en el ángulo preciso, más allá de los balcones de la plaza

de Santo Tomé se entreveía el chaflán del cine de estreno del barrio, con el flamante rótulo que presidía la fachada: Europa. En realidad, desde nuestra ventana solo se veían las cuatro últimas letras.

—Ropa —leí en voz alta, y los dos nos reímos.

Me convenía mucho que Héctor estuviese de buen humor. Aquello evitaría que sospechase lo que yo tenía planeado. Esa mañana él debía reunirse con don Mónico en Legazpi para cobrar y para hablar de un nuevo caso. Aparentemente, el frutero nos había recomendado entre sus amistades, y alguien estaba interesado en contratarnos. Héctor me lo explicó iniciando ya una disculpa por no permitirme acompañarlo. Pero yo atajé:

—Vete tú solo. No me importa... Pero esta tarde me llevas al Europa a ver una película.

Terminó su café con una sonrisa, le di un beso largo y profundo, y se marchó de casa silbando. Es hermoso empezar las mañanas así, con bromas y cariños. Sobre todo ayuda en los días en que vas a mentir a tu marido. «A ocultarle la verdad», maticé para mí misma. Me había citado en secreto con Varela y había decidido no contarle nada a nadie.

Apenas media hora después de salir Héctor, me eché a la calle confiando en no encontrarme a ningún conocido por el camino. No quería tener que dar explicaciones. Sobre todo, porque estaba convencida de que mi entrevista con Varela no daría ningún fruto. Parte de mí deseaba simplemente confirmar que su historia no era cierta, que los niños no desaparecen en los hospitales. Pero la otra parte albergaba una obstinada esperanza en que aquella criatura no hubiese muerto en el parto. Me prometí a mí misma que, a menos que se comportase de manera desquiciada o peligrosa, le concedería a Varela el beneficio de la duda. Ahora comprendo que yo también estaba tan convencida de que mi hijo no llegaría a nacer que *necesitaba* salvar al niño de Varela, a cualquier niño.

Crucé la plaza. La visión del esqueleto de la finca me produjo un escalofrío. El siguiente paso iba a ser colocar explosivos de baja intensidad en las vigas principales, de manera que todo el entramado se desmoronase limpiamente. «Como una casita de cerillas.» Imaginar todas aquellas vigas de madera desparramadas por el suelo de cualquier manera me hizo acordar de los huesos de perdiz amontonados en el plato después de nuestra comida con los Zúñiga.

Frente al portal de mis padres apreté el paso, aunque en realidad no había peligro de que nadie me viera. Sabía que mi padre no estaría. Llevaba días recorriendo las afueras de Madrid, buscando emplearse en algún garaje o algún desguace, en cualquier sitio donde pudiera ponerse el mono de trabajo y ganar unos duros. Le sacaba de sus casillas no poder llevar dinero a casa. En cuanto a mi madre, a esa hora normalmente estaba fregando la escalera. Pero aun así, al dejar atrás el portal, me llamó la atención un gemido: alguien lloraba en el vestíbulo. Si no me apresuraba,

perdería el tranvía y llegaría tarde a mi cita con Varela. Pero la preocupación me pudo. Quizá se trataba de algún vecino. ¿Quizá Catalina Pedralbes había tenido algún percance? Me asomé. Y lo que vi me partió el alma.

—¡Hija!

Mi madre aún intentó disimular las lágrimas. Una recia mujer castellana no se permite llorar delante de sus hijas así como así. La conduje hacia la vivienda mientras ella explicaba atropelladamente que lloraba porque había inhalado sin darse cuenta algo del vapor de la lejía con que fregaba el portal.

Nunca llegué a encontrarme con Varela. Me costó más de un cuarto de hora calmar a mi madre y conseguir que me aclarase lo que le pasaba.

—Doña Milagros... —acertó a decir antes de romper en llanto otra vez.

Encontré algo de valeriana en la cocina y puse agua a hervir. Unos sorbos de tisana consiguieron devolverle al menos el resuello. Abrí la guía de teléfonos para buscar el número del mercado de Legazpi. Quería dar aviso a Héctor, pero mi madre plantó con decisión su mano sobre la horquilla del aparato y habló por fin con voz firme.

—Lo más importante es que no se entere tu padre.

Mi madre me explicó que una junta extraordinaria de vecinos había decidido cambiar las normas de la casa. A partir de entonces, no se aceptaría a expresidarios ni a sus familiares en la casa. Era una maniobra perfectamente calculada para darles la puntilla a mis padres. Todo el mundo en la casa sabía que mi padre había pasado una temporada en la cárcel por un accidente de trabajo en el que, en realidad, no había tenido culpa alguna. El mismo don Servando, antes de que la arpía de su mujer se enemistase con la familia, había testificado a favor de mi padre en el juicio y había alabado su intachable conducta y su dedicación al trabajo. Cuando finalmente mi padre fue condenado a pesar de todo, don Servando llegó a prometer, sin que nadie se lo pidiera, que movería todos los hilos a su alcance para reparar aquella injusticia. No solo no movió un dedo, sino que ahora usaba aquello para cometer otra injusticia aún mayor.

—Nos quedamos sin casa y sin trabajo, Asun.

Me levanté casi de un salto y me dirigí a la puerta. Había tenido una idea.

—Esto lo tienen que saber los Zúñiga —dije. Estaba segura de que Catalina nos ayudaría a evitar esa injusticia.

—No están, hija. ¿Por qué crees que nos lo han dicho precisamente hoy?

Mi madre me explicó que el doctor Losada estaba preocupado por el embarazo de Catalina, y la tarde anterior don Emiliano se la había llevado a un balneario. Debía tomar las aguas a diario y guardar reposo absoluto. Nadie sabía con exactitud adónde habían ido. Don Emiliano había dejado dicho que se quedaría haciendo compañía a su mujer todo el tiempo que pudiera permitirse. En el mejor de los casos, no volvería a Madrid hasta diez días más tarde. Por su parte, los propietarios habían dispuesto

que mis padres desalojasen la vivienda de la planta baja antes de una semana. Don Servando y doña Milagros habían planificado la jugada con mucha astucia.

—No tenemos donde caernos muertos.

—Os venís con nosotros. Hoy mismo empezamos a buscar un piso para los cinco.

—Para los cuatro —corrigió mi madre—. Pedrito y yo nos podemos meter donde sea. Pero tu padre se va a Alemania. El pasaporte ya está pedido. Al día siguiente de que recibiéramos la carta de Miguel, le convencí para sacárselo, por lo que pudiera pasar.

Traté de pensar con rapidez. Sin un certificado de Penales limpio, obtener un pasaporte podía ser un calvario. Pero al menos el trámite ya estaba en marcha. Quizá Héctor podría hablar con el comisario Vallejo. Yo podría enviar un telegrama a Miguel para que su fábrica hiciese una oferta de trabajo a mi padre inmediatamente. Tener un empleo garantizado por escrito podía marcar la diferencia. Aun así, nos costaría una pequeña fortuna mover las cosas con esa premura. Y nada garantizaba que fuese a dar resultado. Miré a mi madre. Se le estaban humedeciendo los ojos.

—Esto acaba con tu padre, Asunción. No podemos decírselo.

—¡Cuatro días! Os habéis vuelto locos.

—El viaje son tres días. Eche usted cuentas.

Héctor se había unido a la causa. Mi padre aún no concebía que hubiéramos tomado la decisión por él. Mi madre juró y perjuró que Miguel había puesto una conferencia para avisar de que la BMW había planteado una oferta en firme, pero que mi padre tendría que empezar al cabo de una semana a más tardar. El puesto de trabajo existía, sí, pero el plazo nos lo inventamos nosotros. Claro que mi padre no lo iba a saber hasta que pusiera los pies en la fábrica de Baviera, y entonces ya carecería de importancia. Tendría un empleo, podría sentirse útil y estaría cerca de su hijo mayor y de Irenita, su única nieta por el momento.

—Pero si ni siquiera tengo pasaporte.

—Eso déjelo de mi cuenta. Para algo fui comisario de policía.

A cada poco, mi madre se secaba las lágrimas con el delantal. Mi padre siguió moviendo la cucharilla dentro de la taza de café, que ya se le había enfriado. Debí de darle unas mil quinientas vueltas antes de volverse hacia mi madre.

—Felisa, ¿tú estás segura?

—Ay, Trino. A mí me da un vértigo solo de pensarlo...

—Pues no me voy.

Admiré la inteligencia de mi madre. Ella sabía que mi padre quería irse. A nuestro pesar, todos sabíamos que, a sus años, esta era su única esperanza de encontrar un empleo decente. Pero si mi madre lo empujaba a marchar, él podía haber sospechado algo. Trino Muñoz podía ser un hombre humilde y sin estudios, pero no le faltaba seso.

Mi hermano Pedrito casi saltó de su asiento.

—¡Pero cómo que no, padre! ¿Usted ha echado cuentas? —dijo con su voz ronca plagada de gallos. Todos sabíamos lo que venía después. Una diatriba sobre nuestros ingresos y la probabilidad estadística que existía de que mi padre encontrase otro empleo en breve. Apenas tenía pelusa en la cara, pero mi hermano hablaba de economía con el mismo aplomo que Navarro y Ullastres. Mi padre, sin embargo, lo interrumpió con un gesto.

—No me digas lo que ya sé, hijo.

Aquella noche mis padres se fueron a la cama sin haber decidido nada.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Héctor cuando nos marchamos—. ¿Tanto aspaviento y tanta angustia, y luego es ella la que se echa atrás?

—Mañana me lo dices —dije con una sonrisa enigmática.

—¿Me estás ocultando algo, Muñoz?

—Si tú supieras, Perea...

Sonrió. A la mayor parte de los hombres que conozco les resulta irritante la arrogancia en una mujer. Héctor la encuentra atractiva. Creo que la ve como un interesante desafío. Muchas veces, Héctor y yo nos divertimos picándonos, en una especie de competición de sarcasmo. Siempre gana él, pero no me importa. Lo que me gusta de esos momentos es que podemos llegar a ser muy impertinentes, pero nunca nos enfadamos. Nunca olvidamos que es un juego.

—Creo que tener a una mujer como socio ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida.

—Querrás decir... después de casarte con ella.

—Ah, sí. Eso también —dijo con una media sonrisa.

Nos besamos largamente. Hasta que la voz de Eulogio a lo lejos nos sobresaltó.

—¡A ver esos dos! ¡Que están en la vía pública!

Tomados de la mano como dos chiquillos, nos alejamos corriendo de la luz de las farolas y nos dirigimos a nuestro pequeño cuchitril.

Cuatro días después, mi padre estaba montado en un tren en dirección a Hendaya.

No sé cómo será en tu época, pero buscar piso en Madrid a principios de 1958 es poco menos que un deporte olímpico. Las rentas no dejan de subir, los caseros son cada vez más quisquillosos y cuesta horrores encontrar un lugar en condiciones. Nosotros nos habíamos hecho ilusiones de tomar un piso con ducha, pero no había manera de encontrar uno con tres habitaciones por menos de cuatro mil pesetas al mes. Cuatro mil pesetas es lo que ingresa la agencia Perea y Muñoz en los meses buenos. Y de esos no habíamos tenido muchos. Empezamos a mirar en otros barrios, yo incluso soñaba con un piso en propiedad. Cada mañana Héctor compraba el *Abc* y lo subía a casa para que desayunásemos viendo los anuncios por palabras.

—López de Hoyos. Pisos exteriores. Cuatro habitaciones. 100 000 entrada, más 100 000 facilidades —le mostré el anuncio—. ¿Llamo?

—Llama. Y luego llamas a la agencia de viajes y contratas un viaje a Lourdes.

Porque vamos a necesitar un milagro para sacar doscientas mil pesetas.

—Se piden al banco, Héctor. Si devolvemos dos mil pesetas al mes, pasados cien meses está saldada la deuda. Son menos de diez años.

—Claro. ¿Y los intereses?

—Ponte que son doce o catorce años.

—¿Y si vienen tres meses malos? Nos quedamos sin el piso, y todo lo pagado a hacer gárgaras. Además, no pienso irme a vivir adonde Cristo dio las tres voces.

Le tendí el *Abc* y me levanté. Decidí ir a dar un paseo y fijarme en los carteles que viese por los balcones.

—Total, los pisos buenos se encuentran dando propina a los porteros.

No había llegado a abrir la puerta cuando Higinio tocó el timbre. Nos traía una carta de Catalina Pedralbes. Me llamó la atención que no hubiera puesto el remite y que no hubiera usado el papel timbrado que sin duda tendría en el balneario de lujo en que estaba reposando. «Se está escondiendo de algo o de alguien», recuerdo que pensé. Pero pronto me quité esa idea de la cabeza. «Deformación profesional», me dije. Como si fuese algo malo. Y me olvidé de aquello tan pronto como rasgué el sobre. La carta era breve y directa, y su contenido me dejó obnubilada. Durante un momento, lo vi todo blanco, como si un coche me hubiera deslumbrado con sus faros en una carretera oscura.

—¿Una contracción?

Me giré hacia el sofá. No creo que hubiera llegado si no me hubiera agarrado Héctor. Noté cómo una ola de sudor frío me empapaba la espalda.

—Es la tensión, no pasa nada. Lee la carta.

—Qué carta ni qué nada. Voy a llamar al médico.

Héctor se incorporó para ir al teléfono, pero yo lo agarré del brazo.

—Héctor. Ya tenemos piso.

Querida Asunción:

He sabido lo de tus padres. Por favor, que Héctor hable con Emiliano. Tiene tres o cuatro pisos magníficos en Hilarión Eslava y están ahí muertos de risa. Y habla también con Losada. Está dispuesto a atenderos sin ningún coste. Sé que soy una entrometida, pero quiero ayudarte. ¿Podemos ser amigas? Un fuerte abrazo,

Catalina Pedralbes

Héctor receló inmediatamente. Deformación profesional, claro. «Nadie regala nada» era una de sus frases favoritas, y los acontecimientos posteriores me han hecho comprender que es dolorosamente acertada. Pero en aquel momento no estábamos como para rechazar favores.

—¿Qué coño te pasa, Héctor? Se te aparece el ángel de la guarda y lo quieres espantar a perdigonazos.

Él, que no estaba acostumbrado a oírme soltar juramentos, se quedó callado. Por una vez, yo fui la locuaz y Héctor no supo cómo llevarme la contraria. Alguna vez tenían que ganar los moros.

Reconozco que poco después yo también empecé a recelar, pero por un motivo distinto. Losada nos citó por teléfono en la consulta que tenía por las mañanas en la maternidad del Hospital del Niño Jesús. Cuando oí aquel nombre, me quedé callada unos segundos sin saber por qué. ¿Quién me había hablado de ese hospital? No conseguía recordarlo. Cuando estuve ante la fachada y vi el nombre escrito con letras de hierro en la entrada de la avenida Menéndez Pelayo, incluso la tipografía me resultó familiar, pero no sabía por qué. De haberlo sabido entonces, tal vez ni siquiera habría entrado. Claro que, a aquellas alturas, tampoco habría solucionado nada. Nuestra suerte ya estaba decidida.

—Esto es un transductor ultrasónico. Lo que hace es disparar haces de ultrasonidos desde diferentes ángulos, pero orientados siempre hacia el mismo lugar del cuerpo, en este caso el útero.

—¿Y eso no es peligroso, doctor?

—No solo es inofensivo, señor Perea: esto es el futuro de la obstetricia. Verá, el modo en que se comportan los ecos de esos ultrasonidos nos permite formar imágenes del interior del cuerpo. Es como tomar una película del útero. Solo que, en lugar de reflejar luz, reflejamos sonido.

—¿Cómo es que nunca hemos oído hablar de esto, Héctor? Parece un invento revolucionario.

—Precisamente por eso no han oído hablar de ello, mi querida niña. Esta técnica aún está en pruebas. Yo he tenido conocimiento de ella por las excelentes relaciones que mantengo con mis colegas ingleses. Les daría un folleto explicativo, si mi secretaria hubiera tenido el detalle de traerlos de la imprenta, como le pedí hace cuatro días. Tarde o temprano tendré que despedir a esa joven. Si vieran las faltas de ortografía que tiene...

Losada me señaló una camilla normal, sin estribos para los pies y me pidió que me recostase.

—¿No debería desvestirme antes?

Héctor, acusando esa graciosa incomodidad que tienen los hombres en la consulta de un ginecólogo —los pocos hombres que se dignan acompañar a sus mujeres, quiero decir—, musitó algo de salir a fumar y yo me quedé a solas con Losada.

—No será necesario —contestó el doctor—. El transductor simplemente se desplaza por encima de la piel, debajo del ombligo.

Sentí un ligero alivio. Al menos, parecía que iba a librarme del desagradable tacto vaginal. Pero no podía evitar un cierto recelo hacia aquel instrumento. Guardaba una desagradable similitud con la palanca de cambios de un coche, solo que de la parte anterior salía un cable eléctrico que lo conectaba a una especie de enorme armario de

chapa, de unos dos metros de alto por uno de ancho, con una pantalla de televisión en un costado y varios conectores y botones de diferentes colores. En una esquina de aquel armatoste, una placa de letras blancas grabadas sobre madera roja rezaba *Kelvin & Hughes Ltd., Glasgow*. Supongo que estos inventos no serán ninguna novedad en el año en que lees estas páginas. O incluso se habrán quedado ya obsoletos, si es que este diario ha permanecido oculto todo el tiempo que yo planeaba. Pero a mis ojos aquella cosa era temiblemente nueva y sofisticada. Una parte de mí quería agarrar la puerta, salir de allí y optar por el mismo procedimiento obstétrico que habían utilizado todas mis antecesoras: olvidarme del dichoso embarazo hasta el día en que rompiese aguas, y entonces Dios dirá. Pero no lo hice. Me eché en la camilla como un corderito, pensando que estaba loca si no aprovechaba aquella oportunidad de salvar mi embarazo. No había dejado de sufrir contracciones, y Héctor y yo teníamos cada vez más miedo. Yo ya estaba de unas veintisiete o veintiocho semanas. Los dos sabíamos que un aborto a esas alturas podría traer complicaciones graves. Desde quedarme estéril hasta quedarme en el quirófano. Logré apartar aquellos pensamientos diciéndome que estaba a punto de ver una fotografía de mi hijo. Tenía que sentirme agradecida por estar disfrutando aquellos adelantos de la ciencia que mis padres ni siquiera podían soñar. Y, además, sin soltar una peseta.

—Desde aquí no se ve el televisor.

—Descuide, tampoco vería gran cosa. Vamos a mirar dentro de su útero, no a sacarle la foto de primera comunión.

Odiaba ese carácter confianzudo de Losada. En general, siempre me ha resultado inquietante que un médico se comporte de una forma demasiado campechana. Algo me dice que lo hacen porque tienen algo que ocultar. Probablemente, su propia inseguridad hacia los procedimientos que están realizando. Al fin y al cabo, la ciencia médica tampoco es capaz de curar *tantas* cosas. Recordé aquella frase de Jardiel Poncela: «La medicina es el arte de acompañarte a la tumba con palabras griegas» y casi me reí.

—Levante un poco más la blusita, por favor —dijo Losada, mientras esparcía un ungüento por el extremo del transductor. Casi todos los tocólogos usan esos absurdos diminutivos: «ombliguito», «querida niña», «quítate la ropita»... ¿Lo hacen para mitigar la turbación que les produce la intimidación con sus pacientes? Con sus pacientes jóvenes, claro. No me imagino a ningún tocólogo pidiéndole a mi madre que levante «el pompis».

Losada siguió explicándome el origen y funcionamiento del transductor mientras deslizaba aquel cacharro por encima de mi abdomen. Me resigné a escuchar su charla al tiempo que intentaba atisbar algo en la pantalla, pero era imposible. Estaba vuelto de espaldas a mí. Y a decir verdad, tampoco me pareció que Losada le prestase mucha atención. Aquel trasto no emitía ningún ruido, ni el menor brillo, ni el más mínimo movimiento. Losada contó que su padre pertenecía al cuerpo diplomático, que él había iniciado sus estudios de Medicina en Inglaterra mientras su padre estaba

destinado allí y que de esa manera había trabado conocimiento con el doctor que ahora estaba desarrollando estas técnicas. El transductor me hacía cosquillas y el lubricante que Losada le había aplicado iba dejando sobre mi piel una estela brillante y una desagradable sensación de frío húmedo. Aparté la mirada hacia la ventana. La consulta estaba en el segundo piso y ofrecía una bonita vista de los árboles del Retiro, al otro lado de la calle, y del patio de entrada, en primer término. Cuando bajé la vista hacia la entrada del hospital, vi algo que me hizo olvidarme del frío en la tripa y de las historias de Losada sobre Inglaterra. A la entrada del hospital, apoyado indolentemente contra el costado de un coche, estaba Narciso Colmenar. Me pareció que tenía aquella misma actitud de paciente espera que le había visto unas semanas atrás, cuando tuve mi primera contracción. Me obligué a aguzar la vista, diciéndome una vez más que las casualidades no existen. Y que si ya me había cruzado *por casualidad* dos veces con el hombre que casi le arruina la vida a la primera mujer de Héctor, alguna razón tenía que haber, así que más me valía empezar a preocuparme.

Tras unos segundos, Narciso tiró el cigarrillo y echó a andar. Por un momento pensé que iba a montarse en el haiga contra el que había estado apoyado. Pero no, se limitó a pasear arriba y abajo con las manos a la espalda. Un muerto de hambre como él difícilmente conduciría un Studebaker semejante. Cuando yo estaba en la *Sucesos*, Narciso era el eterno pluriempleado, y a pesar de que trabajaba dieciséis horas diarias, siempre acababa dando sablazos. Pero ¿qué hacía hoy allí? ¿Acaso su mujer también era paciente del hospital? ¿Quizá se había puesto de parto? «Lo que nos temíamos: se reproducen», pensé con una sonrisa. Desde que vimos *El experimento Quatermass*, aquella película de marcianos, Héctor hacía ese comentario cada vez que alguien que no nos caía bien iba a tener un hijo. De pronto reparé en otra casualidad aún mayor, que me borró la sonrisa de golpe: el coche. Un Studebaker Champion negro. Era el mismo mamotreto ruidoso y humeante que yo había visto en la plaza de los Frutos la mañana en que conocí a Catalina Pedralbes. Ver a Narciso Colmenar apoyado en el coche de Emiliano Zúñiga era una casualidad demasiado grande como para no ponerse en alerta. Pero la voz de Losada me sacó de mis pensamientos.

—Ya estamos. Tápate y te cuento las noticias.

—¡Mírate, estás radiante!

Héctor estaba eufórico cuando salí al pasillo a su encuentro. Lo había visto hablando con una enfermera, una monjita que le había estado contando los milagrosos casos de sanación que se producían en la consulta de Losada.

—¿Qué te ha dicho Losada?

—El feto está bien. Ninguna malformación, ningún tumor ni nada grave.

Ahí estaba de nuevo ese brillo en sus ojos. De un solo golpe, había recuperado la fe. Héctor tiene una mentalidad totalmente cartesiana. Cree en el poder de la ciencia con la fe ciega que otros depositan en la religión. También comparte esa curiosa

tendencia a confiar más en cualquier avance científico que proceda de fuera de España. Dale un aparatejo lleno de cables con una inscripción en inglés y será feliz.

—Hay algo más, Héctor. Tengo que venir a revisiones cada quince días. Losada dice que el útero no está creciendo todo lo que debería. No es nada grave, pero parece que el niño será prematuro.

—¿Sietemesino?

—Incluso antes. Y casi seguro por cesárea.

Héctor me dedicó la misma mirada confiada y serena que usa en la agencia para aceptar los casos que sabe que son imposibles de resolver. Pero no pudo rematarla con la sonrisa y el «déjelo en nuestras manos» que convencen a todos los clientes. Al poco, me dio la espalda. Inspiró hondo y se sentó en uno de los bancos. Busqué sus ojos, temiendo que su brillo se hubiera apagado de nuevo, pero él se empeñaba en mirar hacia el suelo.

—¿Héctor?

—Una señora de Arenas de San Pedro dio a luz antes de los seis meses y el crío salió adelante —dijo con voz queda—. Lo leí en el *Abc*.

Por fin me miró. Era una mirada nueva. Una mirada en la que ya no había miedo, sino confianza. Era esa mirada arrogante que me había irritado y atraído a partes iguales cuando le conocí. La mirada de un hombre que no se ahoga en un vaso de agua.

—Todo va a ir bien, Asunción.

—Losada me ha dicho que quiere que venga aquí a parir. Quiere asistirme él personalmente en el parto. Y me ponen una habitación para mí sola.

—¿Eso también es cosa de los Zúñiga?

—Y nos mandan una ambulancia cuando me ponga de parto. A cualquier hora del día o de la noche.

—Y todo lo pagan ellos. ¿Así porque sí?

—Por favor, no te enfades. No te enfades y dime que sí.

Me abrazó y me levantó en volandas. Me besó como si estuviéramos en mitad de una película de Hollywood.

—¿Enfadarme? Soy el hombre más feliz de España.

Yo me abracé a él con fuerza e inspiré hondo. Me vuelve loca el olor de su piel, de su cabello. Héctor apenas se echa potingues para peinarse y no gasta loción de afeitado. Una puede olerle *a él*. Y su piel tiene un perfume natural, como la de un niño. Como la de alguien que no tiene nada que ocultar, que no pretende ser mejor de lo que es.

En aquel momento, estuve a punto de olvidarme de Narciso Colmenar, del haiga negro y de los malos presagios. Pero tenía que contárselo a Héctor, tenía que advertirle de lo que había visto.

—¿Has visto la matrícula? —me preguntó.

Ahí estaba esa mentalidad cartesiana. Me habría sido imposible distinguir los

números de la matrícula desde la ventana de la consulta. Imposible e inútil, porque tampoco había memorizado la matrícula de los Zúñiga. Tuve que reconocer que mi inquietud era irracional. Por un lado, estábamos en un hospital. Había media docena de razones plausibles por las que Narciso podría estar allí. Y la pura coincidencia no era menos probable que algún hipotético motivo oculto, que tampoco yo era capaz de imaginar en aquel momento. Por otro lado, no había nada de extraño en que Zúñiga también anduviese por allí. Al fin y al cabo, Losada era el ginecólogo de Catalina.

—Aun así, no perdemos nada por sacudir un poco el arbusto, a ver quién echa a volar.

Héctor salió decidido. Yo sabía que estaba dispuesto a intimidar a Narciso si era necesario y en aquel momento no me importó. Sabía por experiencia que la cercanía de ese buitre tarde o temprano siempre traía problemas. Y aunque ahora sé que no era del todo cierto, también sé que no andaba exactamente desencaminada.

La avenida Menéndez Pelayo aparecía ahora desierta bajo el sol de mediodía, a excepción de un par de taxis que esperaban en la puerta del hospital. Ni rastro del haiga.

—Los Studebaker negros no son tan raros en Madrid —dijo Héctor. Agradecí que no dudase de mi capacidad para reconocer el modelo de coche. Pero dio por hecho que se trataba de una coincidencia. Y yo no pude argumentar nada más. Al fin y al cabo, si a él no le preocupaba Narciso, a mí tampoco debía obsesionarme. Y teníamos algo que celebrar.

Me asomé al bordillo para llamar a uno de los taxis, pero Héctor se giró hacia el edificio.

—Espera —dijo, y echó a andar de regreso al hospital.

—¿Qué pasa?

—¿No lo has oído?

Héctor dice que tiene un sexto sentido. Dice que es como un olfato para los golpes. Tal y como él lo explica, el haberse criado recibiendo palizas de su padre aguzó su instinto de supervivencia. Llegó a apreciar y a interpretar los más sutiles cambios de humor de su padre. Llegó a identificar cada inflexión de su rostro, cada suspiro, cada gesto inconsciente con las manos.

—Había que saber apartarse a tiempo. A veces, estar un metro más lejos significaba esquivar el primer golpe. Y si esquivabas el primer golpe, a veces la pereza era más fuerte que la ira, y te salvabas de la paliza.

Creció cultivando ese extraño talento. Y ahora, en cualquier circunstancia, es capaz de presentir antes que nadie si se va a producir algún tipo de violencia. Dice que es ese sexto sentido lo que lo llevó a convertirse un día en el comisario de policía más joven de España.

—Debe de haber pocos críos que hayan recibido más patadas que yo. Debe de haber pocos *balones* que hayan recibido más patadas que yo —decía a veces con una

sonrisa agria. Se esforzaba en bromear con esos recuerdos. Pero cuando yo lo veía tensarse de repente, reaccionar a algún signo de violencia inminente que nadie más había visto, como un perro guardián que endereza las orejas y prepara todos sus músculos para el salto, me resultaba evidente que el recuerdo de aquellas palizas seguía muy vivo dentro de él.

—No he oído nada.

—Mejor quédate aquí fuera.

Héctor se quitó la chaqueta y me la dio. Después caminó hacia el edificio principal mientras se aflojaba la corbata. Me sentí estúpida detenida en aquella explanada, incapaz de ayudar a Héctor ni de protegerlo. Sentí que un escalofrío me recorría la espalda desde su base. Solo que no era un escalofrío, se parecía más bien a un calambre muscular. Y pronto se extendió hasta la ingle y desde allí comenzó a irradiar. Todo mi vientre se tensaba y se endurecía como por oleadas. Parecía que alguien estuviera dándome descargas eléctricas usando un atenuador, de manera que la intensidad bajaba, volvía a subir progresivamente, cada vez más cerca del límite de lo insoportable, y luego bajaba otra vez un par de segundos... solo para volver a incrementarse. Deseaba desesperadamente sentarme, pero supe que si intentaba caminar hasta el banco que quedaba a mi derecha, por más que estuviese a apenas tres metros, me caería al suelo. Las piernas no me respondían cuando tenía una contracción de tanta intensidad. «Tengo que echarme en el suelo», pensé. «Tengo que echarme antes de que me caiga. ¿O debería mejor gritar pidiendo ayuda? Pero ¿y si no es nada?, ¿y si la contracción pasa como han pasado las demás?» Por nada del mundo quería volver a vivir el ridículo y la humillación de ser tratada como una inválida. Losada acababa de decirme que todo iba bien.

Una mano providencial me asió por el codo.

—¿Se encuentra mal, Asunción?

Me giré. El sol me deslumbró. El hombre se inclinó hacia mí, tapándome el sol. No necesité esperar a que mis ojos se acomodasen al contraluz para saber que era Zúñiga. Empecé a respirar con dificultad.

—Deje que la ayude.

Zúñiga me llevó casi en volandas hacia el banquito y tuvo la delicadeza de no preguntarme nada, de no hacerme hablar. Esperó pacientemente a que yo recuperase el resuello, a que la tensión de mi cuerpo fuese bajando. Las descargas cesaron. Por fin habían dejado de jugar con aquel atenuador imaginario.

—Catalina también tiene contracciones, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Se ha quedado usted esperando muy tranquilo, sin decir nada.

—Losada nos dijo que no eran nada grave. Aunque las mujeres que las sufren no suelen llegar a salir de cuentas.

Sentí compasión de él. En realidad, sentí compasión de Catalina. La eché de menos. Quizá debería haberme esforzado más por ser su amiga. Estábamos pasando

exactamente por el mismo proceso.

—¿Cuándo vuelve Catalina a Madrid? Me gustaría saludarla.

Zúñiga negó con la cabeza.

—Losada prefiere que no viaje hasta después del parto. Ha contactado con un colega suyo, cerca del balneario, que la tiene perfectamente atendida. Parirá en un hospital cercano. ¿Sabe lo que me quita el sueño? No llegar a tiempo. Que se ponga de parto cuando yo esté en alguna obra, o en algún viaje, y no me dé tiempo de estar con ella.

—¿Está muy lejos de Madrid ese balneario?

Zúñiga se levantó. Señaló con el mentón hacia la capilla contigua al hospital.

—Magnífico templo, ¿verdad? Jareño fue profesor de mi padre, en la Escuela de Arquitectura. Francisco Jareño es el arquitecto —aclaró con aire condescendiente—. Uno de los grandes: la Biblioteca Nacional, el Tribunal de Cuentas... Pero en este hospital puso especial cariño. Sobre todo en esta iglesia. Iba para cura, ¿sabe? Estuvo años en el seminario. ¿Entramos?

No esperó a que yo contestase. Me tomó por el codo y me ayudó a caminar hacia el interior de la capilla. Me habló de su estilo neomudéjar, me enumeró los diversos premios internacionales de arquitectura que había recibido y me ilustró sobre las imágenes que se exhibían en las hornacinas que flanqueaban la entrada: a un lado la Virgen Milagrosa, al otro San Vicente de Paúl, fundador de las Hermanas de la Caridad.

—No es usted muy religiosa, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa. Supongo que percibió mi desinterés por la imaginería que a él tanto parecía fascinarle. De todos modos, insistió en que le acompañase adentro.

Nos habíamos persignado y Zúñiga me conducía por el pasillo central hacia las primeras bancadas. Me miraba con media sonrisa de complicidad, como dando a entender que podríamos mantener aquel pecadillo en secreto.

—¿Podrá usted?

Zúñiga se arrodilló en la segunda fila de bancos y me invitó con la mirada a que lo imitase. No supe decirle que no. Supongo que por eso estás leyendo ahora estas páginas. Porque entre las muchas cosas que mis padres me enseñaron no estaba la capacidad de plantarme y decir «no». Al menos, ante cierto tipo de gente. Ese es el origen de este cuaderno. En la asignatura de agachar la cabeza soy alumna destacada. Si existiera una Escuela Superior de Resignación, yo tendría una beca extraordinaria: por ignorante, por pobre, por joven y por mujer. Este cuaderno, al fin y al cabo, no es más que el relato de cómo, por primera vez en mi vida, he sabido decir que no a alguien más poderoso. Claro que, si las cosas no salen como he previsto, probablemente me cueste la vida, y también la de mi hijo. En cualquier caso, aquel día me arrodillé con cuidado. Aún no había remitido por completo la contracción y solté un pequeño gemido al doblar mis piernas.

—No puede decirse que yo sea una persona particularmente piadosa —dijo Zúñiga. Me pregunté a qué venía aquella confesión.

—Supongo que Dios me ha regalado tantas cosas que a veces simplemente doy por sentado que la vida me tiene que sonreír. Y entonces llega una lección de humildad como la que estamos sufriendo, sobre todo Catalina.

Me sorprendió ver asomar una lágrima en sus ojos.

—Perdón.

Zúñiga entrelazó sus manos y agachó la cabeza. Le vi mover los labios en silencio. Rezaba, absorto, y yo me sentí incómoda y fuera de lugar, en mitad de aquella capilla vacía, sosteniendo la chaqueta de mi marido y acompañada por un hombre casi desconocido que prefería hablar con Dios. Recorrí el templo con la mirada. Contemplé el *via crucis* en las paredes, el crucifijo a la izquierda del altar y, a su lado, un enorme lienzo que representaba el milagro de santa Leocadia. En él, san Ildefonso cortaba un trozo del velo de la mártir para comprobar que su aparición era real. Bajé la vista, sintiendo cierta vergüenza al recordar las palabras con que mi madre hablaba de los incrédulos:

—Más ignorante que el que todo lo cree es aquel que no cree en nada.

A mi lado, Zúñiga murmuraba sus oraciones. Aquel hombre rico, culto y famoso era capaz de humillarse y pedir por la salud de su mujer y su hijo. A su lado, Asunción Muñoz, pobre y casi sin estudios, conocida solo por su familia y sus cuatro amigos, permanecía erguida y con gesto escéptico. No quería rezar por mí. No soy de las que se acuerdan de santa Bárbara solo cuando truena. Pero viendo a Zúñiga rezar a mi lado, pensé que nada me impedía pedir por Catalina Pedralbes. Crucé mis manos y me incliné. A mi lado, Zúñiga se giró y me sonrió agradecido.

No sé cuánto tiempo pasó realmente, pero cuando lo recuerdo en esta noche de finales de febrero, apenas unas semanas después de aquello, tengo la impresión de que estuve varios días en aquella capilla, el tiempo necesario para hacer repaso de toda mi vida. Algo ocurre con el sentido del tiempo cuando uno hace el esfuerzo de mirar su vida desde fuera. Me está ocurriendo con este cuaderno. No debo de llevar más de quince o veinte horas escribiéndolo, realmente, distribuidas en siete u ocho noches de insomnio, pero siento como si lo hubiese empezado hace meses, aquella misma noche de octubre del año pasado, cuando el Sputnik pasó brillando sobre nuestras cabezas, regalándonos unos minutos de una ilusión y una fe que probablemente no volvamos a sentir.

En la capilla del hospital recuperé una brisa de esa fe durante unos minutos interminables. Pedí por Catalina Pedralbes, pedí por mi padre, perdido en un país frío y lejano, rodeado de gente que ni lo comprendía ni tenía el menor interés en hacerlo, rompiéndose el espinazo cada día y acostándose solo cada noche. Pedí por mi madre y mi hermano, por mi difunta hermana Consuelo, que en mitad de la desgracia no solo había sabido sonreír, sino hacernos sonreír también a los demás.

Al final, fuesen minutos u horas después, me sentía limpia y vacía como el cáliz

impoluto que presidía el altar, reflejando el brillo de los cirios. Las lágrimas me corrían por las mejillas, pero no recordaba en qué momento habían empezado a brotar. Zúñiga me sujetaba una mano con gesto paternal. Tampoco habría sabido decir cuándo la había tomado entre las suyas.

—¿Pensará en lo que le dijo Catalina?

Zúñiga me hizo prometer que nos instalaríamos en uno de sus pisos de Hilarión Eslava hasta que encontrásemos un lugar definitivo para vivir. Recuerdo que me pregunté cómo y por qué sabía él que nuestro cuchitril no daba para que viviésemos allí con mi madre y Pedrito. Pero la manera repentina en que se abrió la puerta de la capilla me sacó de esos pensamientos.

Héctor atravesó a grandes zancadas el pasillo que formaban los bancos, sin persignarse ni dedicar siquiera un saludo a Zúñiga.

—Tenemos que irnos.

Apenas cerramos la puerta de casa, Héctor sacó una vieja Browning del bolsillo y extrajo cuidadosamente el cargador.

—¿De quién es esa pistola?

—Esta pistola nunca ha estado aquí. Haz como si no lo hubieras visto. Me desharé de él en cuanto pueda.

Héctor agarró una silla del despacho, pasó al dormitorio con la silla en la mano y la colocó junto al armario ropero.

—¿Qué ha pasado en el hospital?

—Nada. Que no vas a parir allí, eso es lo que pasa.

De encima del armario sacó una caja de zapatos y metió en ella la Browning. Luego se quedó mirando alrededor, en busca de un lugar para esconder el cargador.

—Dámelo —le dije. No era momento para discutir con él.

Héctor necesitó una copa antes de poder explicarme lo que había pasado mientras yo rezaba con Zúñiga. Y cuando terminó de contármelo, la que necesitaba una copa era yo. Supongo que esto te sonará horrible en boca de una madre, pero es la pura verdad: una de las cosas que más difícil me resulta de estar embarazada es tener que pasarme todos esos meses sin poder meterme un trago de algo fuerte entre pecho y espalda de vez en cuando, ni siquiera en esos días en que la vida parece que viene de través.

—El arma es de Varela. Creo que nadie la ha visto. Al menos eso espero, por su bien.

Héctor me explicó que le había parecido oír un chillido de mujer. Por eso había entrado en el hospital. Su intuición le decía que alguien estaba en peligro.

—Ese loco estaba dispuesto a tirar de pistola en mitad de la sala de partos.

Se lo había encontrado deambulando por el pasillo, con un destello de locura en la mirada. Varela había entrado allí para hacer justicia, según sus palabras.

—Su mujer parió en el Niño Jesús —explicó Héctor—. El pobre loco cree que su hijo aún anda por allí, que lo tienen escondido o algo por el estilo.

Varela había entrado buscando el paritorio, pero la misma ira que lo había impulsado a entrar en el hospital lo cegaba y le confundía los pasos. En su búsqueda, había zarandeado a unas monjitas, de ahí el grito. Para cuando Héctor lo encontró, ya había un par de doctores forcejeando con él.

—¡Os mato, os juro que os mato! —gritaba.

Como ocurre muchas veces con los locos, la determinación le daba una fuerza extraordinaria. Héctor había presenciado una escena patética: dos hombres y tres mujeres eran incapaces de inmovilizarlo. Varela repartía empujones, patadas, puñetazos y hasta mordiscos.

—Ha sido un milagro que no haya acabado disparando.

Uno de los médicos era un verdadero gigante. «Más grande que Jorge Bonareu», había dicho Héctor. Pero en una circunstancia así, la fuerza no es tan decisiva como la sangre fría. Héctor, acostumbrado por su experiencia profesional a tener que zanjar muchas peleas, se aproximó a Varela por su lado derecho y le lanzó un solo puñetazo al cuello.

—Se desmayó como si alguien hubiera pulsado un botón de apagado. No tiene mayor mérito. Cualquier boxeador sabe que un golpe de lado en la mandíbula te puede provocar un KO inmediato. Bloquea la carótida, se corta el riego del cerebro y te vienes abajo, por muy grande y fuerte que seas. Mi cuñado Alfonso, el hermano de Teresa, lo sabía bien. Por lo menos ganó así media docena de combates. Tenía un detector de guardias bajas, como decía un comentarista de la radio.

Escuché aquella interminable explicación con cara de interés. No dejaba de resonar en mi cabeza aquello de *excusatio non petita*, que el mismo Héctor me había enseñado como una de las formas básicas para descubrir a mentirosos y embaucadores.

—El problema es cuando no llevas guantes, claro —continuó—. Porque la gente, cuando pelea, tiende a moverse. Y un puñetazo lanzado a la mandíbula tiene muchas papeletas para acabar aterrizando en los dientes. Y eso significa desde heridas en los nudillos, que se te van a infectar nueve de cada diez veces, hasta un metacarpiano roto, que maldita la gracia. Atizándole en el cuello, por el lado derecho, bloqueas la carótida igual, pero pegas en blando. Y si no conectas bien el golpe, tampoco te vas a romper un dedo.

Por fin tomó aire y me dejó hablar.

—¿Me vas a decir de una vez por qué no puedo parir en ese hospital?

Héctor mantuvo el tipo. Yo sabía que iba a mentirme. Y probablemente él se daba cuenta, pero siguió firme.

—Ese hombre está loco, Asun. Cualquier día vuelve a intentarlo. Está obsesionado.

—Después de lo de hoy lo meterán en la cárcel.

—Puede ser. O puede que no. Pero no pienso dejar que sigas yendo allí a comprobar lo bien que funcionan la policía y la justicia españolas.

Pero no era la locura de Varela lo que le preocupaba. Todo lo contrario. Lo que aterraba a Héctor, aunque no quisiera confesarlo para evitarme a mí la angustia, era la posibilidad de que realmente a Varela le hubieran robado a su hijo en aquel hospital. Tampoco sería la primera vez que oíamos hablar de un caso parecido. Mis primos de El Asturiano, sin ir más lejos, habían tenido un percance poco tiempo atrás: en la clínica donde nació su último hijo, las monjas les cambiaron a la criatura por una niña. Tardaron semanas en aclarar el malentendido. Semanas enteras separados de un recién nacido. Cierto que aquello había sido un error, pero igualmente pone los pelos de punta solo de pensarlo. Y Manolita me había contado también el caso de una vieja amiga suya, una republicana ya fallecida que había vivido en la plaza de los Frutos antes de la guerra: al poco de caer Madrid, la metieron presa y le robaron a su hijo de un año. Sin disimulos ni mentiras, simplemente, se lo arrebataron. Podría haber mencionado aquellos casos a Héctor, pero para qué. Igual que no tiene sentido forcejear con un loco, no tiene sentido pedirle la verdad a alguien que ya ha decidido ocultártela. Así que decidí que yo también esperaré. Ya tendría oportunidad de atacar por el flanco más tarde. Mientras tanto, quería preservar la frágil felicidad que se había instalado entre nosotros.

Aquella noche Héctor se durmió conmigo entre sus brazos. No imagino un lugar más cómodo para dormir, y mi cuerpo sin duda necesitaba un descanso. Pero tardé horas en cerrar los ojos. Desde la cama podía ver cómo asomaba la caja de zapatos encima del armario. Sabía que en el relato de Héctor faltaba un dato fundamental: por qué se había llevado aquella pistola. Me había explicado que se compadeció de Varela. Y, desde luego, su intervención fue providencial. Porque entrar en un hospital y zarandear a dos monjitas no es un delito tan grave. Cualquiera abogado de medio pelo podía alegar enajenación mental por el trauma de haber perdido a su hijo y, como mucho, lo mandarían unas semanas al Sanatorio Esquerdo, o a Santa Julia con su mujer, o a algún sitio por el estilo. Pero si le hubieran encontrado la Browning en el bolsillo, de un cargo por homicidio en grado de tentativa no le habría salvado ni el mismísimo Arturo Olazábal, ese que decían que era el mejor criminalista de Madrid. Héctor se la había jugado escondiendo el arma. Y yo necesitaba saber por qué. Si realmente era un loco, si realmente podía volver a intentarlo, ¿por qué hacerle ese favor?

Me esforcé en hacer memoria. Siempre he pensado mejor de madrugada. Intenté recordar lo que había visto por la ventana. Narciso Colmenar apoyado en un Studebaker negro. No cabía ya la menor duda: era el coche de Zúñiga, como confirmaba su posterior aparición en el jardín del hospital. Pero ¿qué hacía Zúñiga allí? ¿Había estado siguiéndonos? ¿Y para qué? ¿Y qué relación podía guardar con la presencia de Narciso Colmenar? Si es que guardaba alguna. ¿Y Varela? ¿Qué papel desempeñaba en todo esto? ¿Podía ser una casualidad la presencia de aquellos tres

hombres en el hospital, precisamente en nuestra primera visita a la consulta de Losada?

El niño se removió inquieto. Coloqué mi mano en la barriga y me dediqué a acariciar los lugares donde el crío daba sus pataditas. Y poco a poco me venció el sueño. Recuerdo haber soñado, aún entre el sueño y la vigilia, que mi mano era el transductor de Losada y que pasaba por encima de mi vientre, haciendo insólitas fotografías de mi útero y de la criatura que crecía en su interior. Y recuerdo que me dormí con un extraño pensamiento: «Eso es imposible. Si realmente hubiera sacado imágenes de tu interior, Losada te las habría enseñado».

Un destello de lucidez al que no presté atención en aquel momento, porque ya me vencía el sopor.

Nos despertó la piqueta. El cristal de las ventanas temblaba. En realidad, temblaba toda la casa. Apenas eran las ocho de la mañana y un destacamento de peones ya había invadido la plaza. Una máquina gigantesca taladraba el suelo de la plaza de los Frutos. Héctor se asomó a la ventana, sin abrir el cristal.

—Están picando demasiado cerca del alcantarillado —dijo Héctor, que acababa de levantarse—. Como se desvíen un palmo, va a oler a mierda de aquí a Cuatro Caminos.

Miré hacia abajo. Ya no quedaba rastro del edificio derribado. Las vigas de su estructura («una casita de cerillas») habían desaparecido; en la encrucijada entre la plaza de los Frutos y la de Santo Tomé —ahora ya un solo espacio diáfano—, el cuadrilátero que dibujaba la planta de la casa parecía un fósil a medio desenterrar. En un costado, cerca del perímetro de valla metálica que protegía la obra, me llamó la atención una hendidura rectangular, una especie de pozo contorneado de estrechos ladrillos de aspecto antiquísimo.

—Esa debe de ser la arqueta famosa —dije—. ¿No te produce curiosidad? Dicen que esas galerías subterráneas tienen kilómetros y kilómetros. Que llegan hasta la Puerta del Sol. Me gustaría poder echar un vistazo ahí abajo antes de que lo cieguen.

—Están en desuso desde antes de la guerra. Ahí abajo debe de haber unas ratas como perros de grandes.

Héctor propuso que nos vistiéramos y saliéramos a desayunar fuera. El ruido le resultaba insoportable. A mí en realidad no era el ruido lo que me destrozaba los nervios. Era la imagen de la piqueta levantando el firme de la plaza la que me resultaba, en cierto modo, obscena. Lo achaqué a esa especial sensibilidad que tenemos las embarazadas. De la misma manera que algunos olores nos ponen el estómago en pie de guerra, a mí ciertas imágenes me sacaban de mis casillas. Tuve el impulso de bajar y gritarles a los obreros que dejasen de remover el suelo, que lo que estaban haciendo era inmoral. Que quince días atrás allí estaban los negocios de mi familia. Que por culpa de ellos mi padre había tenido que emigrar, mis primos estaban viviendo de prestado y nosotros íbamos a tener que mudarnos a un piso de

caridad. Nada de ello era culpa de aquellos pobres trabajadores, por supuesto. Pero era a ellos a quienes tenía delante, y yo necesitaba gritarle a alguien que lo que estaba pasando allí no era en realidad muy diferente de profanar una tumba. Estaban robándonos nuestro pasado, nuestros recuerdos.

Nuestra mudanza ya era inminente. Después de desayunar teníamos que dar de alta el suministro de luz y agua en el piso de Hilarión Eslava, pero antes Héctor propuso dar un pequeño rodeo para pasar por la ferretería que había en García Morato esquina con Sanjurjo. Necesitábamos encargar una placa metálica para anunciar nuestro negocio en el portal.

—Perea y Muñoz, agencia de investigación —le dije al encargado.

—Dáselo escrito —me dijo Héctor por lo bajo—. Con esa cara de mastuerzo, es capaz de escribir «investigación» con hache y con be.

Me reí por lo bajo, pero Héctor lo decía en serio. Me señaló la vitrina donde se exponían los diversos marcos y materiales con que contaban para realizar los carteles y las placas. Es normal encontrar erratas entre los carteles expuestos, ya que son las placas desechadas o rechazadas por los clientes las que se suelen emplear para rellenar la vitrina. Héctor me señaló una, conteniendo la risa: «Dr. J. Anglada. Enfermedades veneras». Me mordí los labios para no soltar una carcajada y le mostré a Héctor un rótulo muy historiado, con una elegante cenefa de motivos vegetales y rebuscados tipos de letra, que rezaba: «Club Morocco. Ambiente selezto». Héctor tuvo que hacer tal esfuerzo por no reírse que acabó con un soberano ataque de tos.

El operario nos miraba de reojo, sin terminar de darse cuenta del choteo. Mientras Héctor se limpiaba las lágrimas con un pañuelo, yo seguía buscando más placas divertidas. Y entonces mis ojos se toparon con un letrero muy especial. No era más que un pequeño trozo de madera roja con dos docenas de letras blancas, pero en cuanto lo vi tuve una revelación. Mi cabeza empezó a funcionar a toda velocidad.

—¿Qué te pasa? Te has quedado blanca.

A Héctor se le había pasado la tos. El operario había terminado ya nuestro letrero, pero yo seguía allí plantada, con la vista fija en la vitrina. Necesitaba salir de aquel lugar cuanto antes. Tenía que volver al hospital de inmediato. Y no podía explicarle por qué.

—Me acabo de acordar: había quedado con mi madre para ayudarla a empaquetar —mentí.

Héctor se lo creyó. Lo único que le preocupaba es que me hubiera mareado o algo por el estilo, así que accedí a sentarme y a tomar una gaseosa con él antes de separarnos. Así también tuve tiempo de asegurarme de que él no había reparado en la placa roja con letras blancas que rezaba: «Klevin & Hughes Ltd., Glasgow».

Es sorprendente la cantidad de veces que el amor se expresa en forma de engaños o pequeñas traiciones. ¿Qué valor tiene la sinceridad cuando sabes que la verdad va a hacer daño a la persona a la que amas? ¿Cómo podía explicarle a Héctor lo que en ese

momento me pasaba por la cabeza? Teniendo en cuenta lo que yo estoy a punto de hacer, lo más probable es que Héctor hubiera cometido alguna barbaridad. Solo que él no la habría planeado como lo he hecho yo, porque la furia le habría cegado, y entonces no habríamos tenido ninguna oportunidad de salvarnos.

El hospital aparecía totalmente distinto en aquella mañana nublada. Bajo el sol intenso del día anterior, el rojo de los ladrillos le confería un aspecto cálido y acogedor. Ahora, mientras cruzaba el patio en dirección a la entrada, la fachada aparecía como teñida de un color pardo. En uno de los pelados árboles del jardín, un cuervo graznó. El sonido me recordó las risotadas de las comadres del barrio, aquellas que me advertían de los terribles dolores y de las indescriptibles heridas que el parto me iba a producir.

—Sobre todo a las estrechitas de caderas. ¡Si ya os duele al entrar, imagínate al salir!

Reconocí a una de las enfermeras que nos había orientado la mañana anterior para llegar a la consulta de Losada.

—Buenos días, hermana —saludé.

Pero ella me dio la espalda sin contestar y se alejó casi corriendo por el pasillo: la toca se le movía a cada paso. No le di mayor importancia, ya conocía el camino.

Me faltaba el resuello tras subir un piso y medio de escaleras, así que me senté en un banco del último rellano. Una decisión providencial. Acaso porque nadie se esperaba que me quedase allí parada, desde aquel lugar tuve una visión estratégica de lo que estaba ocurriendo. Por el pasillo del segundo piso vi pasar a la monjita que acababa de evitarme: iba a la carrera, agarrándose las faldas del hábito para no tropezar.

—¡Doctor, doctor, que está aquí! —gritaba.

—Cálmese, hermana. ¿Qué pasa? —oí que contestaba Losada en algún lugar del segundo piso.

—¡La madre del niño de...!

Se oyó un portazo y las voces de ambos se perdieron. Me quedé petrificada. ¿Por qué mi visita inquietaba tanto a aquella monja? ¿Es que todo el mundo en aquel hospital estaba al tanto de los pormenores de mi preñez? Y sobre todo: ¿cómo terminaba aquella frase? «... la madre del niño deforme», me oí decir en voz baja, y durante unos segundos todo me dio vueltas. Pero me obligué a calmarme: aquello no tenía sentido. Losada no ganaba nada ocultándome las complicaciones de mi embarazo. No, era todo lo contrario, y ahora podía comprenderlo con toda claridad. Era igual que estar en el teatro y presenciar uno de esos momentos en que un foco se enciende de repente sobre un rincón de la escena que hasta ese momento había estado en penumbra. Uno de esos momentos en que descubres con sorpresa que durante todo el tiempo ha habido allí un personaje oculto. Y de pronto, la dirección de la obra cambia. Así, de repente, me asaltó la certeza de que mi embarazo era totalmente

normal. Que las contracciones, tal y como el mismo Losada había dicho en un primer momento, no entrañaban ningún riesgo. Supe que las admoniciones de Losada no eran más ciertas que los presagios de las comadres. Supe con ciega convicción que ni tendría un sietemesino ni nacería por cesárea. Supe que Héctor y yo habíamos engendrado un niño totalmente normal y supe también que sería capaz de cualquier cosa para protegerlo.

Protegerlo ¿de quién?

Apenas logré calmar mi respiración, comprendí que no debía estar allí. ¿Qué iba a decirle yo a Losada? No tenía sentido acusarlo de haberme engañado. Y menos ahora que lo habían avisado de mi llegada. Él era un tocólogo de prestigio y yo solo una paciente histérica. Se me heló la sangre al pensar que Losada podría mandar que me encerrasen. Probablemente le bastaría la opinión de un psiquiatra para que me internasen en un sanatorio mental. Y no creo que le costase mucho convencer a algún colega, quizá a alguien del mismo hospital.

Empecé a bajar las escaleras. Despacio, sin llamar la atención. Pensé que, si le hubiera explicado a Héctor lo de la placa falsa, probablemente habría desmontado mis sospechas con unas cuantas preguntas lógicas que yo no habría sabido contestar. A la luz de la razón, es difícil admitir que un médico famoso pueda *inventarse* una complicada máquina para impresionarme. Pero yo *sabía* que Losada mentía, aunque aún no supiese explicar con precisión por qué. Y en mi corta pero intensa experiencia como periodista primero y como detective después, había descubierto que establecer una hipótesis aparentemente descabellada y luego tratar de demostrarla podía ser un método de deducción tan efectivo o más que intentar desentrañar las causas lógicas de cada hecho antes de formular una teoría. Estaba totalmente segura de que aquel armario metálico del que Losada había estado presumiendo en su consulta la mañana anterior era un mero invento, una chapuza como la placa falsa con erratas, que no había venido de ninguna universidad inglesa, sino de una vulgar ferretería española en la calle General Sanjurjo. Bien pensado, no tenía ningún sentido que existiese una máquina capaz de captar imágenes del interior del útero materno y que nadie hubiera pensado en mostrarle aquellas imágenes a la madre.

Desanduve la mitad del camino antes de darme cuenta de que debía evitar la puerta principal. Losada podría estar esperándome allí. Y yo no me encontraba en condiciones de fingir normalidad y aguantar el tipo. No, tenía que salir de allí y pensar con calma cómo iba a enfrentarme a todo aquello. Seguí los rótulos que marcaban el camino a la cafetería, confiando en que tendría alguna entrada de servicio que me llevaría hasta la calle, o al menos hasta un lateral del patio. Recorrí varios pasillos idénticos, temiendo ser interceptada en cualquier momento por un par de celadores con una camisa de fuerza. Me sentía como el protagonista de una vieja película de espías cuyo título no conseguía recordar. En ella, el protagonista llevaba, injertado bajo la piel, un valioso microfilm que el villano estaba dispuesto a conseguir a cualquier precio, incluso si eso suponía despedazar al protagonista hasta

encontrarlo. Solo que aquí el villano era un médico famoso por sus programas en la radio y el microfilm era, obviamente, mi hijo.

Comencé a andar más rápido, con la incómoda sensación de que todo el mundo a mi paso me miraba como si estuviera loca. Pensé en Varela, corriendo despavorido por los pasillos del hospital, exigiendo que le devolvieran a su hijo. Ya no me cabía ninguna duda de que lo habíamos juzgado mal cuando vino a nuestra agencia. Ahora todo aparecía ante mis ojos con una claridad intolerable: Losada tenía un negocio de venta de recién nacidos. Varela había sido una víctima, y a mí me habían elegido para ser la siguiente. Por supuesto que la mujer de Varela había visto a su hijo, por supuesto que era un varón, y que tenía un antojo en el tobillo. Y por supuesto que estaba vivo. La única pregunta era entonces... ¿de dónde había salido el pequeño cadáver de niña que le habían enseñado? Pero eso tenía fácil respuesta, al menos para alguien que, como yo, hubiera sido redactora de sucesos en una revista truculenta. Solo había que ponerse en la mente de los criminales. ¿Qué necesita alguien que monta un negocio para robar recién nacidos, con la excusa de que han nacido muertos? En primer lugar, naturalmente, una sala de partos con aspecto fiable, lo cual era fácil si uno tenía al frente a un reconocido tocólogo y a unas cuantas hermanitas de la caridad. Y en segundo lugar, un feto muerto siempre disponible en la morgue, para poder enseñarlo cuando alguien reclame.

Llegué a la cafetería. Sin detenerme, localicé las puertas batientes que comunicaban con la cocina. Como suele ocurrir cuando uno se comporta con determinación, nadie reparó en mí cuando crucé hacia la zona reservada al personal. Dejé atrás varios fogones, cuatro descomunales fregaderos y varias estanterías cargadas hasta el techo con las innumerables ollas y cazuelas necesarias para dar servicio a los cientos de pacientes y trabajadores del hospital. Por fin encontré una discreta puerta trasera. Apenas la hube franqueado, la lluvia me dio en la cara. Caía una verdadera cortina de agua. Me iba a calar hasta los huesos antes de alcanzar la parada del autobús, pero recibí el diluvio con alegría, como si acabase de escapar de una temporada en galeras y viese llover por primera vez en años. No me atreví a mirar atrás.

Ya a salvo de la lluvia que caía obstinadamente sobre Madrid y a medida que el autobús número 25 me alejaba de la silueta amenazante del hospital del Niño Jesús, mi angustia comenzó a crecer. Si Losada me había estado engañando, eso también significaba que ningún doctor de confianza me había examinado todavía. Necesitaba hablar con algún médico del que pudiera fiarme. De manera que me bajé en Ruiz Jiménez y caminé hasta la consulta del tocólogo de la iguala, pensando en cuántos disgustos nos habríamos ahorrado si Héctor hubiera recurrido a él en primer lugar. Pero hoy, mientras escribo estas líneas, comprendo que tarde o temprano habríamos tenido este problema. Porque igual que ocurría con el número 5 de la plaza de los Frutos, los cimientos de nuestra vida también estaban siendo despedazados por una

insensible piqueta. Y solo nosotros podíamos detenerla. Si Dios quiere, esta misma noche estaré en situación de hacerlo. De salvar el endeble edificio que hemos construido juntos. De evitar que se venga abajo como una casita hecha con cerillas. Pero antes debo dejar testimonio.

—Busca al doctor Garzón, supongo.

Los seis o siete timbrazos que di sin respuesta habían alertado a la portera de la finca. Antes de buscar mis ojos, la costumbre la había llevado a calibrar mi barriga.

—Sí.

—Pues no llame más. El doctor Garzón se retiró hace quince días.

—¿Quiere decir que se ha llevado la consulta a otro sitio?

—Quiero decir que se retiró. Jubilado. Ayer vino una empresa a sacar el instrumental y esta tarde se llevan los muebles.

—¿Jubilado? Pero si no habrá cumplido los cincuenta.

—Ni los cuarenta, si me apura. Pero ya ve. Le habrán tocado los ciegos o algo, porque ha sido de un día para otro.

Héctor no parecía escucharme. Apenas nos hubimos encontrado en el portal de Hilarión Eslava, me había tomado del brazo y había apretado el paso hacia Rodríguez San Pedro.

—¿De verdad no te parecen demasiadas casualidades?

Metió la llave en la cerradura de una verja.

—Mira qué jardín. ¡Cerrado! Y el salón da justo aquí. ¿Entiendes?

Era un edificio moderno, todo de ladrillo, con bonitos postigos verdes en las ventanas. El jardín era espléndido: una calle interior, exclusiva para los vecinos, con árboles, emparrados y jardineras, que cruzaba todo el ancho del edificio, con una salida a Rodríguez San Pedro y otra a Meléndez Valdés en el extremo contrario. Aún era pronto para que estuviese lleno de flores, pero no costaba imaginar lilas, amapolas y geranios estallando en las mil macetas que rodeaban el perímetro del patio. Estaba un poco apartado, casi junto al nuevo Arco de la Victoria, pero definitivamente era un lugar imponente. Y sin embargo, a mí por encima de todo me pareció una confirmación de mis peores sospechas.

—Nadie regala nada —musité.

—¿Qué has dicho?

La pregunta que me daba vueltas al principio era *por qué*. Por qué Losada me engañaba. Y la respuesta que había encontrado era *porque pretende robarme a mi hijo*. Pero como suele ocurrir cuando uno va profundizando en un caso, cada respuesta da lugar a otro interrogante, y en este caso era *para qué*. O mejor dicho: ¿para quién? Recordé otra de las normas básicas que Héctor me había enseñado para delimitar los sospechosos de un crimen: *qui prodest*, ¿a quién beneficia? Miré aquel jardín, aquellos magnolios, aquellos nísperos en flor. Oí a Héctor describir el piso —

amplísimo, luminoso, con muchas habitaciones— y supe qué eran en realidad todos aquellos regalos y favores: eran una cortina de humo, para que no nos diésemos cuenta de lo que pretendían. Era Catalina la que se beneficiaba de todo aquello. Ella era la que se iba a quedar con nuestro hijo. Ella nos envió con Losada. Porque Catalina... *no estaba embarazada*. La revelación me atravesó con la misma intensidad que la más fuerte de mis contracciones. Por eso nadie sabía en qué balneario estaba, por eso Zúñiga evitaba responder cuando se le preguntaba al respecto. Se había marchado de Madrid para evitar preguntas sobre su barriguita. Y planeaba volver para el parto. *Para mi parto*.

Intenté poner todos aquellos pensamientos en palabras, pero Héctor no quería oír quejas. El regalo de Zúñiga le había nublado la vista. Por la ilusión con que me lo iba enseñando todo, cualquiera diría que lo acabase de comprar con su dinero. Subimos un tramo de escalera y entramos en una vivienda impecable, recién pintada y con unos suelos de madera tan barnizados que una casi se podía ver reflejada en ellos. Mi madre estaba plantada en mitad del salón tan quieta como una estatua en mitad de una plaza, con la sonrisa de una niña el día de su primera comunión. Hasta a mí me contagiaron la alegría durante un segundo. Me asomé a la ventana del salón y contemplé el jardín desde allí. Un niño de unos tres años salió de un portal, correteando torpemente detrás de una pelota, ayudado por una hermana mayor. Desde un balconcillo del segundo piso, una madre los vigilaba mientras secaba unos platos en la cocina. Por un momento, nuestras miradas se cruzaron, y la madre me sonrió. La saludé con un gesto. Tuve la absurda idea de que, si cruzaba el jardín y entraba en la vivienda de aquella mujer, descubriría que en realidad solo era un muñeco articulado, como los que hay en los parques de atracciones.

—¿Te imaginas? ¿Tener aquí la agencia y poder ver al niño mientras juega en el patio?

Héctor me abrazó por detrás y se quedó asomado conmigo. La niña se había arrodillado en el suelo para atarle a su hermano los cordones del zapato. Sí, todo aquello era tan perfecto que parecía mentira. Porque lo era, naturalmente. Y apenas tardé unos segundos en terminar de confirmarlo. Héctor no estaba lo suficientemente asomado como para verlo, pero entre las ramas de los árboles del patio, al otro lado de la verja que daba a Meléndez Valdés, me llamó la atención una silueta negra que yo ya conocía perfectamente: frente a la entrada de la casa acababa de aparcar el Studebaker negro.

—Los de la mudanza vienen mañana —comentó Héctor—. También es cosa de Zúñiga. Dice que le sobran camiones, que no le cuesta nada.

Comprendí que no tenía sentido explicar nada ahora. En el momento en que le contase a Héctor cómo se unían las piezas de aquel puzzle, no iba a haber quien pudiese contenerlo. No, esto tenía que solucionarlo yo. Propuse a mi madre que subiera a la azotea a ver los tendederos y convencí a Héctor de que la acompañase.

—Debe de haber una vista estupenda de la sierra —dije.

—Me ha dicho un vecino que, con unos prismáticos, puedes ver a los esquiadores en Navacerrada.

Apenas me quedé sola, bajé a la calle y rodeé el edificio.

Estaba dispuesta a encarar a Zúñiga allí mismo. No le tenía miedo. ¿Qué podía hacerme ahora que yo lo sabía todo? Era una persona famosa, toda su reputación podría desmoronarse si llegaba a saberse lo que había pretendido hacer. Durante el paseo entre la consulta de Garzón y la casa de Argüelles había tenido tiempo de juntar casi todas las piezas del puzzle: Losada era el brazo ejecutor, el que elegía a las madres y certificaba las defunciones falsas. Debía de haber dos o tres monjas conchabadas. Varela había sido una víctima, y yo era la siguiente: una chica joven, primeriza e ignorante. Una mujer que podría volver a parir. Zúñiga era el cliente. Y el falso embarazo de Catalina Pedralbes era la cancamusa, el juego de manos que hace el mago para que no mires hacia el lugar donde se está preparando el próximo truco. No era la primera vez que veía algo así: una quinceañera de buena familia queda preñada de un tarambana. Sus padres se la llevan «a estudiar un año en Suiza» y, cuando vuelven, la niña ha tenido «un hermanito». En las fotografías familiares de ese año, ni la madre ni la quinceañera aparecen jamás retratadas de cuerpo entero, aunque si uno se fija bien en la niña, se nota en su rostro que ha cogido unos kilitos. Una jugada fácil si se tiene el dinero para hacerla.

Pero yo los había descubierto y ahora los tenía en mis manos. Si Zúñiga era tan astuto como su fortuna parecía indicar, comprendería enseguida que le convenía desmarcarse de Losada. Renunciar a la descendencia no era tan terrible, comparado con afrontar una querrela criminal. Porque yo pensaba ir a ver a Varela esa misma tarde y convencerlo de que llevase el caso ante la Justicia. Su hijo debía de estar viviendo con alguna familia de gente pudiente y sin escrúpulos y, si poníamos a Losada contra las cuerdas, no iba a tener más remedio que confesar. Quién sabe cuántos niños habrían robado. Losada llevaba más de veinte años ejerciendo. Probablemente había ganado su fama y su prestigio robando hijos de analfabetas, de delincuentes presas y de rojas represaliadas para vendérselos a hombres con la cartera sana pero la bragueta moribunda.

El latido de mi corazón parecía el redoble de un tambor cuando doblé la esquina de la calle. Podíamos estar ante el escándalo del siglo. Si manejaba bien las cosas, no solo haríamos un favor a docenas de familias, no solo quitaríamos de la circulación a un criminal; además, pensaba apretarle las tuercas a Zúñiga a base de bien. ¿No quería ser generoso? Pues iba a obligarlo a que devolviera el taller a mi padre y el bar a mis primos. Y mi hijo correría feliz por ese jardín, aunque me costase la vida. Me sentía empujada por mi propia rabia, me sentía capaz de arrancarle las entrañas con mis propias manos. Me sentía orgullosa de mi propia ira. «Has querido robar en la madriguera de un conejo y te has encontrado con la de un lobo», pensaba decirle.

—Te están esperando en la parroquia del Cristo.

Estaba ya a punto de abrir la portezuela del coche cuando me sorprendió aquella voz grave de bebedor sin medida. Me giré. Narciso Colmenar me sonreía bajo uno de los arcos de ladrillo que sostenían la casa. Apoyado indolentemente contra la columna, con un cigarrillo colgando entre los labios, la actitud de una estrella de cine y el aspecto de una bestia de tiro.

—Vaya. El puzzle tiene más piezas de lo que parecía.

—¿Perdona?

—¿Qué pintas tú aquí?

—Trabajo para don Emiliano.

Me fijé en su traje azul marino, con chaqueta cruzada.

—Así que ahora eres chófer.

—Con gorra de plato y todo. Ahí la tengo, en el asiento.

—Qué conveniente. Así no te hace falta el bisoñé.

Narciso sonrió. Me miró de arriba abajo de esa manera que la hace a una sentir náuseas, y no precisamente por culpa del embarazo.

—Siempre te ha gustado hacerte la lista. Pero una cosa es hacerse el listo y otra muy distinta es andarse listo. Te recomiendo que calles y escuches lo que don Emiliano tiene que decirte. Porque viene en son de paz. Y puestos a hablar, él tiene muchas más cosas que contar de ti que tú de él.

Me quedé sin habla. Narciso se acercó a mí. El hedor de su aliento me llegó con toda nitidez, mezclado con la untuosa fragancia de su loción de afeitado. Recordé cómo en la *Sucesos* explicaba a todo el que quisiera escucharle que el secreto de su buena salud era masticar cada mañana con el desayuno un par de dientes de ajo crudos. «Es el mejor antiséptico que existe», decía. Y desde luego, era buena forma de ahuyentar los gérmenes: nadie en su sano juicio querría estar cerca de aquella peste. Pero yo ahora estaba paralizada a una distancia en que no solo notaba el olor de su aliento, sino incluso su repugnante *calor*.

—Anda para la parroquia... y calladita. Descuida, ya despistaré yo a tu marido si baja.

Crucé la calle. La vieja iglesia parroquial estaba a cincuenta metros, flanqueada por los muros del convento anejo. Recordé que ya llevaban varios años construyendo una mastodóntica iglesia nueva para venerar la imagen del Cristo, a pocas calles de allí, en Blasco de Garay. Mientras me encaminaba al encuentro de Zúñiga, no puede evitar pensar en que pronto, en cuanto acabasen la nueva sede del Cristo, aquel pequeño templo estaría condenado. Es posible que hoy, cuando tú lees esto, la vieja iglesia ya esté reducida a ruinas, e incluso el convento contiguo también. Hazme un favor si este relato te ha conmovido lo más mínimo: date un paseo por la esquina de Meléndez Valdés con Gaztambide y mira a ver si tengo razón. Apuesto a que lo echaron abajo hace años, «como una casita de cerillas», para permitir que algún Zúñiga se hiciera de oro levantando allí pisos nuevos y vendiéndolos a precios impagables. «Ojalá algún día le pase a él», pensé. «Ojalá algún día vea sus sueños

echados abajo, su pasado borrado por una hormigonera.»

—Te había comentado ya que mi secretaria era un desastre, ¿verdad?

Losada y Zúñiga se habían sentado cada uno a un lado mío, en un banco de la iglesia. No deja de resultar irónico lo aficionado que era Zúñiga a reunirse en lugares de culto, dadas las circunstancias. Me giré hacia Losada. No sabía a qué venía aquello. Zúñiga tenía la mirada obstinadamente fija en el Cristo que presidía el altar. Parecía como si se hubieran preparado el discurso, determinando con toda precisión los turnos de palabra. A Losada, al parecer, le tocaba romper el hielo con un poco de charla intrascendente.

—No es tan joven, seguro que te saca tres o cuatro años, pero se comporta como una colegiala. ¿Te puedes creer que escribe «obstetricia» con hache? ¡Ni el nombre de mi especialidad sabe deletrear! Y mira que tiene un buen sueldo, ¿eh? Quince mil pesetas al año, casi como el de una matrona. Y pensaba subírselo a dieciocho mil. Dime tú si no es un buen sueldo.

Zúñiga resopló impaciente ante mi silencio.

—Contesta —dijo en un susurro.

Balbué que me parecía un sueldo bastante razonable.

—Es tuyo, si lo quieres. Narciso dice que escribías bien a máquina.

Por un momento me sentí perdida. ¿Qué demonios era aquello? ¿Me estaban ofreciendo un puesto en el hospital?

—Yo soy un buen cristiano, Asunción —me dijo Zúñiga—. Yo no quiero el mal para nadie.

Y sin decir más, se levantó y se encaminó a la calle. Losada me puso una mano en el hombro.

—Ánimo. Eres joven. Estás sana. Tu marido te quiere con locura. Tendréis más oportunidades. Ellos, en cambio...

Losada suspiró. Salió al pasillo, se persignó doblando la rodilla y se dirigió a la salida. Me levanté tras él y lo agarré del brazo.

—Voy a denunciarle, Losada. Va a tener que responder por Varela y por todos los demás.

Losada frunció el ceño momentáneamente cuando oyó el nombre de Varela.

—Zúñiga se pondrá de mi lado —añadí—. Cuando la gente sepa lo que pasa en ese hospital, usted ya no le servirá de nada.

Losada apenas me miraba. Su turno de palabra había terminado y parecía haberse olvidado ya de mí. Como si yo fuera una de esas radioescuchas que llamaban a su consultorio y él acabase de colgarme el teléfono. Antes de irse, señaló algo a mi espalda.

En el banco donde habíamos estado sentados se había acomodado ahora una mujer cubierta por un velo negro. Me costó un par de segundos reconocer a Catalina Pedralbes. Estaba tan delgada como siempre. Ni siquiera se había molestado en vestir

con ropas holgadas. Me senté a su lado.

—Te has arriesgado mucho haciendo este viaje. Si alguien te ve sin tu barriguita...

—¿Qué futuro quieres para tus hijos, Asunción?

—Un futuro en el que no haya gente como tú.

No pareció incomodarle el comentario. Comprendí que ella tampoco había venido a dialogar conmigo. También tenía su alocución ensayada.

—¿Crees que podrías mantener a tu familia si tu marido estuviese preso por bígamo?

Ahí se cerraba el puzzle, naturalmente. Ahí estaba la explicación de la presencia de Narciso. No fui capaz de contestar. Me faltaba el aire.

—Sé que nos desprecias. Sé que nuestro dinero te incomoda y que nuestro refinamiento te provoca risa. Pero haz examen de conciencia, Asunción. ¿Acaso tú eres mejor que yo? ¿Tú, casada en falso con un hombre que pertenece a otra mujer? La bigamia es un delito y se paga con la cárcel. Y falsificar una partida de defunción también es grave.

—¿Y robar niños qué es? ¿Una misión pastoral? —acerté a decir entre dientes.

—A tu hijo no le faltará de nada, Asunción. Irá al mejor colegio, irá a la universidad... No me mires así. No estoy hablando solo de dinero. Nadie va a querer a ese niño más que yo. Tú no sabes lo que es desear un hijo durante tantos años.

Apretó las mandíbulas. Con la mirada fija en el Cristo, como reprochándole a Él la esterilidad de su marido, Catalina derramó una lágrima sincera. En aquel momento supe que aquella mujer estaba loca. Supe que ella y su marido eran perfectamente capaces de cumplir su amenaza.

—¿Por qué yo? ¿Por qué a nosotros? —musité.

—Igual que Dios te somete a terribles pruebas, también te otorga algunos dones. A nosotros nos regaló a Narciso. Y con Narciso, nos regaló a Teresa. Es curioso hasta qué punto esa mujer ha podido salvar a tanta gente. Salvó tu relación con Héctor, al hacerse pasar por muerta. Va a salvar mi matrimonio, porque, seamos realistas: si no le doy un hijo a Emiliano, tarde o temprano me abandonará. Y salvó el empleo de Narciso. Supongo que sabes que bebe. Más de una noche, Emiliano ha tenido que salir de improviso a alguna reunión y se ha encontrado con que tenía que conducir él mismo, porque Narciso estaba borracho como una cuba. Una de esas noches, Emiliano iba a despedirlo, pero entonces Narciso se puso a hablar. Le da por contar batallitas cuando está ebrio. Y aquel día le contó la historia de cierta mujer casada que en un momento dado descubrió que la amistad con su cuñada era mucho más cálida que el lecho conyugal. Le contó que el marido se había ido a consolar con una pueblerina llamada Asunción, que —mira tú por dónde— vivía enfrente del edificio que íbamos a tirar. Y que —mira tú por dónde— estaba casada con el cornudo, y para postres, embarazada de él. Todo ello posible porque Teresa había fingido su propia muerte y la de su amante para evitar el escándalo que Narciso estaba a punto de

destapar. Y supongo que, después, para expiar la culpa de haberle puesto los cuernos a su marido con una tortillera rica, se le ocurrió aquello de obtener su propio certificado de defunción y regalárselo al pobre cabrón. Para que pudiera buscarse a otra pajarita que le alegrase los días.

Las campanas del templo comenzaron a repicar. Pronto comenzaría la misa. Sonó el portón de la entrada y vi a Narciso montar guardia discretamente junto a la puerta. La conversación estaba por terminar.

—Cuando Narciso nos contó todo aquel folletín, nos pareció completamente inverosímil. Pero Emiliano tiene negocios en Latinoamérica. No le costó demasiado indagar. ¿Quieres saber dónde vive la primera esposa de tu marido? O mejor debería decir «la esposa», porque tú no eres nada de ese hombre.

Se giró hacia Narciso y lo miró arrugando la nariz.

—Es un chófer lamentable. Hemos tenido que instalar una ventanilla en el interior del coche, ¿sabes? Para estar aislados de él. Hay días que no soporto su olor. Simplemente, me pone enferma. Y sin embargo, le necesitamos. Es nuestro testigo de que Teresa y Ana mantenían una relación..., cómo decirlo...

Frunció el entrecejo. No era capaz de dar con el adjetivo que buscaba.

—No pueden demostrar nada —repliqué, aunque sabía que Catalina llevaba todos los triunfos—. Además, Héctor no falsificó la partida, fue Teresa. Y yo sabía que todo era mentira. Héctor nunca me engañó. Declararé en su favor.

Catalina se levantó.

—Si te portas bien y vas a las consultas de Losada, podrás ver al niño en Navidad y en su cumpleaños. Lo visitarás en calidad de amiga de la familia y compraremos algo caro para que hagas como que se lo regalas tú.

Aquello era demasiado. Me levanté para contestarle, y pensaba hacerlo con un grito, pero ella me detuvo con un gesto seco, con la seguridad del que tiene un golpe de efecto preparado. Había sacado del bolso un ejemplar de *Arriba* y lo dejó con desprecio sobre el banco.

—Lee, anda.

El golpe del portón que siguió a la salida de Catalina Pedralbes aún retumbaba en la iglesia vacía cuando vi el suelto, en una esquina de la sección de sucesos, rodeado por un círculo de tinta:

MUERE AL CAER SU COCHE AL RÍO

Guillermo Varela, de 28 años, falleció durante la noche, al caer con el automóvil que conducía, un Seat 600 M-184018, al río Manzanares desde el Puente de Toledo. Se desconocen las causas del accidente. El fallecido era casado y no tenía hijos.

Tengo recuerdos muy inconexos de todo lo que pasó en los días siguientes. Nos mudamos, desde luego. Vinieron a cenar los primos de El Asturiano, todos estaban

muy contentos por nosotros y creo que yo fingí razonablemente bien. Incluso les prometí que acudiríamos al baile de las fiestas del beato Serafín, que se iban a celebrar unos días más tarde.

Héctor y yo estábamos muy cariñosos. Cada noche nos dormíamos abrazados. Él me hablaba de lo felices que íbamos a ser, tenía mil planes de futuro. Yo le escuchaba hasta caer dormida, aunque solía despertarme en mitad de la noche y no conseguía conciliar el sueño. Vi muchos amaneceres en la azotea de aquella casa, pensando en estrategias para convencer a Héctor de que me permitiese parir en el Niño Jesús sin tener que explicarle que su libertad y quizá su vida dependía de ello. Recuerdo también que acudí a la consulta de Losada, a espaldas de Héctor. Tengo una memoria nítida del último tacto vaginal, de la humillante sensación de estar expuesta y a merced de aquel verdugo, bajo la mirada de hielo de sus enfermeras religiosas, todas conscientes de lo que planeaban hacer con mi hijo.

Solo han pasado quince días desde entonces, pero cuando pienso en mí aquellos días, es como si pensase en otra persona distinta. Hasta tal punto me sorprende el cambio que se operó en mí. De alguna manera, Narciso y los Zúñiga habían conseguido aterrorizarme hasta el punto de hacerme pensar que lo mejor para todos era que me sometiese a su voluntad. Era como si algo dentro de mí luchase por conservar la vida del niño a cualquier precio, como en el juicio de Salomón. Era tal la fuerza con que necesitaba saber que mi hijo viviría que llegué a convencerme de que podría engañar a Héctor. Y de que entregar a nuestro hijo a los Zúñiga no destrozaría nuestra vida, sino al revés: nos permitiría por fin vivir nuestro amor en paz. Me convencí incluso de que Varela era un loco. Me aferraba a pequeñas esperanzas, como saber que mi niño estaba bien encajado, que no venía de nalgas. Cada patada que notaba en las costillas me parecía una bendición. Pero finalmente, lo que me permitió seguir adelante fue la insensata certeza de que algún día, quizá veinte años después, de alguna manera se haría justicia. De alguna manera, aquel niño apellidado Zúñiga descubriría que había nacido de mi vientre y que sus supuestos padres lo habían secuestrado. Soñaba con que alguien, de alguna forma providencial, demostraría aquello y les haría pagar. Nunca fui capaz de explicarme a mí misma cómo ocurriría aquello sin que saliese a la luz también la bigamia, pero de alguna manera fui capaz de apartar de mi mente aquel obstáculo. Quizá porque sabía que si seguía pensando en ello acabaría por volverme loca.

Una noche soñé que entraba al hospital del Niño Jesús y encontraba el feto que guardaban las monjas, conservado en formol, para enseñarlo a los padres y madres que no creyesen que su hijo había nacido muerto. Era una niña y no tenía ningún antojo en el tobillo. Su rostro guardaba un espantoso parecido con el de Irenita, la hija de mi difunta hermana Chelo. Me desperté sudando, sin poder respirar, sabiendo que pasaría el resto de mi vida teniendo pesadillas con niños moribundos y fetos incorruptos. Y me parecía un precio asumible, a cambio de salvar a Héctor de la cárcel. A cambio de saber que mi embarazo seguiría adelante, que no tendría ningún

accidente como el de Varela.

Pero de todos modos, al día siguiente encontré fuerzas para caminar hasta la comisaría de Policía de García Morato. De alguna manera, de entre la confusión y el miedo en que me habían sumido Catalina y los Zúñiga, surgió una idea que, de tan simple, me parecía increíble no haberla concebido antes: teníamos que hacer lo mismo que Ana y Teresa. Lo mismo que habían hecho mi padre y mi hermano. Teníamos que salir de España. Aún quedaban diez semanas para que naciera mi hijo. Daba tiempo de sobra para prepararlo. ¿Acaso no podría Héctor trabajar en la cadena de montaje, junto a mi padre? Si Miguel y Estrella habían empezado de nuevo en Alemania, Héctor y yo también podríamos hacerlo. Nosotros, además, no estaríamos solos.

Entré en la comisaría y pregunté por los trámites para solicitar el pasaporte. Sabía que Héctor tendría que firmarlos por los dos, pero decidí no preocuparme de aquello en ese momento. Sabría convencerlo como mi madre convenció a mi padre.

El policía que atendía el mostrador me pidió mi DNI y tardó una eternidad en volver. No traía ningún formulario, ningún papel timbrado. Ni siquiera traía mi DNI.

—Va a tener que volver usted mañana. Con su marido. Ha habido un problema — dijo con voz seca y aire marcial, mirando al frente por encima de mi cabeza. Cuando le pregunté qué tipo de problema, y, sobre todo, dónde estaba mi DNI, se limitó a contestar en voz alta:

—¡Siguiente!

Di un largo paseo antes de volver a casa. Tenía que preparar bien lo que iba a decirle a Héctor. No sería fácil explicarle que había iniciado por mi cuenta y riesgo los trámites para pedir el pasaporte. Por otro lado, ¿cuál era el problema del que hablaba aquel policía? ¿Iban a denegarme el pasaporte por los problemas que Héctor había tenido con el Cuerpo?

Finalmente, no tuve que dar ninguna excusa. En el portal de Hilarión Eslava me esperaba Narciso. Llevaba un sobre en la mano.

—Don Emiliano me ha pedido que te diga que te comprende perfectamente, y que por esta vez no habrá represalias.

Abrí el sobre. En él estaba mi DNI. Lo acompañaba una nota manuscrita, en el mismo papel satinado y decorado con arabescos que habían utilizado para invitarnos a comer.

—Ten cuidado con los viajes. Recuerda que el doctor Losada recomienda reposo. Pero tú tranquila, que nosotros estaremos pendientes de ti todo el tiempo.

Aquella misma noche comencé a escribir este diario. A mano al principio, más tarde tecleando en la máquina portátil marca Patria que Héctor me compró por tres mil pesetas en la calle del Príncipe, el día que me incorporé como detective y socia de la agencia. Me he estado encerrando en la cocina, al final del pasillo, para teclear sin despertar a nadie. A mi espalda, el maravilloso jardín por el que mi hijo ya nunca correría.

Había decidido matar a Zúñiga. He decidido matar a Zúñiga. Ocurrirá esta noche, y no noto el menor remordimiento. Voy a hacerlo aunque me cueste la vida. Entonces no sabía cómo ni dónde ni con qué. Aunque sí tenía claro el cuándo: tenía que ser antes de que naciese el niño. Y eso venía a significar lo antes posible. Porque yo pronto pesaría siete u ocho kilos más y no podría moverme bien. Así que utilicé el mismo método que usábamos para resolver los casos: primero, lancemos la hipótesis y después veamos cómo podemos demostrarla.

Y como suele ocurrirnos en las investigaciones, la solución apareció por sí sola, donde menos me la esperaba.

Fue concretamente ayer por la mañana, tras la visita de Bonilla, un viejo amigo de Héctor desde sus tiempos de comisario. Habían pasado unas dos semanas después de mi encuentro con Catalina Pedralbes en el Cristo de la Victoria. Yo llevaba ya varios días sin pasar por el cuchitril. Todas nuestras cosas estaban en el piso de Hilarión Eslava, salvo el despacho, ya que teníamos pagado el alquiler hasta final de mes y Héctor había decidido no mudarlo hasta entonces. Aquella mañana me encaminé hacia la plaza de los Frutos sin pensarlo, por pura inercia. Ni siquiera sabía que Héctor estaba en el despacho en ese momento. Por las calles adyacentes había decoración de fiesta. Farolillos y cadenetas colgaban de un lado al otro de la calle, colgados de los balcones, y algunos carteles anunciaban una verbena. Se celebraban en esa semana las fiestas del beato Serafín. Habitualmente terminaban con un baile y un pequeño castillo de fuegos artificiales en la plaza, aunque aquel año tendrían que buscarse un nuevo emplazamiento, claro. Las labores de construcción habían avanzado mucho. Ya habían excavado totalmente la solera, lo que vendría siendo el lecho de los nuevos cimientos. La antiquísima arqueta de ladrillo sobresalía orgullosamente dos centímetros por encima del nivel del suelo. No se habían molestado en romperla. Un par de obreros estaban cubriéndola de cualquier manera con unos pocos tablones y una malla metálica. Con eso bastaría para que después la capa de cemento la cegara de manera definitiva. En breve, tal como había detallado Zúñiga en sus interminables explicaciones, los obreros cubrirían la solera con una capa de hormigón de limpieza de unos cinco centímetros de grosor, sobre la cual plantearían la colocación de las vigas que habrían de sostener la nueva casa. Y el recuerdo del taller de mi padre, del bar El Asturiano y del antiguo viaje de agua quedaría borrado para siempre.

Borrar los recuerdos. Siempre me había parecido una idea odiosa. En el pueblo donde yo nací, el paisaje era algo que sobrevivía a las personas. Aquí en Madrid, parece que todo caduca a demasiada velocidad. Los que han conocido esta ciudad antes de la guerra me dicen que no se parece en nada a lo que es ahora. Calles enteras han cambiado de aspecto, surgen barrios nuevos prácticamente de la noche a la mañana. Casas que en su día fueron construidas para durar trescientos años son derribadas para edificar otras nuevas que, por la velocidad con que se levantan, no

durarán ni la cuarta parte. Sin embargo, en aquella mañana, la idea de borrar los recuerdos me parecía reconfortante. Deseé que la ciencia médica inventase algún ingenio prodigioso, como el transductor falso de Losada, para eliminar la memoria; quizá una píldora que le permitiese a una matar ciertos recuerdos igual que la cafiaspirina mata el dolor de cabeza.

Levanté la vista hacia la agencia y, al ver las persianas subidas, decidí acercarme a saludar a Héctor. Tuve el tonto impulso de entrar antes a El Asturiano para subirle un café y sentí una punzada de dolor al recordar que ya no existía ningún bar llamado El Asturiano. Me dije, compungida, que aquella era la razón por la que tenía que llevar a cabo mi plan. Porque si dejaba que Zúñiga se saliese con la suya, yo viviría el resto de mis días como el mutilado que aún siente dolor en el miembro que le amputaron. Me ocurrió durante meses con mi hermana Chelo y aún me sigue ocurriendo a veces: cuando me pasa algo gracioso o chocante, me sorprende pensando: «Esto tengo que contárselo a Chelo». El recuerdo de su vida aún prevalece sobre el recuerdo de su muerte. ¿Cuántas mutilaciones podría yo soportar?

Mientras subía por la escalera, oí una voz que me pareció la de Inocencio, Bonilla para los amigos. Después de haber sido inspector en la comisaría de Héctor, había abandonado también el Cuerpo. Durante un tiempo, Héctor y Bonilla fueron socios en la agencia y se hicieron muy amigos, así que no era extraño que estuviese allí. Sin embargo, desde que Bonilla se casó y volvió al Cuerpo, esta vez ya de comisario, apenas se veían.

Intrigada, me quedé escuchando unos segundos desde el rellano, porque me daba la impresión —y no me equivocaba— de que Bonilla estaba hablando ¡en inglés! Tras unos segundos, me pareció oír que Héctor le susurraba frases cada poco. Comprendí que Bonilla estaba teniendo una conversación telefónica dirigida por Héctor, que sin duda lo había hecho venir *ex profeso* para hacer la llamada, ya que él no hablaba una palabra de inglés. Cuando finalmente me decidía a abrir la puerta, los dos reaccionaron como si los hubiera pillado en falta. Bonilla terminó la conversación apresuradamente, y ambos procuraron fingir normalidad.

—Bonilla anda investigando un caso con la Interpol —comentó Héctor con aire casual, como si la cosa fuera una mera anécdota. Pero yo había visto el abrecartas en su mano. En el momento en que entré, había visto cómo Héctor jugueteaba con él entre los dedos.

—Héctor me ha dado una idea buenísima. Una sola conferencia con Londres y ya tengo el caso prácticamente resuelto —dijo Bonilla.

—Eso sí, la conferencia me la pagas —dijo Héctor con una risa falsa.

Los miré de medio lado.

—Si es así como hacíais el «poli bueno, poli malo» en los interrogatorios, no me extraña que os echasen de la policía.

Bonilla balbució una disculpa y Héctor intentó fingir un poco más, pero

finalmente me explicaron lo que pasaba allí.

—Eso que nos contó Losada, lo de los ultrasonidos... Hemos hablado con la Universidad de Glasgow. Bonilla ha conseguido que el doctor Donald en persona se pusiera al teléfono. Las pruebas que te hizo Losada... Todo mentira —dijo Héctor. Tenía los puños apretados, hablaba entre dientes, estaba furioso.

—Existen los transductores, la técnica no se la ha inventado Losada —matizó Bonilla—. Pero hoy por hoy, es imposible sacar imágenes del útero por una pantalla de televisión. Algún día lo conseguirán, saben que es cuestión de tiempo, pero según Donald todavía tardarán años.

—Lo más que han conseguido son unas Polaroids borrosas. Y eso con un prototipo que jamás ha salido de Inglaterra.

Los miré incrédula. Supe que tenía que fingir. Mi voz me sonó extraña, como si la estuviese oyendo por la radio.

—¿Me estáis diciendo que Losada construyó un armario de chapa en su casa, con una televisión falsa dentro y un cable con un mango que no hacía nada..., solo para impresionarme?

Héctor se impacientaba por momentos.

—¡No solo a ti, a más mujeres! A la mujer de Varela. Estuve hablando con él en el hospital, Asun. A ella le hizo las mismas pruebas. Le contó las mismas historias. Les meten el miedo en el cuerpo durante el embarazo, las van preparando poco a poco...

—La idea es que ningún padre sospeche cuando le digan que su hijo ha nacido muerto —explicó Bonilla.

—Lo más probable es que tu embarazo sea totalmente normal —me dijo Héctor tomándome por los hombros.

Su mirada brillaba como nunca. Estar furioso contra Losada no le impedía mostrarse tremendamente feliz por nosotros. Deseé abrazarlo con todas mis fuerzas. Pero no lo hice. Bonilla y él habían llegado a las conclusiones correctas. Pero gracias a Dios les faltaban las piezas claves del puzzle: Zúñiga, Narciso, Teresa. Y yo no podía permitir que las encontrarán. Porque entonces no habría fuerza en el mundo capaz de evitar que Héctor matase a Narciso, puede que incluso a Zúñiga. Conocía lo violento que podía ser cuando presenciaba una injusticia. Especialmente una injusticia contra alguien indefenso.

—Las contracciones no se las ha inventado Losada —apunté.

Héctor resopló, frustrado por no poder hacerme ver lo que para él ya era evidente. Estar allí, intentando hacer que mi marido se sintiese ridículo precisamente por haber dado con la verdad, precisamente por estar haciendo lo imposible para defenderme, me provocaba una sensación nauseabunda. Me sentía tan sucia, y a la vez todo me resultaba tan irreal, que sentí hasta mareos; tuve que sentarme y pedirle a Bonilla que me trajese un vaso de agua.

—Mira esto. En la esquina —Héctor me mostró el suelto que informaba de la

muerte de Varela, en el diario *Arriba*.

—El coche que conducía, ese Seiscientos... no era suyo —precisó Bonilla.

—¿Adónde queréis ir a parar?

—Se lo han quitado de en medio —dijo Héctor—. ¿Sabes lo que hizo Varela el día antes de aparecer en el hospital con una pistola en el bolsillo? Consiguió una exhumación.

—Habían enterrado a su hijo con el ataúd cerrado, para que la madre no sufriese... —empezó a decir Bonilla.

—Pero cuando abrieron la tumba, el ataúd estaba vacío —aventuré yo.

Héctor asintió, grave.

—Eres rápida, Muñoz. Varela se había convertido en un peligro. Y Losada es un protegido de El Pardo. Ha debido de ser el consejidor oficial de bebés para los prebostes del Régimen durante mucho tiempo.

—En Comisaría nos han prohibido seguir con el caso Varela. Ni investigar el accidente, ni la procedencia del coche, ni rastrear al niño —Bonilla se asomó a la ventana, sombrío—. Órdenes de arriba. Qué asco de trabajo.

—Tenemos que avisar a los Zúñiga. Catalina Pedralbes también está en manos de ese carnicero —añadió Héctor.

Asentí lentamente. Aquella era mi única esperanza de ganar algo de tiempo.

—Déjame que yo hable con Catalina. Si se entera de esto de mala manera, le puede causar mucha impresión. Héctor, prométeme que tendrás cuidado, por favor. Si ese tipo es un protegido...

—Te lo juro. Ese niño no se va a quedar sin padre.

Me eché a llorar. Fue como si se abriesen las esclusas de un embalse. Lloré y lloré hasta perder la noción del tiempo. Héctor me abrazó. No se movió de mi lado. Cuando me sequé los ojos, Bonilla ya no estaba allí. No había solución. Héctor jamás me permitiría volver a ver a Losada. Y si yo no volvía a sus consultas, Zúñiga abriría la caja de los truenos. Y yo tampoco iba a poder matarlo. Había sido una idea descabellada por mi parte. Héctor tiraría del hilo mucho antes de que yo tuviera tiempo de pergeñar un plan. Lo conocía bien. No es el tipo de detective que se conforma con resolver el caso que le han encomendado. Héctor insiste en recorrer todas las bifurcaciones que se encuentra en el camino. Como un jugador de ajedrez, se obliga a considerar todas las posibles reacciones para cada jugada. Agarraría ese maldito abrecartas y le daría vueltas hasta comprender que no tenía sentido que Losada intentase robar el bebé de los Zúñiga. Hasta comprender que el embarazo de Catalina Pedralbes era falso. Que gente como Zúñiga no era víctima, sino cliente de gente como Losada. Héctor estaba abocado a la cárcel o al patíbulo. Y yo no sabía cómo evitarlo. Pensé seriamente en abrirme las venas esa misma noche. De no haber sido por la intensidad con la que otra vida latía en mi interior, estoy segura de que lo habría hecho. Me resultaba insoportable ser la causante de tanto dolor.

Había pasado horas llorando cuando una explosión en la calle nos sobresaltó.

—Pronto empiezan con los petardos.

Héctor me ayudó a levantarme y me convenció de que nos fuéramos a casa. Esa noche era la verbena del beato Serafín y habría jaleo en la calle. Era el primer año que, por causa de fuerza mayor, se celebrarían las fiestas fuera de la plaza de los Frutos, así que habían improvisado un escenario para la orquestina con un camión aparcado en el cruce más cercano. El baile empezaría al caer la tarde y duraría hasta medianoche. Después, fuegos artificiales y luego procesión de silencio con las reliquias del beato.

Esperé en la puerta mientras Héctor bajaba las persianas. Me deprimía pensar en que mi prima Manolita vendría a buscarme e insistiría en que me animase a ir al baile. Estaba cansada de fingir. Y entonces entreví algo, debajo del archivador, arrimado a la pared. Y supe que era la única salida. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza hasta entonces, pero de pronto me pareció que tenía toda la lógica del mundo.

—Héctor —dije. Él se detuvo, con la última persiana a medio bajar.

—Dime, amor.

—Júrame que no harás nada de momento. Júrame que esperarás a que el comisario Vallejo te dé su opinión sobre todo este asunto.

—Ya había pensado en hablar con él.

—Júramelo.

—Te lo juro por Jesús... o Consuelo —dijo, y bajó la persiana. Y mientras la penumbra caía sobre la estancia, un petardo estalló justo bajo nuestra ventana. La caja donde Héctor había guardado la Browning de Varela se iluminó un momento, debajo del archivador, arrimada a la pared.

No me ha resultado difícil escabullirme esta noche de Héctor. Sabía que él querría estar solo para trazar su estrategia. Se le había puesto mirada de depredador. Cazar a Losada era para él una prioridad. El hecho de que se tratase de poco menos que un *intocable* le confería aún más atractivo al asunto. Héctor siempre tuvo algo de Quijote en ese sentido. No es que viese gigantes donde solo había molinos. Él sabía que eran molinos, pero aun así se empeñaba en luchar contra ellos. Estoy otra vez en el cuchitril, sola. Las persianas siguen bajadas y tecleo las últimas páginas de este diario a la luz de una vela. Junto a la máquina de escribir tengo un martillo y unos clavos para taladrar las cuartillas, dos láminas de cuero para hacer de tapas y un rollo de hilo de bramante para encuadernar el diario. Sobre las tapas de cuero reposa la Browning de Varela, con ocho cartuchos en el cargador. No debería necesitar más de uno o dos. He tenido tiempo de repasar por encima este diario y creo que no he cometido errores, aunque no deberías fiarte mucho de mi memoria. Todo lo que has leído ha sido escrito a escondidas, por una mujer trastornada, posiblemente una asesina, aunque eso aún tardaré un rato en saberlo y no tendré tiempo de escribirlo aquí.

He quedado con Zúñiga en la plaza exactamente a medianoche. Debe traerme tres contratos firmados. Uno, por el que les concede a mis primos la explotación de un local comercial en la nueva plaza y asume todos los gastos para gestionar la licencia municipal. En la nueva plaza de los Frutos habrá un nuevo Asturiano. Otro, por el que nos otorga un piso de cuatro habitaciones en el edificio que van a construir, a nombre de Héctor Perea. Es aquí donde quiero vivir, en el sitio del que ha querido echar a mi familia, no en una casa para ricos al lado del Monasterio del Aire. El tercer documento es un compromiso de que enviará a su primogénito a la universidad y de que no lo inscribirá en ninguna academia militar ni lo alentará a ser religioso. Este último papel es una pantomima, para que Zúñiga piense que realmente quiero hacer un trato, para que no piense que planeo matarlo, que es exactamente lo que voy a hacer en cuanto tenga en la mano los papeles que aseguran la subsistencia de mi familia.

He limpiado y comprobado la Browning. No sé nada de armas y jamás he disparado a nadie, pero Zúñiga estará cerca, tiene que entregarme los papeles en mano. Y tengo ocho disparos. De una pistola que nadie puede relacionar conmigo. Solo temo que en el último momento Zúñiga se huela algo. Pero ya es tarde para tener miedo.

Miro a través de las ventanas y veo el lecho de cimentación del nuevo edificio. En todas las calles adyacentes han prohibido aparcar coches, para permitir la circulación de las hormigoneras, que llegarán mañana de amanecida a verter la primera capa de los cimientos.

La música de la verbena lo inunda todo. Serán treinta minutos más de pasodobles hasta la medianoche. Sé que Zúñiga acudirá puntual a la cita. Porque le he jurado por el Cristo de la Victoria que, si no me da esos papeles esta noche, mañana el amanecer me encontrarán en mi bañera con la garganta abierta de un tajo. Mi voz ha debido de sonar muy convincente. Quizá porque es exactamente lo que una parte de mí está queriendo hacer. Pero otra parte de mí ha decidido que si hay que derramar sangre, primero será la del enemigo. Aquí termina este diario. Tengo apenas media hora para encuadernarlo. La tarea me servirá para conservar la sangre fría y obligarme a mantener el pulso firme. Lo voy a necesitar. Deséame suerte.

—Suerte no nos ha sobrado a ninguno de los dos. Pero al menos nos tenemos el uno al otro —musitó Héctor para sí—. Y ahora, además, tenemos un piso.

El frío le hizo estremecer. Se había quedado destemplado leyendo en aquel banco, a merced de la brisa. El sol ya se había levantado unos palmos por encima del horizonte, pero aún no se decidía a calentar. Héctor calculó que las hormigoneras ya habrían echado la cimentada sobre el cadáver de Zúñiga. Se levantó y echó a caminar para desentumecer los músculos, repasando mentalmente lo que había hecho unas pocas horas atrás.

Asunción debía de haber trazado su plan de manera meticulosa. Emiliano Zúñiga había aparecido en la plaza de los Frutos dos minutos antes de la medianoche, sin nadie que lo acompañase. Estaba tan asquerosamente seguro de sí mismo que en ningún momento pensó que necesitase protegerse de la pobre ignorante a la que había extorsionado. En el mismo instante en que la iglesia del Hospital Militar de Urgencias daba las doce campanadas —apenas audibles por la música de la verbena—, Zúñiga había entregado a Asunción unos papeles, cuyo contenido en ese momento Héctor todavía ignoraba, y después se había girado para marcharse sin más.

Héctor lo observaba todo desde un portal cercano. Asunción no podía haber elegido mejor noche. Todos los vecinos del barrio bailaban los últimos pasodobles y, sin la menor duda, Eulogio habría dejado el chuzo apoyado en algún lugar para intentar arrimarse a alguna moza, envalentonado por las copas de cazalla a las que, en calidad de sereno, lo habrían convidado. Los aplausos de la concurrencia remataron el último pasodoble. Si todo salía según anunciaba el programa de las fiestas, en cuestión de unos segundos, el cielo se iluminaría con un castillo de fuegos artificiales, irónicamente donado por Zúñiga a la Comisión de Festejos en un intento de ganarse la simpatía de los vecinos.

Amparado por la oscuridad de la plaza en obras, Héctor sacó la Star. Tenía el pulso tan firme como Losada debía de tenerlo cuando sacaba del vientre de una parturienta un niño vivo y demoraba el momento de darle los azotes, porque no convenía que nadie lo oyese llorar. Apoyó la culata de la Star sobre la mano izquierda y ciñó el puño derecho sobre el arma. Estaba a menos de ocho metros y Zúñiga era un blanco de tamaño considerable. Sabía que no iba a errar el tiro. Incluso aunque fallase el primero, sabía que lo tendría a tiro al menos para hacer otros dos o tres disparos. Bastaría con acertar uno. No iba a tener el menor problema en acercarse a rematarlo si era necesario. Pero prefería no hacerlo. La idea era que Asunción jamás supiese que él estaba al tanto de todo. Tenía que disparar desde las sombras. Héctor había entrado en la agencia inmediatamente después de que Asunción saliera. En aquel momento, aún no había leído las últimas páginas de su diario, pero ya tenía una idea bastante clara de lo que tramaba ella. Y conocía lo suficientemente bien a su esposa como para adivinar lo que le pasaría por la cabeza en un momento así. Sobre todo teniendo en cuenta cómo ella había fingido esa mañana en el despacho. Asunción estaba en una encrucijada que él no le deseaba a su peor enemigo, y si algo sabía Héctor Perea de su mujer es que jamás se rendía ante la adversidad.

—Tu mujer tiene más cojones que el caballo de Espartero —le había dicho el comisario Vallejo el día de su boda—. Más cojones que tú y yo juntos.

Héctor había subido a la agencia usando la entrada del edificio que daba al callejón trasero, por donde cargaban el carbón de la caldera. Había atravesado el pasillo de los trasteros, apartando telarañas, y había entrado en el cuchitril para comprobar lo que ya sabía: que la caja donde guardaba el arma de Varela estaba vacía. Asunción pensaba matar a Zúñiga. No solo tenía cojones, también andaba

sobrada de cerebro. Atacar primero a Losada, como había planeado Héctor, habría sido menos efectivo y habría hecho saltar la liebre. Narciso y Zúñiga se habrían puesto en guardia, y Héctor seguiría expuesto al chantaje. Había que dar jaque al rey directamente. Narciso y Losada, sin Zúñiga, no eran más que inofensivos peones en el tablero. Lo único que Asunción no sabía es que la Browning de Varela estaba cargada con balas de fogueo. El hombre estaría fuera de sí, pero no tanto como para ir matando monjas. El día que irrumpió en el Hospital del Niño Jesús, Varela había llevado el arma para intimidar, no para matar. De manera que ahora Asunción estaba allí con una pistola que, todo lo más, podía sacarle un ojo a Zúñiga. Pero no importaba. El resultado del encuentro sería el mismo. Solo que la bala que lo mataría sería de la pistola de Héctor, con lo que Asunción quedaría fuera de toda sospecha. Y si Héctor conseguía deshacerse del cadáver, ella además nunca sabría que su marido había estado allí ayudándola.

Héctor amortilló lentamente su Star 9 largo, impidiendo que hiciera el más mínimo ruido. Aquella no llevaba balas de fogueo, ni la sostenía una mujer con los nervios a flor de piel. Héctor alineó la mira trasera con la pestaña delantera de puntería y fijó sus ojos en la cabeza de Zúñiga.

«Vamos, Asun. Tira de pistola», pensó en silencio.

Héctor tenía una buena posición, no había un alma en los alrededores y el sereno era un borracho de tres al cuarto, pero aun así no se sentía cómodo dilatando ese momento. Sintió una punzada de terror cuando oyó que el público de la verbena empezaba a corear: «¡Otra, otra!». La orquestina se había empleado a fondo y a la gente le quedaban ganas de parranda. Héctor contuvo la respiración. ¿Cuánto tiempo podría Asunción retener a Zúñiga sin que sospechase? Si el tipo se marchaba antes de que empezasen los fuegos artificiales, todo el plan de Asunción se habría ido al garete. De pronto, Asunción se echó a llorar con sonoros gemidos. «Está intentando ganar tiempo», pensó Héctor. Zúñiga hizo un torpe intento de consolarla, pero ella le apartó de un manotazo y echó a caminar, alejándose. Ahora Héctor no comprendía nada. ¿Había malinterpretado las intenciones de su mujer? No podía dejar escapar a Zúñiga ahora. Jamás tendrían otra oportunidad como aquella. Volvió a apuntarle. Héctor estaba a punto de disparar cuando Asunción trastabilló y cayó al suelo, justo en el instante en que pasaba por el borde de la obra. Al caer, derribó una de las vallas de protección y fue a dar al borde del lecho donde irían los cimientos. Instintivamente, Héctor guardó el arma y estuvo a punto de correr hacia allí, pero Zúñiga lo hizo antes. Se lanzó hacia ella y la ayudó a levantarse. En el preciso momento en que ella se incorporaba, una bengala cruzó el cielo, iluminando su rostro. La orquestina había decidido no conceder el bis que le pedían, después de todo. Por fin comenzaban los fuegos. Con el resplandor de la bengala, Héctor pudo apreciar nítidamente el gesto de Asunción: sus mandíbulas apretadas, su ceño fruncido y su expresión de brutal determinación: Asunción no se había mareado, solo lo había fingido para ganar tiempo y atraer a Zúñiga. Apenas él la hubo incorporado,

Asunción se revolvió y lo empujó con todas sus fuerzas hacia el lecho de los cimientos. Zúñiga era treinta centímetros más alto y cincuenta kilos más pesado, pero no se esperaba aquel empujón y cayó cuan largo era, golpeándose la cadera contra el suelo. Un gigantesco crisantemo dorado se abrió en el cielo con gran estruendo. Asunción sacó la pistola de Varela del bolso y encañonó a Zúñiga. Héctor extrajo apresuradamente la Star del bolsillo y se desplazó hacia un lado. Asunción le daba la espalda, se había interpuesto justo en la línea de tiro de Héctor. Si no ganaba un mejor ángulo, cualquier mínimo fallo de puntería podía hacer que fuera ella quien recibiese el disparo. Pero no hubo tiempo de mejorar la posición. Asunción disparó sobre Zúñiga y Héctor también. Una providencial culebra de pirotecnia restalló durante varios segundos, dos calles más allá, al tiempo que silbaban los buscapiés y en el cielo se incendiaban sauces y palmeras de colores. Héctor aguzó la vista: del cuello de Zúñiga brotó un incontenible chorro de sangre, con la misma violencia de una bengala subiendo hacia el firmamento. Su cuerpo se convulsionó bruscamente media docena de veces. Luego, quedó inerte. Del cuello siguió manando sangre. Sin duda, la bala le había seccionado la arteria aorta. Héctor rogó a Dios que Asunción no se hubiera manchado de sangre. Colocó el seguro a su arma y la guardó en la sobaquera. Su respiración estaba desbocada. No comprendía qué hacía allí Asunción todavía. ¿Por qué no salía corriendo? El castillo de fuegos artificiales hacía un ruido de mil demonios, pero no era del todo imposible que alguien hubiese distinguido las detonaciones. Entonces Asunción, con movimientos de una precisión que solo podía obedecer a un plan perfectamente trazado, bajó el escalón que la separaba de Zúñiga, agarró una pala y se dirigió a un cuadrilátero cercano, cubierto de malla metálica. Haciendo palanca, Asunción retiró la malla y, del mismo modo, sacó los tabloncillos de madera que había en lo que parecía ser un pozo.

—No es un pozo —murmuró Héctor para sí, comprendiendo lo que pasaba—. Es la arqueta de los cojones.

Héctor había pensado dejar el cadáver allí y simplemente hacer desaparecer su pistola, tirarla al río. Después denunciaría que lo habían asaltado y que le habían robado el arma por la noche, cuando regresaba a casa una vez acabada la verbena. Para eso se había asegurado de dejarse ver por el baile en compañía de sus viejos amigos de El Asturiano. No le costaría encontrar a dos tipos que le marcasen un poco la cara para hacer más real el cuento del asalto. Además, él no tenía un móvil para matar a Zúñiga. Lo detendrían, sin duda. Un interrogatorio no se lo quitaba nadie, y probablemente unos cuantos puñetazos. Pero tenía muchas probabilidades de salir indemne. Incluso podría pedir la ayuda de Vallejo, conseguir que fechara la denuncia un par de días antes. Pero el plan de Asunción era mucho más ambicioso que todo eso: ella había tenido en cuenta el calendario de las obras. Zúñiga tendría su tumba en aquella arqueta, cuando a primera hora de la mañana, las hormigoneras hicieran desaparecer todo aquello bajo una capa de cinco centímetros de hormigón. No les llevaría más de unos minutos.

Aún asombrado por la lucidez de Asun, Héctor había montado guardia en la plaza mientras ella, con movimientos precisos y calculados, retiraba la malla metálica y los primeros tablones que taponaban la arqueta, y arrastraba hasta allí el cuerpo sin vida de Zúñiga. Era una tarea titánica para una mujer embarazada que pesaba aproximadamente la mitad que el cadáver, pero hasta aquello había previsto: con su empujón, Zúñiga había caído apenas a un metro de la boca de la arqueta. En menos de tres minutos, había completado su tarea. Y no se olvidó de ningún detalle: una vez hecho desaparecer el cadáver, y antes de volver a colocar los tablones y la malla metálica, Asunción lanzó al interior de la arqueta el arma de Varela, su diario mecanografiado, y por último su abrigo y sus zapatos, que sin duda habían quedado manchados de sangre. Héctor pensó que en todos sus años de policía jamás había visto un crimen mejor planeado.

Apenas la figura de su mujer, embarazada, agotada y descalza, se hubo escabullido por las calles desiertas, Héctor salió de su escondite y se abalanzó hacia la arqueta. La Browning no es problema, pensó mientras retiraba los tablones una vez más. Pero el abrigo y el diario eran un peligro. El plan de Asunción era perfecto... siempre y cuando las hormigoneras realmente se presentasen allí al amanecer. Si por cualquier motivo se retrasaban, y se le ocurrían media docena de razones para ello, a cada minuto aumentarían las posibilidades de que alguien localizase el cadáver. No podían permitirse dejar ningún rastro.

Antes de colocar el último tablón, Héctor miró al cadáver de Zúñiga. Sus ojos, exageradamente abiertos en un último gesto de terror, reflejaban los destellos de los últimos cohetes. No sintió la menor compasión. Incluso sonrió al recordar las palabras de Zúñiga.

—Tienes razón. ¿A quién coño le van a importar estos cuatro pedruscos puestos aquí por unos moros?

Héctor había caminado ya hasta el Puente de los Franceses. Hacía tiempo que se había deshecho del abrigo de Asunción. En cuanto a la Browning, había preferido dejarla allí. Con limpiar las huellas de Asunción bastaba para evitar cualquier problema. Al pasar bajo uno de los arcos, sus pasos resonaron con un fuerte eco. Quiso encender otro Ideal, pero no le quedaban más en el paquete. Una voz a su espalda lo sobresaltó.

—Fuma del mío. Es rubio americano.

—Joder, Vallejo. ¿Quiere matarme de un susto?

—Aparecer de improviso es parte de mi trabajo. Yo sigo siendo policía —dijo, mientras le ofrecía lumbre. Héctor lo había llamado apenas comprendió el plan de Asunción. Sabía que la desaparición de Zúñiga acabaría convertida en un expediente sobre la mesa del comisario, que ya estaba a punto de jubilarse. Nada incordiaba más a un comisario de policía que una desaparición sin resolver, especialmente si se trataba de una personalidad importante. Desde Jefatura hasta el Ministerio, todos los

mandos de Vallejo lo iban a volver loco con sus reproches. Héctor decidió al menos darle el gusto de conocer la verdad, aunque se arriesgase al contársela en voz alta. Porque Vallejo era un amigo, pero también era policía. El comisario escuchó la historia de Losada y los niños robados apretando los dientes hasta hacerlos rechinar. No era la primera vez que tenía noticia de algo así.

—Tú sabes que Laura y yo no hemos tenido hijos. Laura no puede —murmuró Vallejo.

—No me diga más. Alguna vez les ofrecieron...

Vallejo asintió. También había oído hablar de la extraña caída al Manzanares de Varela, con un coche de procedencia desconocida. A lo largo de su carrera, Vallejo se había visto obligado a fabricar las suficientes versiones «oficiales» como para reconocer una cuando la leía en el periódico.

—No me cuentes los detalles, Perea. Dime solo lo imprescindible.

—Me vendría bien que la pistola hubiera desaparecido anteayer. Por asegurar.

—Siete de marzo, ningún problema. Cuando estos dos acaben contigo, ve a la Casa de Socorro de Rafael Calvo y denuncia que fue una agresión ocurrida ayer por la noche. Mandaré un guardia a tomarte declaración, y él se cuidará de confundir la fecha.

Héctor se volvió hacia atrás y vio a dos tipos con aspecto de estibador, esperando con aire marcial unos metros más allá. Debían de pesar unos cien kilos cada uno y su mirada no traslucía más inteligencia que la de una acémila.

—Coño, ¿no los tenía más chaparros?

—Tranquilo, saben lo que hacen. ¿La otra pistola?

—Asunción la tiró en la arqueta, junto con el diario. Pensé que era mejor dejarla allí.

—Totalmente de acuerdo. Dame ese trabuco que llevas, anda.

—Deje que lo haga yo. Le he llegado a tomar cariño a este hierro, ¿sabe?

Héctor se levantó y sacó su Star. Miró alrededor para cerciorarse de que nadie los observaba. Con un suspiro, elevó la mano y lanzó la pistola al aire. El arma describió un arco perfecto y cayó en el lecho del río, desapareciendo inmediatamente bajo el agua.

—Buena puntería. Justo en el centro.

Héctor sacó después el cargador de repuesto del otro bolsillo y repitió el lanzamiento.

—¿Qué hiciste con el abrigo?

—Lo tiré en un cubo de basura, justo antes de pasar el camión.

—¿Iba envuelto en algo?

—No, comisario. Iba bien a la vista, con una tarjeta de visita en el bolsillo y un cartel que decía «las manchas son de sangre».

—Qué chistoso. ¿No has pensando en escribir en *La Codorniz*?

—¿Qué van a hacer con el diario?

—Lo quemamos en cuanto te vayas —dijo Vallejo—. A nadie le llamará la atención un poco de humo ahí abajo. Todas las noches hay algún muerto de hambre durmiendo debajo del puente.

Héctor asintió. Todos los cabos habían quedado atados. Dentro de poco podría volver a casa. Llevaría la cara como un mapa en relieve, quizá le flojease algún diente y durante unos días le dolerían las costillas al respirar, pero todo eso pasaría. Y lo que quedaría sería una vida por delante. Una vida entera para recuperar ese brillo en sus ojos, y esa risa clara y limpia de Asunción.

—Dígale a esos dos que empiecen de una vez, antes de que me arrepienta. Y que no se ceben mucho en la cara, no me vaya a cabrear y se vayan ellos también con un regalito.

Vallejo hizo una seña a los estibadores, que se retiraron el gabán y empezaron a arremangarse.

—Oye una cosa, Perea.

—Diga, comisario.

—¿No habría sido más fácil haberle dicho a tu mujer que estabas al tanto de todo? Tarde o temprano tendrá que saber que fuiste tú quien mató a Zúñiga. ¿O no piensas decírselo nunca?

Héctor apartó la mirada. Sus ojos se posaron en las grúas de la plaza de España, que ya en horario de trabajo se movían perezosamente, desplazando piezas de material de construcción polea arriba y polea abajo.

—Ha dicho que no quería detalles.

—Me da curiosidad.

—Verá usted, comisario. Un hombre puede estar muy orgulloso de sus hijos. Pero seamos serios: lo único que hacemos para traerlos al mundo es darle un par de empujones a su madre.

Vallejo sonrió.

—Supongo que es una manera de verlo.

—No importa quién pegó el tiro. En esta batalla, las medallas son de ella.

Diario *Alcázar*

31 de marzo de 1958. Sociedad.

FAMOSO TOCÓLOGO RADIOFÓNICO ABANDONA LAS ONDAS

Perfecto Losada, de 51 años, cuyo consultorio en Radio Universal de Madrid es el referente para todas las embarazadas de España, ha decidido abandonar no solo su reputado espacio radiofónico, sino también su consulta de tocología en el Hospital Asilo del Niño Jesús, donde asistió a los partos de cientos de niños madrileños. Losada ha declarado que se retira «por motivos personales» y no ha precisado si planea volver a ejercer.

Diario *Arriba*

14 de marzo de 1958. Sección de *Sucesos*.

NUEVO ACCIDENTE MORTAL

EN EL MANZANARES

Narciso Colmenar, de 43 años, natural de Madrid, falleció durante la noche, al caer al Manzanares con el automóvil que conducía, un Studebaker Champion propiedad de Catalina Pedralbes, esposa del industrial Emiliano Zúñiga, quien sigue en paradero desconocido desde el pasado día 8. Colmenar se salió de la calzada por motivos que se desconocen, estrellándose contra uno de los pretilos del Puente de los Héroes del Alcázar de Toledo, tras lo cual se precipitó desde gran altura al lecho del río. Investigan el hecho efectivos de la Brigada Criminal, comandados por el comisario Domingo Vallejo.

Diario *Abc*

28 de abril de 1958. *Natalicios.*

Ha dado a luz un niño, primogénito de su matrimonio, la señora de Perea (don Héctor), de soltera Asunción Muñoz Ruiz. Actuaron como padrinos sus tíos Manuela Sanabria y Marcelino Gómez.

Al recién nacido se le ha impuesto el nombre de Jesús.